

*Kate
Bristol*

Más **sexo** y
brilli-brilli en
las **Highlands**

DO NOT CROSS · *Sexy* SCENE · DO NOT

¿Dónde está
mi
Highlander?

¿Dónde está
mi
Highlander?

Más **sexo** y
brilli-brilli en
las **Highlands**

Kate
Bristol

Primera edición en formato digital: Agosto 2020
Título Original: ¿Dónde está mi highlander?
©Kate Bristol, 2020

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedicado a todas las amantes de los highlanders.

1

Junio 2018

Patrick McGregor, por alguna razón que su compañera no acababa de comprender, intuía que esa iba a ser una noche movidita. Lo miró de reojo desde el asiento de copiloto del coche patrulla. Ella vestía ropa de calle, porque el capitán no la había puesto a patrullar. En cambio a Patrick... él estaba monísimo con su uniforme.

—Este ambiente no me gusta.

—Si todo está muy tranquilo... No pasará nada —dijo Megan.

—Demasiado tranquilo.

Se metió una patata frita en la boca. El coche olía a McDonalds, pero esa comida basura era la preferida de Meg. Era escocesa, como él, y desde que se habían conocido en la academia eran inseparables.

—Lo que a ti te fastidia es que el capitán se haya cabreado contigo y te haya puesto a patrullar las calles.

—Es una injusticia —dijo él dando un golpe al volante.

—Eso te pasa por no saber callarte la puta boca.

Patrick resopló, todo lo que Meg tenía de guapa lo tenía de mal hablada.

—Mira quien fue a hablar. ¿Sabes cuantas amonestaciones tienes por bocazas?

Megan hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia.

Miró a su compañero sentado en el coche de policía, enfurruñado pero alerta, porque sus sentidos arácnidos le decían que algo iba a pasar. Meg hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Me abuuurroooooo —dijo la pelirroja— ¿Ponemos las luces?

Él la miró y se echó a reír.

—Joder Meg...

—¡Vamos! —Alzó el brazo al aire llena de confianza—. Como en los viejos tiempos. Desde que nos ascendieron a inspectores no hemos podido jugar con las sirenas.

—No jugábamos con las sirenas —le dijo él muy serio—. Y no lo hacíamos porque nunca me dejabas.

Se metió un trozo de hamburguesa en la boca mientras ella se encogió de hombros.

—Era un abuso intentar ir más rápido a casa poniendo las sirenas —dijo Meg refunfuñada.

—¿Qué ha cambiado?

Se encogió de hombros.

—No sé, supongo que ya no somos novatos y podemos hacer cosillas no ilegales.

—Pero que están mal —dijo Patrick reprendiéndola cuando se moría de ganas por poner las sirenas.

—No lo haremos —convino ella—, no sea cosa que me vuelvan a poner ese uniforme horrible

y tenga que patrullar de nuevo por las aburridas calles de Becontree.

Patrick no dijo nada mientras se metía otro trozo de hamburguesa en la boca.

Megan no estaba esa noche de servicio y había decidido que debido a su escasa vida social y sexual, *maldita sea su estampa*, prefería visitar a su amigo Patrick que quedarse sola en casa con su mascota: Un pez de colores llamado Cavill.

El compañero de Patrick, esa noche era Solomon Hobbs, un chico recién salido de la academia que había preferido comer solo en el McDonalds, antes que pasarse media hora aguantando el sarcasmo de Meg.

—¿Qué tal el chico? —dijo refiriéndose a Solomon.

—Es bueno, silencioso, te gustaría.

—¿Tú crees? —dijo con una sonrisa ladeada, que anunciaba a todas luces que aquello era imposible.

—Sí, así podrías escuchar tu voz sin interrupciones.

—Ja... ja —Megan le dio un puñetazo en el hombro— No sé a que viene eso, no soy tan habladora.

Patrick meneó la cabeza.

—No, en verdad no lo eres, pero cuando hablas... es difícil olvidarte.

La boca de Megan era sucia como la de un camionero, y su lengua era cruelmente sincera y lo que más le gustaba a Patrick: era leal. La mejor compañera del mundo. Así que trabajar con ella en homicidios, lo llenaba.

Su trabajo era lo mejor que tenía, puesto que su vida privada era un auténtico infierno.

—Cuéntame. ¿Hay novedades? —le preguntó Meg después de mojar la patata frita en mostaza, porque odiaba el ketchup.

Él meneó la cabeza. Pero Meg no se dio por vencida. Sabía que la vida de Patrick era un puto caos, y lo peor es que a veces se lo guardaba todo para él y hasta que no estaba hecho verdadera mierda no le contaba nada.

—¿Sobre el caso de Colins?

Con el paso de los años Megan había empezado a leer entre líneas y ahora ya sabía cuando se avecinaba tormenta.

—No tío, sobre la loca de tu mujer.

—Exmujer —se apresuró a decir Patrick.

Amén a eso, pensó Meg.

—Lo que sea, mujer, exmujer... la loca psicópata —acabó diciendo que así es realmente como la conocía.

—No es una loca psicópata, solo que tiene problemas del control de la ira.

Megan cabeceó asintiendo con la boca llena.

—Una loca del coño —aseguró, después de tragar y antes de meterse de nuevo un trozo de hamburguesa en la boca—. No entiendo como pudiste estar casado cuatro años con ella.

—Supongo que el amor...

Meg lo miró con cara de horror.

—¿Que coño...? ¿Estás de broma? —meneó la cabeza—. Ni siquiera esa mierda es suficiente para aguantar a Rebeca. ¡Amor! —hizo un gesto con la mano desechando la palabra, como si eso existiera...

—Meg...

—Ni siquiera el sexo. Ni aunque hiciera las mejores mamadas de Gran Bretaña...

—Vale, para —le dijo lanzándole una patata frita.

Meg acabó riendo.

—En serio, te mereces a alguien mejor que ella. Alguien que no aparezca con una sierra mecánica cada vez que intentas tener una cita con alguien. Lleváis dos años separados. ¡Que lo supere!

Patrick suspiró.

La última vez que había tenido una cita y la invitó a su casa, Rebeca estaba esperándole en el patio delantero con una sierra mecánica talando uno de los árboles porque decía que estaba enfermo y él nunca dejaría decente el jardín de su casa.

Por supuesto, su esposa no tenía ningún problema mental, solo que las excusas que ponía para volver a verle era las más ridículas de la historia.

Luego estaba su madre, católica practicante como buena escocesa, que no podía tolerar que su hijo se hubiese divorciado y por añadidura se hubiera trasladado de Edimburgo a Londres por trabajo.

De eso hacía dos años, y ya había vuelto a solicitar el traslado a Edimburgo, no quería estar lejos de su madre, y lo que más le había influenciado a la hora de volver a casa: la distancia no era un problema para Rebeca, que iba y venía de Londres cuando lo echaba de menos. Mucho más frecuentemente de lo que él deseaba.

Megan había solicitado el traslado junto con él. Como buena escocesa, también echaba de menos su hogar. Era una buena oportunidad para los dos, y el traslado se haría efectivo en unos meses, cuando pasaran a trabajar en la MIT, uno de los principales equipos de investigación, concretamente en el departamento de Glasgow bajo las ordenes del superintendente Thomson, responsable de dirigir las investigaciones de asesinatos y de investigaciones criminales complejas.

Lo estaba deseando.

Antes de que pudieran acabarse el helado de oreo, en la radio hubo un aviso importante.

Atención coche patrulla, necesitamos que se desplace a la calle Waterloo de Becontree. Al parecer hay un pequeño incendio en uno de los patios delanteros del barrio residencial.

—Oído. Vamos hacia allá.

Meg se apresuró a abrir la puerta del coche y silbó para que el muchacho entrara pitando en el coche. Para hacer que se diera más prisa, Meg puso en marcha las sirenas. El muchacho corrió perdiendo por el camino su *happy meal*.

Meg enarcó una ceja y resopló mientras le esperaba con la puerta abierta.

—Entra.

—Sí..., gracias —el chico subió estrujando la gorra contra su pecho. Casi se le había ido volando en la carrera.

Meg cerró la puerta meneando la cabeza. Miró la cajita de *happy meal* en el suelo.

—Madre mía. —Y ahí iba una de las futuras promesas del departamento de policía de Londres.

—Posible 10.96 en Becontree —le informó Patrick a su compañero.

—Eso es...

Patrick lo miró un segundo mientras conducía.

—¿Sí?

—Es... no me acuerdo.

—Deberías estudiar más si quieres promocionar.

—Sí tío.

Patrick resopló, era inspector, pero a quién demonios le importaba si patrullaba las calles atendiendo 10.96.

Avanzó a gran velocidad hasta adentrarse en la calle de Becontree.

—Es allí.

—Juraría que sí —le dijo Patrick al ver el incendio que ardía en el patio. Desde luego habían montado una buena fiesta.

—Joder hay fuego.

Patrick pudo ver como las dos chicas gritaban, con los brazos en alto. Sin duda las dos bellezas iban puestas hasta las cejas.

—¡Atención! —gritó una en ropa interior— ¡Hemos inventado el fuego!

Patrick abrió la boca y su acompañante también.

—¿Han hecho una pira funeraria en medio del patio?

Patrick salió del coche acercándose a las dos chicas. Pero de pronto algo explotó. La llamarada fue tan potente que las tumbó de espaldas.

—Joder... ¿que coño hacen? —Patrick corrió hacia la casa. Su compañero echó a correr detrás de él.

En el tiempo que llegaban junto a la gran pira coronada por un... ¿vestido de novia? Uno de los zapatos de ellas se incendió.

—¡Locas! ¡Estáis rematadamente locas! —gritó el señor que había salido al porche para recriminar a las dos mujeres haber incendiado el jardín— ¡He llamado a la policía!

Una de ellas, la chica delgada con apariencia de modelo empezó a reírse histéricamente sin poder controlarse.

—Por favor llame a los bomberos también.

Antes de que Patrick pudiera llegar hasta ellas, la puerta de la casa se cerró, después de que las dos entraran abrazadas, quizás para seguir la fiesta.

—No me lo puedo creer —Y realmente no podía creerse que esas dos chicas fueran tan inconscientes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hobbs.

—Hay un incendio en el patio delantero de la casa, avisad a los bomberos —dijo hablándole a la radio sobre su hombro.

Están de camino. Se escuchó que decían al otro lado de la línea.

Patrick no perdió tiempo, entró al patio y corrió hacia el lateral donde veía una de las tomas de agua.

—Rápido trae la manguera.

Solomon no tardó en obedecer. El chorro no podía contener las llamas desproporcionadas de... un montón de regalos de boda.

—No me lo creo —murmuró para sí mismo mientras el agua caía sin efectividad sobre la pira encendida.

—¿Puede creerlo? —le dijo el hombre desde el porche al lado de su casa—, y eso que es una vecina bastante decente, pero hoy se casaba, y cuando el futuro marido le ha puesto los cuernos con su prima, se le ha ido la pinza.

—¿La ha dejado por su prima? —preguntó el agente Hobbs.

—No, la prima de él.

—El novio estaba liado con su propia prima.

—Eso ha dicho la escuálida rubia.

—¡Callaos! —Patrick le dio más potencia al grifo mientras rezaba para que el fuego no se descontrolara.

—Lo siento señor —le dijo Hobbs que no sabía muy bien como ayudar.

Pero por suerte escucharon las sirenas de los bomberos en ese mismo instante.

—Menudas dos piradas —dijo el vecino— No sé quien está más loca si mi vecina de la boca sucia, o la pija esa que tiene un tono de voz tan alto. Pero... bueno, me han regalado esa tostadora, no se la lleven como prueba —dijo el hombre en calzoncillos señalando una tostadora sobre el césped que aún no se había quemado.

Patrick solo podía mascullar entre dientes mientras empezaba a sudar.

El vecino observaba las llamaradas de la pira de bodas, pues eso es lo que era, se estaban quemando todos los regalos de una boda, que de seguro no se había celebrado. Patrick miró las casas del vecindario iluminándose con las sirenas de los bomberos y bufó de alivio. Intentar controlar eso con la manguera era como tapar el sol con un dedo.

Diez minutos después, con los bomberos a su espalda apagando el fuego, Patrick llamó a la puerta.

Desde allí se podía escuchar perfectamente la canción *It's Raining men* versionada por Geri Halliwell. Una de las chicas le abrió y sus ojos casi se le salen de las órbitas. Cualquiera podría deducir que se sentía un poco culpable por el desastre montado en el jardín, pero a Patrick le quedó claro que le importaba un pito. Lo supo cuando sonrió de oreja a oreja y avisó a su amiga.

—¡Joder...! —exclamó, mirando por encima del hombro de Patrick, viendo entrar más bomberos en su jardín— ¡Boys gratis!

2

Una hora después, Patrick seguía mirando fijamente a las dos chicas.

Intentaba poner su cara de poli serio, la misma que usaba con chicos problemáticos para intentar que no se metieran en más líos, pero le resultaba realmente difícil con aquellas dos mujeres que pasaban de las risas más histéricas a los llantos incontrolables.

Patrick escogió una pausa de sus lloros y sus gritos y les dio el sermón.

—¿Son conscientes de que han cometido una imprudencia muy grave?

Sí, al parecer iban pillando el concepto.

Ahí se encontraban las dos chicas, sentadas frente a él, en los altos taburetes de cocina. Tenían los hombros hundidos y la cabeza mirando hacia arriba para verle la cara. Una de ellas tenía la boca abierta y los ojos ausentes. Si debía fiarse por las botellas de alcohol vacías, era posible que estuvieran al borde del coma etílico.

—Está borracha —dijo la mujer más espectacular que había visto jamás.

La rubia le sonrió y el tuvo que carraspear. Después le dio un codazo a su amiga para que cerrara la boca. Esta lo hizo, pero no parecía que fuera a recuperarse en un futuro cercano. Al menos cuando continuó su sermón asintió a cada palabra.

—Yo... lo siento muchísimo. Un error imperdonable —dijo la chica rubia de piernas largas.

Era sin duda modelo, y por primera vez pensó en el falso mito que decía que la hermosura era directamente proporcional a la inteligencia. Desde luego no tenían dos dedos de frente, después de la que habían montado.

Patrick suspiró mientras miraba su blog de notas y apuntaba:

Embriaguez evidente. MUY EVIDENTE.

—¿Cómo se llama, señorita?

Desde hacía una hora se lo había preguntado un par de veces, pero siempre contestaba con otra pregunta. Ahora esperaba que los efectos del alcohol se disiparan y pudieran mantener una conversación bidireccional.

—Soy Samantha —dijo la modelo.

Él asintió. Eso lo tenía, le faltaba el apellido.

—Y yo Taylor —contestó su amiga. Alzó la mano como si estuviera en primaria y la profesora pasara lista. Estaba mucho más borracha que Samantha y sin duda tenía más motivos. Era la novia despechada—. Es usted muy guapo.

Patrick cerró los ojos. Quizás debería llevárselas a comisa...

—¡Seeee! —gritó Sam con los brazos en alto—. El más buenorro agente de policía que hemos visto jamás.

Puso la mano cerca de la cara de Taylor para que se la chocara, pero lo que casi choca es la cara de su amiga contra el suelo.

Las dos empezaron a reír sin poder controlarse.

Patrick las miró con semblante serio, intentando no reír. Estaba seguro que cada palabra que salía de su boca, era sistemáticamente ignorada.

Cuando volvió a hablar pidiendo que se calmaran, la modelo tiro del brazo de su amiga y dejó de reír.

—Quieta, el poli buenorro nos está echando la bronca... —lo dijo mirándole fijamente a los ojos, aunque aparentemente Sam creía que él no podía escucharla.

Carraspeó de nuevo y se hizo el silencio. Dio gracias que Hobbs estuviera evaluando los daños en el exterior con los bomberos y hablando con los vecinos, o de lo contrario, no sería un buen ejemplo de policía tomando declaraciones.

Cuando las tuvo esperando que el volviera a hablar, Patrick intentó hablar de nuevo, solo para darse cuenta de que la concentración de las chicas era la de un mosquito.

—Poli buenorro —dijo Taylor.

¿Qué? ¿Había escuchado bien?

—El más macizorro agente del puto Londres y sus alrededores —dijo Sam.

Ambas asintieron como si no se dieran cuenta de que él las podía escuchar y Patrick se llevó dos dedos al puente de la nariz, pidiendo paciencia.

—Ese pelazo es escocés —dijo Samantha, con la cabeza ladeada.

E hizo que él instintivamente se acariciara sus viciosos cabellos castaños.

Taylor soltó una risita con la boca abierta, mientras Samantha estiró el brazo y sus dedos parecieron acariciar el aire, como si estuviera jugando con los cabellos de *Mister Agente Mazizorro*.

—Me molan.

Patrick suspiró.

—Concéntrense, señoras. —Pero por lo que veía, ellas no estaban por la labor.

—¡Me cago en la puta!

Patrick retrocedió un paso, pensando que la novia despechada se abalanzaría contra él.

—¿Qué...?

—La has llamado señora —dijo Sam, horrorizada. Meneó la cabeza, incrédula.

—¡Bueno ya esta bien!

A Patrick se le había acabado la paciencia.

Entonces, Taylor volvió a sentarse en el taburete y rompió en llanto.

—¡Me ha llamado puta vieja!

—No lo ha hecho, solo lo ha hecho por respeto.

—¡Respeto, mis ovarios! Me ha llamado señora, el día de mi boca, después de que mi ex futuro marido se la dejara chupar por su prima.

Los berridos de Taylor fueron tan agudos que Patrick levantó las manos en señal de rendición.

—Siento mucho la situación y ruego me disculpe, no era mi intención ofenderla. Pero, o se calman, o me las llevo a comisaría.

Taylor se dejó abrazar por Samantha e hipó.

—De acuerdo, estamos bien —dijo la novia.

Samantha volvió a sentarse en el taburete, no sin cierta dificultad.

—¿Sabes quién no era guapo? Mi prometido, pero yo me enamoré porque me trataba bien. O eso creía, pero la verdad es que al final me trató fatal.

Patrick pensó que si esa era una estrategia para que les diera lástima y no las llevara a comisaría, lo estaban consiguiendo.

—Se folló a su prima... —dijo Sam, asintiendo, y por poco se cae del taburete.

—Lo ha dicho.

Patrick tuvo que sostenerla por el brazo. En los escasos dos segundos que estuvo inclinada sobre el torso masculino, ella pudo captar su aroma, pero él también, lo que le proporcionó un fuerte tirón en la ingle, e hizo que sonaran todas las alarmas, habidas y por haber, en su cabeza.

Él carraspeó y Sam supo que a pesar de la borrachera nunca podría olvidarse del poli buenorro.

—Lo hizo en la sacristía —dijo, absorta en su mirada —¿Se lo puede creer?

—¿El qué? —preguntó Patrick, igual de afectado.

—¡Follársela! —dijo Taylor, pasando su mirada de uno a otro—. Bueno, creo que solo le hizo una mamada, pero fijo que se la había follado antes. No le haces una mamada al novio el día de la boda, si antes no le has hecho cosas más guarris.

—¡Suficiente! —A Patrick le iba a estallar la cabeza.

Samantha lo ignoró.

—Mamada el día de su boda, o sea: hoy.

Sí, eso sí que era una putada.

No le extrañaba tanto el espectáculo montado después de que el novio se follara a su prima en la sacristía. A su madre, pensó Patrick, le daría una apoplejía si se entrase de semejante profanación.

Carraspeó, algo incómodo.

—Bien...

—Eh, Patrick. Esto está controlado —dijo el bombero desde la puerta.

Patrick levantó el pulgar y asintió.

—Gracias James. Solo un par de preguntas más y creo que habremos terminado.

—¿Os conocéis? —preguntó Taylor, señalando al bombero—. Ese también está buenorro.

El bombero rio a carcajadas. Se veía a años luz que era un tipo guapo con un gran sentido del humor.

—¿Vas a llevártelas esposadas? —le preguntó el bombero al agente con una sonrisa divertida.

—No descarto nada.

Las chicas hicieron otro puchero mientras veían a los bomberos retirarse.

En ese mismo instante, empezó a sonar en la tele la canción de *YMCA* de los *Village People*...

—Somos unas chicas muy malas —gimió Taylor, agachando la cabeza.

Patrick alzó una ceja, evaluando si se reían de él o no.

No. Al final decidió que no, eran así, no se estaban burlando de él.

Suspiró, sin saber muy bien qué hacer, pero en fin, una mala noche la tenía cualquiera. Si se las llevaba esposadas, habría que añadir el de arresto a las putadas de su día de bodas. Y ya era más que suficiente que el novio la dejase plantada en el altar tras follarse a su prima.

—Lo digo en serio. Somos malas, muy, muy, muuuy malas —la cabeza de la modelo se balanceó hacia delante y hacia atrás. Patrick se mordió el interior de las mejillas para no reírse de esa preciosidad en estado borrachera histórica.

—No me cabe duda.

—Solo somos malas cuando la vida se nos hace un poco cuesta arriba. Vamos.. hoy era un día importante —aclaró Sam, buscando la comprensión del agente—. Y ha pillado a su futuro marido... ya sabes...

Hizo el gesto de llevarse un pirulo a la boca y succionarlo.

Patrick apretó fuertemente los labios y evitó la carcajada.

—Entiendo.

—Sí, ya sabes... —acabó Taylor—. Pillé a ese hijo de la gran puta con la polla en la boca de su prima.

El agente miró a Taylor con lástima.

—De su prima —dijo, como si no lo hubieran repetido hasta la saciedad.

—¡De su prima! La prima de él, o sea, la hija de la prima de su madre. Pero... ¡Joder! Es prima. Son familia ¡Es un follaprimas! —dijo Taylor—. Eso no deja de ser asqueroso.

—No, no deja de serlo.

Patrick suspiró, menudo marronazo tenía entre manos. ¿Por qué tenía que haber abierto la boca? De no haber cabreado al jefe, seguiría en su equipo de homicidios y no estaría ahí mediando con unas mujeres de capacidad reducida en cuanto gestión emocional. Sí eso era mejor que llamarlas putas locas, algo que no debería hacer nunca. El cursillo de la comisaría sobre feminismo e igualdad, había servido para algo. Ojalá todos los hombres hicieran uno.

—El día de su boda —acabó por decir por enésima vez Sam, intentando que él dijera que podían irse a la cama.

—Sí, mire mi vestido... —Taylor miró hacia abajo y Patrick carraspeó.

No había vestido de novia, sino una lencería finísima que seguro a Sam le había costado un ojo de la cara— ¡Dios mío! —sollozó— ¡Mi precioso vestido! Ha desaparecido.

—Estás en pelotas —asintió Sam, como quien dice que va a llover—, pero es una lencería preciosa. Tengo un gusto *que te cagas*.

Esto último lo dijo con su acento marcado en castellano.

Patrick se quedó horrorizado al ver las lágrimas de la mujer correr por sus mejillas. Los cursillos en comisaría nunca acabarían de prepararle para esto.

Por suerte, la chica no estaba sola, su amiga la abrazó. Mientras lo hacía, le dedicó a él un puchero para que se apiadara de ellas.

—Vamos, porfi... no nos meta en la cárcel.

—Está bien, está bien... Pero deberán pagar los desperfectos del vecino, han ennegrecido su pared y quemado uno de sus setos. Si el fuego se hubiera extendió a la casa...

Taylor empezó a llorar más fuerte y Patrick retrocedió un paso.

—Lo dejaremos como accidente doméstico. Pero... les sugiero que hablen con los vecinos y se disculpen. Si presentan cargos, no podré hacer nada por ustedes.

—Joder —dijo Samantha, cerrando los ojos y suspirando—, que bien habla.

—Señorita... por favor.

Se puso serio y eso a Samantha la puso mucho más cachonda. Acababa de mojar las bragas.

—No se metan en más líos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —dijo, pero pensó—: *Pedazo macizorro. ¡Buah! Te empotraba contra una pared...*

Taylor golpeó el hombro de Sam, pues sabía perfectamente lo que estaba pensando, y el agente también, si no estaba ciego para ver las llamas salir de los ojos de Samantha.

—Vale —le dijo bajito a Taylor—, ya me controlo.

Sam estiró el cuello para, disimuladamente, ver su espalda. Le pirraban los hombros de espalda ancha y cintura estrecha. Y esos bíceps al aire, con ese uniforme un tanto estrecho.

—Gracias, amable agente... —empezó diciendo Taylor, pero no sabía su nombre.

—Patrick McGregor.

Samantha parpadeó, como si no entendiera, luego sonrió. ¡Un McGregor! Estaba tremendo, cabello castaño tirando a oscuro, ojos azules...

Patrick carraspeó de nuevo al ver que ella lo miraba fijamente y no apartaba la mirada. Se apartó un paso, algo incómodo.

—Señoritas... me retiro. Por favor sean más comedidas.

La novia, visiblemente aliviada, asintió, y la modelo... se lo quedó mirando como si fuese una mujer perdida en el desierto y él una botella de *Solan de Cabras*. Cuando la vio morderse el labio, se dijo que era hora de huir.

No le estaba permitido confraternizar con nadie involucrado en un delito. Aunque si no presentaban cargos contra ellas... ¡No! Patrick, te largas a Edimburgo ya.

Buff... Un lástima, de lo contrario... le habría dado su número de inmediato. Era muy difícil encontrar a una mujer divertida y con ese cuerpo de infarto.

—Buenas noches —se despidió.

Y Sabiendo que ella le estaba mirando el trasero, Patrick caminó hacia la puerta y salió al jardín, donde apenas quedaban dos bomberos, entre ellos su amigo James.

—Veo que has salido con vida —le dijo sonriente, James.

Patrick puso los ojos en blanco.

—Por los pelos.

—Has hecho bien, pobre mujer. Se ve que ha perdido la cabeza. Hobbs ha escuchado que se encontró a su prometido poniéndole los cuernos.

Patrick asintió, pero su cerebro seguía más concentrado en la rubia de dentro, que en la conversación con el jefe de bomberos.

Vio como terminaban de recoger las mangueras y buscó a su ayudante con la mirada. Estaba hablando con el vecino e intentando calmar los ánimos.

Pobre Hobbs, se lo estaban comiendo con patatas.

Suspiró.

¡Menuda noche!

3

Septiembre 2018

—¿Aún seguís pensando en esas dos mujeres del incendio? ¿Qué pasa? ¿Estaban buenas? —le preguntó Megan a Hobbs.

El chico se puso rojo como un tomate, pero ella no cambió la expresión. Los habían pillado hablando del incidente que ocurrió hacia algunos meses en Becontree.

—Sí, una le dio su número al teniente.

Patrick le dio una patada bajo la mesa y ella soltó una carcajada.

Estaban en comisaria, en la sala de descanso y tanto Hobbs, como Patrick no parecían haber tenido una buena noche. Sus ojeras decían que no había dormido demasiado bien.

—Pero anoche tuvimos un incidente más peliagudo que nos llevó toda la noche ¿quieres que te lo cuente?

Meg meneó la cabeza.

—No, prefiero que me recuerdes el incidente de las buenorras. Tus métodos de distracción no funcionaran conmigo.

Hobbs rió por lo bajo y Patrick soltó un resoplido.

—Aunque no es para tomárselo a risa —dijo Hobbs—, podrían haber incendiado el vecindario entero.

—No me lo tomo a risa, solo preguntaba si estaban buenas. Nuestro amigo es un hombre divorciado a quien no le vendría nada mal echar un buen polvo.

—Joder Meg.

—¿Qué? Estás necesitado de cariño.

Meg se encogió de hombros y luego le dio un buen bocado a su donut relleno de mermelada de frambuesa. Eran las diez de la mañana y tenía hambre, aunque claro, Meg siempre tenía hambre.

Hobbs la miraba como cualquier humano miraría a un extraterrestre, y más aún cuando ella le devolvió la mirada, esperando un respuesta.

—No lo sé —respondió, alzando las manos en señal de rendición—, no hablé con ellas. Intentaba ayudar a los bomberos a apagar el fuego.

Meg miró a Patrick de reojo.

—Ahora tú, ¿estaban buenas? —preguntó, esta vez a Patrick—. Deben estarlo para que sigáis hablando de ellas.

Él le dio un codazo y se rieron los dos, Hobbs seguía intentando pillar una broma que no entendía.

—No entiendo que sea relevante que estén buenas o no. Casi incendian el vecindario, deberíamos haberlas arrestado.

Meg suspiró.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Hobbs miró a Patrick como si esperase una respuesta, pero Patrick no lo hizo, solo lo miró fijamente para después encogerse de hombros.

—¿Por qué no las arrestamos? —preguntó al cadete.

Este pareció ponerse nervioso.

—Yo... no lo sé ¿es una pregunta trampa? Yo... yo, estaba apagando el fuego.

Meg lo miró muy seria.

—Ah, ¿ahora eres bombero?

—No —dijo, vacilante—, soy agente de policía.

Hubo un silencio y Patrick y Meg empezaron a reírse.

—Te estoy tomando el pelo —el joven poli pareció relajarse.

Había escuchado que la agente Megan Campbell era un hueso duro de roer y que no tenía futuro en comisaría si le caías mal, así que el pobre estaba acojonado cada vez que la escuchaba abrir la boca. Por eso intentaba estar lo más lejos posible de ella, pero ese día no debía separarse del capitán McGregor, así que estaban desayunando juntos en la sala de la comisaria acondicionada para hacerlo.

—Lo cierto es que supongo que Patrick no quiso arrestarlas —valoró Meg—, porque estaban buenas.

—No —corrigió Hobbs—. El teniente no haría eso.

Cuando hubo hablado... dudó, miró de nuevo a Patrick y alzó una ceja.

—No fue por eso —repitió.

—No fue por eso, Hobbs —aseguró Megan—. Quizás pensó que la pobre ya tenía bastante a añadir a la lista de “cosas que pueden salir mal el día de tu boda”.

—Desde luego no lo va a olvidar —apuntó Patrick.

—Hasta a mí me cuesta olvidarlo.

Pero a quien realmente no podía olvidar era a la amiga de la novia. Samantha.

La modelo rubia, de piernas largas y... loca, le estaba quitando el sueño.

Era preciosa, y sí, estaba loca, muy loca.

Negó con la cabeza. No debería acercarse a mujeres de ese calibre. Ya debería haber escarmentado después de un desastroso divorcio con la loca número uno: su exesposa Rebeca.

Pero Sam parecía diferente a su esposa, solo era una mujer intentando consolar a su mejor amiga en el día más desastroso de su vida.

Sonrió, sin ser consciente de ello.

—¿Qué haces? —preguntó Meg, sorbiendo ruidosamente su batido de chocolate.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

Ella le dedicó una sonrisa ladeada.

—Estás sonriendo como un pilluelo enamorado.

Patrick se quedó mirando a su compañera y después desvió la mirada hacia Hobbs, que intentaba decidir si quería otro donuts.

A Meg le quedó claro que no le decía nada por vergüenza a que el novato le escuchara.

—Tú, novato. Largo.

Patrick puso los ojos en blanco.

—Eres tan delicada...

—Como una orquídea floreciente —le guiñó un ojo y sonrió a Hobbs, que se apresuró a obedecerla.

—Vamos... —chasqueó los dedos.

—Por supuesto...

Patrick miró a Hobbs dirigirse a la máquina de café. Instantes antes se había dado cuenta de que la cafetera americana estaba vacía, y ahora rumiaba sobre de si preparar una o bien ir al bar de la esquina y pedir un *latte maciato*.

—Bien, ahora que el novato está decidiendo si es capaz de hacerse o no un café... —dijo Meg — desembucha.

—¿Por qué crees que hay algo que contar?

—¿Estas de puta coña? —¿Acaso había pensado por un momento que podía engañarla?—. Esa carita de pánfilo significa algo. ¿Qué ha pasado?

Entonces le miró con horror.

—¿Que? —preguntó Patrick, asustado, sin comprender.

—¿Se trata de tu mujer? ¿Qué ha hecho esta vez?, ¿quieres que cave un pozo y la tire dentro, y le tire alquitrán y plumas?

—Meg no deberías bromear con eso.

—¿Qué? ¿Sería un mini pozo pequeñito? Saldría por su propio pie.

—¿Cubeirta de alquitrán y plumas? Eso sería un poco ilegal.

—Pero muy satisfactorio —dijo Meg, muy resuelta.

No soportaba las mil y una putadas que le hacía a su amigo, e insistió:

—En serio, ¿te ha vuelto a acosar?, ¿ha entrado de nuevo en tu casa de madrugada para mirarte mientras duermes?

Él negó.

—No.

—¿Tus árboles del jardín están bien?

Vio que él reía.

—¿Entonces? —Meg le dio un puñetazo en el brazo— ¡Habla! Me estás preocupando.

—De acuerdo... —vaciló, antes de lanzarse a soltarlo— Hay una chica...

—¡Oh!

Meg alzó los brazos y lo miró como si Jesucristo se hubiese aparecido en medio de la comisaría. Hasta podría jurar que se le llenaron los ojos de lágrimas.

La cara de Meg era un poema. ¿Había una chica? ¡Había una chica!

—¿Quién?, ¿cuando?, ¿dónde?

—La del incendio.

—¿Qué incen...? —Meg se apoyó en el respaldo de la silla— ¡Oh Dios mío! La del incendio —seguía con la boca abierta— ¿La novia o su amiga guarra?

Patrick la miró con enfado.

—No es una guarra.

—Así que la guarrilla ¿eh?

Él meneó la cabeza. Con esa actitud no pensaba contarle nada.

—Paso. No debería haber dicho nada.

—Nooooo, tienes que contármelo —puso cara de súplica y ojitos gatunos de *shrek*—. Mi vida sexual es una puta mierda. Y mi *satisfayer* me ha hecho heridas en el chichi y no lo podré usar durante dos semanas. Dame algo de ilusión con la que vivir...

Patrick se tapó los ojos con una mano.

—Joder, eres mi *ídola* —Patrick pasó casi un minuto antes de que pudiera recuperar el aliento y dejar de reír—. Y por cierto, tu vida sexual es una mierda porque quieres.

Ella se encogió de hombros.

Era consciente de que algunos hombres la creían atractiva, con su abundante melena pelirroja, y esas tetas, tan grandes que parecían operadas a propósito para salir en una revista de conejitas *playboy*.

—Nooo, a pesar de estas tetas enormes, me es muy difícil ligar —Meg seguía con ese tono lastimero que no se creía nadie.

—Está bien... —Patrick se inclinó sobre la mesa para estar más cerca de Meg, que a su vez se inclinó para escucharle mejor—. Creo que hubo conexión.

Meg cambió su expresión, y asintió muy concentrada. Después se frotó las manos mientras en sus labios bailaba una sonrisa espléndida.

—¿Qué pasó?

—No sé, solo que esa noche del incendio me dio la impresión de que... no sé, conectamos.

—¿Eso es todo? Pero conectaste... ¿cómo? ¿miraditas? ¿un roce?

—Me llamó macizorro varias veces, creo que pensaba que solo lo decía en su cabeza.

Me rio con la frente apoyada sobre la mesa.

—Otra loca. Nos vamos a divertir.

Patrick la ignoró.

—Entonces ¿la has llamado? ¿Ya has quedado con ella?

—No, todavía no hemos quedado. Solo un par de mensajes.

—¿Durante dos meses? ¡Venga ya! El señor pene tiene hambre, ¡aliméntalo!

Patrick miró a su alrededor, abochornado por el grito de Meg. Por suerte no había nadie delante de quién avergonzarse. Hobbs seguía intentando darle a un botón para que saliera café, sin demasiado éxito.

—Te agradecería que no llamasas a mi pene, el *señor pene*.

—Le llamaré Rupert. —Él puso los ojos en blanco, derrotado—. Bueno... lo llamaré como quieras, pero tu polla necesita comer, no es sano. Seguro que se te atrofia algún día por falta de ejercicio. Piénsalo ¿Y si se te cae a pedazos? No me perdonaría no habértelo advertido.

Patrick cerró los ojos y suspiró.

—Venga, llámala para concertar una cita o la llamo yo.

—No me atosigues. He salido de un matrimonio horrible...

—Tu matrimonio era el puto infierno. ¡No! Rectifico, era como si todos los seres del infierno se congregaran para dar ideas de como putear a un hombre cuerdo. La falta de sexo fue una de esas torturas, y no será porque tu mujer no se tirara todo lo que respiraba...

—Meg...

—¿Eh? ¿quien soy yo para juzgarla? Pero hubiese sido un detalle por su parte no tirarse a tu mecánico, al chico del súper, al de la cafetería... incluso me tiró la caña a mí.

—Y no me lo contaste —dijo el señalándola con el dedo.

Meg hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—En esa época ya te habías dado cuenta de que era una desequilibrada adicta al sexo. ¿Para que iba a hurgar en la herida?

Él la miró sin poder parar de sonreír.

Su querida compañera era de lo más sincera, y había sido todo un apoyo en sus horas bajas. Nunca había sentido atracción por ella, a pesar de que era una mujer muy guapa con unos pechos de infarto y una melena sensual.

—¿Vas a llamarla o qué? —insistió, Meg.

Él miró el móvil que estaba sobre la mesa.

—¡La llamo yo!

Se abalanzaron los dos sobre el teléfono, pero Meg llegó antes y empezó a correr y a dar vueltas alrededor de la mesa.

—¡Dame eso!

—No hasta que le digas para quedar.

—¡Meg!

Ella empezó a buscar el nombre de Samantha en los contactos de WhatsApp y...

—¡Bingo!

—No Meg... ¡No! ¡Joder! ¡Deja de escribir!

Meg dejó de correr y miró a su compañero desde el otro lado de la mesa.

—¿Samantha modelo? —alzó una ceja incrédula—. Estás fatal Patrick.

Él dejó de perseguirla, algo avergonzado.

—Vamos... deja ya el móvil.

Pero antes de que él se diera cuenta de qué hacía, Meg puso cara de diablillo y escribió:

¡Hola guapa!

¿Qué haces?

Meg estaba pletórica.

¡Alzó los brazos en señal de triunfo y gritó para que toda la comisaría se enterara.

—¡A follaaaar!

Patrick abrió la boca incrédulo y se dejó caer en la silla.

—Yo te mato.

—A ti sí que te matarán, ¡pero a polvos! —Meg miró el móvil—. Hmmm... qué sexy su foto de WhatsApp. Está muy buena, incluso yo me plantearía mi heterosexualidad.

—¡Meg! ¡Devuélveme el teléfono!

Su tono había cambiado, pero ella lo ignoró y continuó mirando el móvil. Cuando su expresión cambió, Patrick supo que había pasado algo.

—¡Para! —soltó, Meg—. Está escribiendo.

Patrick contuvo la respiración.

Esto no podía estar pasando. Joder, no podía estar pasando.

Hola Patrick.

Estoy en mi nueva casa, libre de hollín post incendio nupcial.

—¡Ooooh, Dios mío! —Meg se puso a dar saltos de la alegría— Está en su casa nueva... ¿será eso una invitación?

Megan empezó a dar saltitos con el móvil en la mano.

—¡Dioooooos, como me gusta esto!

—No te lo perdonaré en la vida.

—Sí lo harás. Y ahora, contéstale. Dile ¿cenamos hoy modelo guarrilla?

Meg le tendió el móvil y se quedó con el brazo estirado un buen rato. Pero después de ver que Patrick seguía con los brazos en jarras sin intención de coger el móvil, ella hizo un puchero.

—¿Qué? ¿ahora no lo quieres? Vamos, si ibas a decirle algo de todas formas.

—Quizás no —repuso él, algo enfadado.

—Claro que sí —Meg no quería sentirse culpable—, por eso guardaste su número y os estáis enviando mensajitos. ¡Admítelo!

A regañadientes debería admitir que no le faltaba razón.

Asintió levemente.

—Síiiii —gritó Meg y lo abrazó con fuerza hasta levantarlo del suelo— ¡Que bien joder! ¡Vamos, pídele una cita!

Parick intentó deshacerse de su abrazo, y ambos casi caen rodando por el suelo. Los chicos de la comisaría les lanzaban alguna que otra mirada, pero con el tiempo ya se habían acostumbrado a sus salidas de tono, y a la escandalosa voz de Meg.

A regañadientes, Patrick cogió el móvil y cabeceó.

—Lo haré después.

Meg sonrió y asintió satisfecha.

—Por supuesto, quieres decirle cosas guarrillas ¿eh? ¡Ese es mi chico!

Él se sentó a la mesa y estrelló su cabeza contra la superficie.

Iba a ser un día muy largo.

4

Sam intentaba darse un baño relajante mientras, sobre el borde de la bañera, tenía a su buena amiga “Copa de Vino” y a su queridísimo amigo “Don Vibrador acuático”.

Suspiró, y miró el paquete de cigarrillos que estaba sobre la tapa del váter. Le entraron ganas de fumarse un *piti*, pero hizo un mohín con los labios, lo cogió y lo lanzó lejos, para quitarlo de su vista y de su alcance.

Siempre que bebía, le entraban ganas de fumar. Y tras la famosa barbacoa en casa de Taylor, se había jurado a sí misma que no probaría nunca más el tabaco.

Vamos...

Tú puedes...

¿Pero, a quién coño pretendía engañar? Salió en pelotas de la bañera y se abalanzó sobre el paquete. Volvió a meterse en la bañera, sacó un cigarrillo, lo encendió como si se tratase de un ritual y, tras poner cara de éxtasis con la primera calada, volvió a relajarse en la bañera.

Una segunda calada...

¡Eso era el paraíso!

Después del kit-kat, su vibrador acuático acabaría de alegrarle el día.

Tras acabarse el *piti* y tirar la colilla al váter, pensó en Taylor.

Menuda putada lo de su boda. Pero en el fondo estaba contenta de que no hubiese acabado casada con el *follaprimas*. Ese gilipollas era un despojo humano y su Taylor merecía algo mejor.

¿Cómo le iría en su retiro espiritual?

Miró el teléfono a su lado y alargó el brazo mojado. La llamaría. Sam esperaba que se encontrase bien, allí en mitad de las Highlands, en la casita de su hermano Marcus.

Sí, lamerse las heridas era algo que Taylor tenía que hacer sola, y liarse con su hermano Marcus también, mejor que no tuvieran público.

Oh, su pobre Marcus, adicto al trabajo. Pero quizás Taylor fuer auna buena influencia, pues él había aparecido allí de repente cual Virgen de Lourdes, cuando antes jamás iba a su cabaña escondida por el *Urquhart castle*.

Pero cotillear sobre polis buenorros era algo que debían hacer acompañadas la una de la otra, aunque fuese por teléfono. Se moría de ganas por contárselo, ¿a quién si no? Taylor era la única que aguantaba sus payasadas.

Apretó una tecla y marcó a Taylor, contenta.

—Hey, ¿ya has incendiado el bosque de *Urquhart*? —preguntó, con una sonrisa.

—Por poco.

—¿Y cómo estás? ¿Ya te has olvidado del *follaprimas* en los brazotes de mi querido hermano?

—Estoy relativamente bien, al menos hasta que me has nombrado a ese capullo. Pero tu hermanito... creo que podría hacerme olvidar a cualquier hombre... quizás incluso pueda dejar de tener cualquier pensamiento coherente cuando lo vea desnudo.

—Oh, ¡no, no, no...! No me cuentes las garrerías que hacéis Marcus y tú. Recuerda que es mi

hermano, y tú mi mejor amiga. Y me da *yuyu*.

—Pues vaya puta mierda es eso de no poder contarte mis aventuras sexuales.

—¡Bastaaaaa! —dijo Sam—. ¡No te escucho, no te escucho, cucurucho... !

—Está bien, está bien, ya me callo— dijo, Taylor — Dime, ¿tú qué tal con el poli buenorro?

—Se llama Patrick —Samantha sonrió, con cara de boba—. Patrick McGregor —paladeó su nombre—. ¡Y sí! ¡Me ha vuelto a escribir! ¿Te lo puedes creer?

Si en aquellos momentos hubiese estado fuera de la bañera, habría empezado a dar saltitos.

—Hoy me escribió primero, y me dijo: *Hola guapa, ¿qué haces?*

—Típico.

—Y yo le respondí: *Hola Patrick. Estoy en mi nueva casa, libre de hollín post incendio nupcial.*

—¿Y qué dijo él después?

—Nada.

—¿Nada? Pues vaya mierda...

—Me muero de ganas por mandarle otro mensaje, pero no lo haré.

—¿Por qué no? Él te escribió primero.

—Pero después no contestó. Y no quiero parecer ansiosa.

—¿Qué más te da? Mira, haz una cosa, si no te dice nada a lo largo del día, le vuelves a escribir.

—Ya veremos.

Ya veremos, y una mierda. En cuanto cuelgue a Taylor le mandaré una foto sexy. ¡Decidido!

—Pero ¿es su teléfono privado, o sigue siendo el del curro? —oyó la voz de Taylor, y casi le dio un vuelco al corazón.

Samantha frunció el ceño.

¿Pasaría algo si le enviaba fotos guarris al teléfono del curro?

—Pues ni idea.

—Ten cuidado, Sam. ¿Y si es del servicio secreto?

—Pues vaya servicio secreto, que se dedica a apagar los incendios que provocan dos locas como nosotras.

—Igualmente. Es un poli.

—Sí, y es el poli más buenorro y mazorro de Scotland Yard, al que pronto, muy pronto, tendré el honor y el placer de desnudar.

—No me cabe la menor duda. Pero date prisa, con la tontería lleváis meses tonteando.

—Que sí guapa, te quiero —le dijo Sam—, voy a colgar para poder decirle cosas al macizorro.

Tras despedirse, colgó a Taylor, y le dio oro sorbo a la copa de vino.

Ya empezaba a practicar las poses de las fotos sexis que le iba a mandar a Patrick cuando, de repente, el tono de un nuevo mensaje de WhatsApp la puso en alerta.

Por poco se atraganta.

Sabía que era él, porque le había puesto un tono especial a ese número.

Y es que llevaba horas esperando ese bendito mensaje. Después del que ella le había enviado, el poli buenorro se había quedado en silencio. Pero ahora volvía a la carga. ¡Bien!

Se secó la mano acariciándose la melena rubia, cogió el móvil y se le dibujó una sonrisa en la cara al ver que sí, efectivamente, el tono no mentía, era él.

Sin poder evitarlo soltó una carcajada, esta vez también a lo Julia Roberts.

—¡La leche!

Patrick.

Hola, guapa. No estarás quemando algo, ¿verdad?

Samantha movió los piecitos dentro del agua y alzó el puño en señal de victoria.

Samantha.

Si algo se me quema es el chichi...

¡No! Eso no.

Borrando...

Suspiró, para después respirar hondo antes de contestar. No podía ponerle cualquier barbaridad, debía ser un poco más comedida, a no ser que quisiera que el pobre hombre saliera volando de su vida.

Al ver las letras de su nombre escritas en la pantalla, Sam sintió que se derretía entera.

Si algo se estaba quemando era ella al pensar en ese poli buenorro diciéndole eso mismo.

Ciertamente, no podía haber estado en un mejor momento. Se sentía divina en la bañera, glamurosa, con los restos de una mascarilla verde de pepino triturado y aceite de áloe vera, bebiendo y fumando, y con un consolador acuático.

Pero eso él no lo sabía, así que podía fingir ser tan fantástica como Marilyn Monroe en su última peli.

Por otro lado, Patrick estaba en la oficina, con los pies en alto encima de la mesa. Se sentía un tipo con suerte, pues había resuelto un caso con la ayuda de Meg. Y como ese día todo parecía salirle bien, había decidido probar suerte y enviarle un mensaje a la rubia pirómana despampanante.

Era tarde y hora de irse a casa. Su intención era enviarle tan solo un mensaje y hacerla esperar, tal y como había aconsejado su compañera que hiciera. Las mujeres se enteraban de estas cosas, sabían leer entre líneas y Meg era una experta, por mucho que se quejase de no follar. Pero quizás porque Patrick nunca había jugado a esos juegos de seducción y mucho menos había usado tácticas de *ligoteo* tan evidentes, se sintió por un momento algo ridículo.

Pero le escribió de nuevo y... ¡sí, funcionó!

Ella respondió al mensaje.

Samantha

¡Hola, poli!

¿Hola, poli? Ella había estado casi cinco minutos con la pantalla del chat que decía “escribiendo” y había esperado casi tres párrafos, y no un simple: Hola, poli. Pero se encogió de hombros, y respondió.

Patrick

Hola de nuevo, preciosa...

Samantha

Dime poli, ¿si quemó algo... vendrás a ponerme las esposas?

Samantha sonrió con malicia. Eso había sido directo, sin dejar de ser elegante. *¡Bien por ti, Sammy!*

Patrick

Es posible, pero antes intentaré apagar el fuego.

¡Oooh sí! Estaba mojada y no gracias al agua tibia de la bañera.

Samantha

¿Con tu manguera?

¡Dios, sí! Lo que ella habría querido decirle era que esperaba un buen chorrizo con su manguera, pero no podía hacer eso, y menos cuando aún no habían tenido la primera cita. De momento, estaban tonteando por el WhatsApp y poniéndose cachondos como monos. Pero eso no iba a durar mucho. Sam quería a ese hombre en su cama, o sobre la mesa, o de pie contra la pared. Pero lo quería. ¡Y pronto!

Patrick.

Las mangueras profesionales son de uso exclusivo de los bomberos, pero... si quieres podría usar la mía particular para apagar tu fuego.

A Samantha casi se le cae el móvil en el agua.

¡Nooooo! ¿En serio? Ese tío estaba llevando la conversación a otro nivel.

Tenía que llamar a Taylor para contárselo. ¡Su mejor amiga iba a flipar! Aunque con lo entretenida que estaría con Marcus, que seguro que le estaba haciendo la vida imposible en la cabaña... Así que mejor no decirle nada más sobre Patrick, al menos hasta que su vida se estabilizase un poco.

Sam regresó de sus pensamientos y se quedó mirando la pantalla de móvil, ansiosa, hasta que diez minutos después, que a ella le parecieron años, Patrick volvió a escribir.

P. Acabo de aparcar y estoy a punto de llegar a casa. Dime ¿qué haces tú en este momento, a parte de mandar mensajes insolentes a un agente de la ley?

Ella sonrió, al darse cuenta de que no la había abandonado. Seguramente habría estado conduciendo. Y claro, un poli tan buenorro y responsable como él, y tan serio, algo que lo convertía en un hombre condenadamente sexy, no podía escribir en el móvil mientras conducía, por supuesto que no.

S. Me estoy dando un baño.

Podía haberle dicho también que se había acariciado un poco pensando en él mientras esperaba a que volviera a escribirle, pero eso ya llegaría. ¡Vamos si llegaría!

Mientras esperaba, se había quitado el pepino y la mascarilla de la cara. Parecía una tontería pero quería estar lo más sexy posible. ¡A la mierda los ideales feministas, y todo por un buen rabo cubierto por un estrecho uniforme!

P. ¿Un baño...? interesante.

S. Un baño —repitió ella— Desnuda...

P. Eso espero. No estarías muy cuerda si lo hicieras vestida.

S. Tampoco te creas que estoy muy cuerda, aunque me bañe desnuda.

Él rio. Una risa sensual, y profunda que, de haberla oído Samantha, habría provocado que su sexo se humedeciese aún más.

Aún así, parecían estar conectados porque ella se la imaginó. Imaginó su erótica voz, riendo. Una voz que no había podido olvidar desde el día del incendio.

Y sí, Patrick era un hombre para no olvidar. Alto, musculoso, bíceps de infarto, un pelo precioso y ojos azules de mirada seria. Sí, lo que más le había llamado la atención a Sam había sido su seriedad y su sentido del deber. Una seriedad que ella deseó quebrar en aquellos momentos.

Y lo hizo.

S. El agua ya empieza a hervir cuando pienso en ti.

Él no respondió en unos segundos durante los cuales, Samanta por poco se muere de la ansiedad. ¿Acaso habría ido demasiado lejos? Cuando vio que al fin él estaba escribiendo, soltó una risita ante la expectativa. Una risa que se le cortó al ver la respuesta del poli.

P. Espero que sea por mi culpa.

Samantha agarró el móvil con ambas manos, cerró los ojos y con los labios dibujó las siguientes palabras:

¡Aleluya! ¡Lo tengo en el bote!

Mientras ella celebraba la declaración de Patrick dentro de la bañera, él cerraba la puerta de su apartamento y tiraba las llaves sobre la encimera de la cocina. Luego se quitó la americana y se desabrochó la camisa.

Hacía demasiado calor y sabía exactamente quién era la culpable.

Se quitó los zapatos, y se puso cómodo en el sofá.

Y respondió:

P. Te he imaginado de muchas maneras, pero sí, imaginarte desnuda es una de mis formas favoritas de pensar en ti.

¡Toma ya!

Patrick sonrió satisfecho de sí mismo. Eso de tontear le estaba gustando.

Samantha alzó los brazos y empezó a mover a cabeza, como si estuviera gritando en silencio. Hubo agua por todos lados, pero le importó un pimiento.

Luego se puso seria, puso cara de concentrada, y siguió con la conversación.

S. No siempre estoy desnuda.

Empezó a escribir cosas sin sentido, pero era a causa de los nervios.

S. Me suelo bañar en bikini en la piscina, o en el jacuzzi del gym, o en una playa de Magalluf... Pero debo confesarte algo...

Patrick contuvo el aliento y sintió un tirón en la ingle. Joder, no era posible que estuviera en ese estado por unos simples mensajes de tonto.

Se estiró en el sofá y también estiró las piernas sobre la mesilla.

Estaba preparado para cualquier cosa que ella quisiera decirle.

P. Dispara.

S. ...Tengo muy claro cómo lo haría si me bañara contigo.

P. Eres perfectamente capaz de bañarte desnuda en esos sitios que acabas de mencionar. Con o sin mí.

S. Tienes razón. Pero hacerlo contigo sería algo...

La polla de Patrick brincó en sus calzoncillos, por muy estrechos que fueran sus slíps.

De acuerdo, eso se estaba poniendo intenso. Y si las cosas seguían por esos derroteros, acabarían acostándose. Y no había nada que Patrick deseara más.

P. ¿Estás hablando de nadar?

Aquí, Patrick añadió un emoticono de una carita angelical.

P. ¿O de otra cosa?

Y aquí, la de un diablillo de color morado.

Sam rio como una niña, extasiada de ver por donde iba la conversación. Iba a trincarse al Highlander con uniforme, estaba convencida de ello.

Tras cantar victoria, Sam respondió:

S. Dime, ¿qué te gustaría que fuese?

Llegó otro mensaje del poli, que la dejó alucinada, sin capacidad de reacción.

P. Quiero tener sexo contigo. Ahora.

5

P. Quiero tener sexo contigo. Ahora.

¡AJA!

Sí joder, ella también quería.

Samantha al fin logró parpadear. Luego abrió la boca y dibujó una perfecta O con los labios. Acto seguido, su boca fue formando una sonrisa.

—¡Síiiii! ¡Sí, sí, sí! —Acto seguido, se mordió el labio inferior, dubitativa—. Y ahora, ¿qué hago? ¿Sigo en la bañera? ¿Me seco el pelo? ¿Me pongo un camisón sexy? ¿O le espero desnuda? Pero primero le tendré que enviar la ubicación... ¿Qué cojones estoy pensando? ¡Ha dicho que quiere tener sexo conmigo!

Sam salió de la bañera y se secó el pelo con la toalla, luego se fue corriendo al armario y sacó un bonito camisón de lencería de seda, de color rojo. Se lo puso, luego se revolvió el pelo, y se pintó los labios con Passion Fruit. ¡Y todo eso en un tiempo récord!

Corrió de nuevo, se tiró sobre el sofá, cruzó las piernas y cogió el teléfono y sus deditos empezaron a volar por la pantalla.

S. Y... ¿qué te gustaría hacer, exactamente?

Patrick miró el mensaje, y sonrió.

De todo, me gustaría hacerte de todo.

Sin embargo, respondió:

P. ¿Qué llevas puesto?

S. Un camisón de seda corto, de color rojo y con encaje en el pecho.

P. Pensé estabas desnuda.

S. Me he vestido sexy, para que puedas quitármelo todo.

Patrick sintió como se le ponía dura.

S. ¿Y tú? ¿Qué llevas puesta?

Patrick cerró los ojos e imaginó el camisón acariciando la piel de Sam, y en lo mucho que le

gustaría quitárselo, poco a poco, a medida que iba saboreando su piel. Se le puso la polla más dura que una piedra.

Respondió al mensaje.

P. Llevo unos pantalones vaqueros. Me aprietan.

Samantha se arrebujo en el sofá y soltó una risita, antes de responder.

S. ¿Dónde te aprietan exactamente?

Preguntó mientras se le hacía la boca agua.

P. Creo que te lo puedes imaginar.

S. Dímelo.

P. En la polla.

S. ¿La tienes dura?

P. Durísima.

S. Me encantaría quitarte esos pantalones para liberarte. No quiero que sufras.

P. ¿Y cómo lo harías?

S. Bajaría la cremallera de tu bragueta, despacio, sin dejar de mirarte a los ojos. Cuando hubiese liberado tu miembro, sin quitarte aún los pantalones, con la mano izquierda te cogería los testículos, y te los masajearía, muy lentamente. Luego, cuando tu polla estuviese a punto de estallar, la rodearía con mis labios y...

P. Me estás volviendo loco...

S. ¿Te has desabrochado la bragueta?

P. Sí...

S. ¿Te has quitado los pantalones?

P. Sí...

S. ¿Te estás... acariciando?

P. Sí...

Patrick gimió más fuerte, porque efectivamente se estaba acariciando, tal y como creía que ella lo haría. Esa mujer lo volvía loco. De solo imaginársela... No creía que aguantara mucho si se tocaba a ese ritmo.

Samantha se mordió el labio inferior y gimió. Lo que daría por que ese poli estuviese ahí, con ella, empotrándola contra el sofá...

Pero el sexo por WhatsApp también era divertido.

S. Yo también me he acariciado, en la bañera, mientras pensaba en ti. Primero he deslizado mis dedos alrededor de mi sexo y me he acariciado, lentamente, mientras con la otra mano me introducía un precioso juguete que vibraba.

P. ¿Estabas pensando en mi?

S. Sí...

P. ¡Oh Señor! ¿Y te has corrido pensando en mi?

Sam soltó otra risita, antes de responder, pero al poco gimió porque volvía a acariciarse.

S. Sí...

P. ¿Tenías hinchado el clitoris?

S. Muy muy hinchado... y palpitante... ¡Oh Patrick! De solo pensar que estabas dentro de mí. Tengo los pezones muy duros por ti.

Él también tenía otra cosa dura, y era todo por ella.

P. Y... cuando te has corrido, ¿has gritado?

S. Oh, sí... He gritado tu nombre. Tres veces.

Patrick se estaba muriendo de deseo.

Aquello era divertido, sí, pero ciertamente, era una tortura. Quizás Meg tuviera razón, era el momento de quedar y poder estar con Samantha, encima de ella, dentro de ella...

Debería tirar el móvil a la basura, coger el coche y conducir hasta la casa de esa diosa del Olimpo. Hacerle el amor toda la noche, y a la mañana siguiente, igual. Pero lo cierto era que aún guardaba ciertas dudas. ¿Sería por eso por lo que se escondía tras el sexo telefónico?

S. Dime otra vez como te estás acariciando.

Patrick dejó a un lado sus pensamientos ante la pregunta de Sam.

P. Sí, me estoy acariciando. Lo hago... muy lentamente, porque de pensar en ti creo que voy a explorar.

S. ¿La tienes muy dura?

P. Erecta, como un mástil y dura como una piedra.

S. Me encantaría metérmela hasta el fondo.

Patrick apretó los dientes, de solo imaginárselo estaba a punto de correrse.

P. Oh, nena...

S. Me muero de ganas de que me folles, Patrick.

En esos instantes, él no podía contestar. Estaba demasiado ocupado, imaginando todo lo que ella le estaba describiendo. Se la agarró con más fuerza y movió su mano a lo largo del mástil.

P. Yo también... quiero... ¡Oh Dios!

S. Pero antes, me gustaría chupártela. Te lamería, despacio, trazaría círculos en el glande y tragaría. Mmmm... chuparía de nuevo y tragaría una a una, las gotitas de semen que seguro que en estos momentos te humedecen.

P. Sí, eso es...

S. Las iría cogiendo una a una con la lengua y las saborearía...

Oh, Dios... iba a matarlo...

Cuando Patrick pensó que nada podía ir a mejor, ella, en lugar de escribir, empezó a grabar un audio.

McGregor pensó que se le pararía el corazón de un momento a otro, si ella no dejaba de grabar. Cuando pudo, al fin, oír el audio, tuvo las manos libres para seguir las instrucciones de ese diablo con cara de ángel.

Después, cuando estuvieses a punto de correrte, te agarraría fuerte por los testículos y succionaría, muy fuerte. Me metería y sacaría tu polla de mis labios, una y otra vez, hasta que lo soltases. Todo, dentro de mi boca...

El pecho de Patrick iba a estallar de un momento a otro. No podía dejar de acariciarse con la mano. Tenía la polla muy dura, y si no se corría pronto, moriría de un infarto.

La voz de Sam era sensual, ronca, sexy, y Patrick supo que al tiempo que había grabado ese audio, se estaba acariciando.

Pero no pienses que todo acabaría tan rápido —siguió hablando, esa diablesa—. Me detendría unos segundos, pero después volvería a lamerte, despacio, de forma que desearías que volviese a metérmela en la boca, y a correrte. Pero no, esta vez no te lo haría con la boca

—soltó una risita sensual—. *Seguiría lamiéndote el glande, despacio, trazaría círculos con la lengua, a su alrededor, y con la mano te masajearía la polla, también muy, muy despacio...*

El pecho de Patrick subía y bajaba, muy rápido, al igual que su mano, que rodeaba su polla.

—Oh vamos... —gimió aunque ella no podía escucharle.

Con la mano izquierda se apretaba los testículos, tal y como Samantha le estaba diciendo.

—Oh, nena... me voy a correr... —ella no podía oírlo, y él no grabó ningún audio, pero Patrick lo dijo en serio. Iba a correrse.

Cerró los ojos y pensó en los preciosos labios de Samantha, luego, en su estrecha y húmeda cavidad, apretándole la polla, mientras ella cabalgaba sobre él como una amazona. Imaginó sus preciosos pechos, moviéndose como dos flanes, justo a dos centímetros de su cara, y se volvió loco imaginando su melena rubia y ondulada, despeinada, ocultando sus ojos, brillantes de pasión, y moviéndose los mechones a cada suspiro que expulsaban sus carnosos labios.

Patrick se corrió pensando en esos labios, imaginando cómo sería su sabor. Le salió tanto semen, que sus surcos abdominales quedaron absolutamente mojados.

Pasaron los segundos e intentó volver a tener una respiración pausada.

Al poco llegó otro mensaje de Samantha.

S. *¿Te ha gustado?*

Patrick sonrió.

P. *Joder nena sí, ¿a ti?*

S. *Yo creo que seguiré una hora más pensando en ti.*

Y lo decía en serio, su satisfacer pro era de batería y le quedaba para rato.

Antes de decirle nada más, Patrick fue a asearse.

Cuando regresó, vio que tenía una llamada perdida de su exmujer. Supo enseguida que su *affaire* con Samantha no sería tan fácil. Pero no estaba dispuesto a renunciar a Samantha, y eso lo tenía más claro que nunca.

Olvido a Rebeca y contestó a su diosa del Olimpo con un último mensaje.

P. *No hay nada ahora mismo que me guste más que tú.*

6

—Tenemos algunas sospechas de que algunas empresas importantes del país, se financian con contrabando, armas o drogas. O todas ellas a la vez —dijo el superintendente, apuntando los datos en la pizarra.

Meg escuchaba con atención, del mismo modo que lo hacía Patrick.

—¿Cual es nuestra fuente? —preguntó Meg.

—De momento tenemos una fuente fiable que trabaja con el señor Duncan McDowell. Es a él y a su familia a quien investigaremos en los próximos meses, pero de momento no podemos decir nada. Hay otro magnate, William Wells. Creemos que también puede tener relación con asuntos turbios.

Patrick se revolvió en su asiento mientras su compañera apuntaba algo en su agenda electrónica, como si fingiese estar ajena a sus preocupaciones, cosa que no era así, pues la conocía bien.

Patrick sabía que significaba todo aquello, investigar a los McDowell significaba investigar a Samantha. Y eso quería decir romper todo contacto con ella.

Al pensar en ella, tuvo que hacer un titánico esfuerzo para controlar sus emociones. Joder, no podía creer su mala suerte.

Meg se dio cuenta de que algo andaba mal.

—Oye —le susurró—, ¿va todo bien?

Él asintió como única respuesta.

Cuando la reunión acabó, se levantó y fue a por un café. Ella lo vio marcharse, con el entrecejo arrugado. Si a alguien no podía engañar, era a Meg.

Meg aparcó frente a la casa de Patrick.

—¿Y a ti que te pasa? Has estado muy callado toda la tarde.

Patrick se humedeció los labios. No tenía secretos para su compañera, pero no quería contarle nada todavía. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había estado ligando con Samantha McDowell? ¿Qué habían tenido sexo virtual? ¿Qué se había corrido pensando en ella, y qué estaba pensando quedar para un revolcón en vivo ese fin de semana?

Evidentemente se lo acabaría contando todo, pos supuesto, pero no sería hoy. Estaba cansado, confuso, y... aun se excitaba al pensar en esa rubia tan sexy.

Meg frunció al ceño, al ver la cara de Patrick, que era todo un poema.

—¿Qué? —insistió ella.

—Nada, te veo mañana.

Antes de que pudiera salir por la puerta del vehículo, Meg lo agarró de la camisa y lo volvió a sentar.

—No —dijo, meneando la cabeza—. No vas a irte a ninguna parte, hasta que me digas qué te pasa.

—Meg...

—¡Meg un cuerno! —parecía enfadada—. ¿Quién estuvo aquí cuando su mujer se encadenó al árbol del patio y no quería bajar? ¿O cuando la encontraste con la cabeza metida en tu horno? —Patrick suspiró, porque Meg tenía razón—. Hemos pasado mucho juntos. Así que sé muy bien cuando tienes problemas. Y ahora algo te ronda por la cabeza, lo sé porque tienes cara de que te va a atropellar una jaqueca enorme.

Él aludido sonrió sin humor.

—Qué bien me conoces.

—Porque soy tu mejor amiga. Así que... cuéntamelo rápido para que pueda irme a casa a beber.

Patrick tomó aire y lo contuvo unos segundos, luego lo soltó a bocajarro.

—Samantha McDowell...

—¿Sí? —preguntó ella, al ver que tardaba en contestar.

—Es mi modelo rubia.

Meg no cambió su expresión durante dos segundos y después se empotró contra el asiento del coche.

—¿Qué cojones...? ¿La pirómana? ¿La tía buena a la que escribes? ¿con la que tonteeas por WhatsApp?

—Esa misma.

—¡Joder! ¡Que puta mala suerte!

Megan parecía indignada. ¡Menuda injusticia!

—Tengo que acabar con esto cuanto antes. Creo que no debería volver a escribirle.

Megan parecía como ausente, con una mueca de fastidio dibujada en la cara. Al poco rato, su expresión fue cambiando y, si hubiese sido posible, también le habrían salido cuernos y habría exhalado azufre.

—Joder... ¡Mierda! —se lamentó—. Yo que tenía la esperanza de que empezaras a echar polvos regularmente. ¿En serio es ella?

—Samantha McDowell, nieta, prima, hija y hermana de millonarios.

—Al parecer ella también lo es —apuntó, Meg, con cara de sospecha.

—Eso parece. Aunque espero que no lo sea gracias al mercado de la droga.

Meg hizo un puchero.

—Patrick... cuanto lo siento.

Se echó a sus brazos y lo estrujó fuerte contra su generosa delantera. Patrick le devolvió el abrazo y sonrió con ternura. Menos mal que la tenía a ella, si no, su vida sería un jodido infierno.

—No es para tanto, solo estábamos tonteando.

Sí, eso hacían, únicamente tontear. Pero Meg lo conocía demasiado bien, y sabía perfectamente que lo que comenzaba con Patrick como un tonto, podría acabar con como un: *Me he puto enamorado*.

—Oye, lo siento mucho de veras —dijo apartándose de él—. Y tienes algo de razón. No deberías ligar con esa mujer, mucho menos enviarle mensajes. Pero, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que si te has divertido, bien por ti.

Ante la sonrisa auténtica de su mejor amiga, Patrick no pudo hacer otra cosa que

devolvérsela.

—Gracias, Meg. No sé qué haría yo sin ti.

Ya en casa, Patrick tiró las llaves sobre el mueble de la entrada, como siempre. Y siguiendo su misma rutina de todos los días, se encaminó al dormitorio y se quitó la chaqueta que acabó sobre el sillón. Sacó su pistola reglamentaria de la funda y la guardó en la caja fuerte que tenía en la parte baja de su mesilla de noche. No había niños en casa, pero siempre era mejor asegurarse que un arma estaba fuera del alcance de cualquiera que no fuera su propietario.

Cuando le vibró el teléfono, casi le dio miedo ver qué nombre estaba escrito en la pantalla. No podía enfrentarse a ello, no todavía.

Tiró el teléfono sobre el sofá y fue directo a la nevera.

Poco después se sentó frente al televisor para ver un partido de *rugby* y fue al abrirse la tercera cerveza cuando echó de menos su móvil, o mejor dicho, los mensajes de Samantha.

Pero tampoco podía quitarse de la cabeza la conversación que acababa de tener con Megan.

Joder, ¿es que no podía tener un poco de suerte con las mujeres, por una puta vez en su vida? Samantha le gustaba, desde el primer momento en que la vio le pareció una mujer divertida, sensual, un poco alocada, pero su locura parecía sana, nada que ver con la de su ex mujer... Y, aunque casi hubiesen provocado un incendio, parecía buena persona. La forma en que había cuidado de su mejor amiga, en aquellos momentos tan duros, cómo la había apoyado hasta las últimas consecuencias, a Patrick le parecía hasta enternecedor.

Y ahora resultaba que parecía estar implicada en la maldita investigación...

Patrick apagó el televisor y se dirigió al dormitorio, donde cogió de nuevo el móvil. Ella seguía en línea.

S. ¿No me dices nada poli sexy?

Estuvo tentado de responder y decirle lo siguiente: *Lo siento, preciosa, pero me ha surgido un imprevisto y tendremos que dejarlo para otro día.* Estuvo a punto de hacerlo, pero finalmente, volvió a tirar el móvil boca a bajo sobre la cama.

Se llevó las manos a la cara y suspiró.

¡Dios, dame fuerzas!

Meg tenía razón, no podía mezclar trabajo con placer, menos si la diosa del placer era la principal sospechosa del caso. ¡Vaya suerte la suya! ¿Cuándo acertaría con las mujeres?

Joder, joder, joder... No quería hacer lo que estaba a punto de hacer... Pero no le quedaba más remedio.

Tomó aire varias veces. Se incorporó y cogió el móvil entre las manos.

Cerró los ojos y volvió a suspirar. Pero cuando los abrió, su expresión ya era decidida.

P. Lo siento, Samantha, pero no podemos seguir escribiéndonos. Hay otra mujer. Perdóname.

Tras escribir eso, se pensó durante unos minutos el si debía enviárselo o no.

Finalmente pulsó la tecla de envío.

Se dejó de nuevo sobre el colchón y lanzó el móvil al otro lado de la cama, sin mirar siquiera

su respuesta.

Sí, mejor que lo odiara. Mejor para ella, y para él mismo.

Un año después

Estaban en la sala de reuniones todo el equipo de investigación. Era un grupo especial formado gracias a la partida presupuestaria que el gobierno había añadido de manera extraordinaria para luchar contra el narcotráfico y el fraude fiscal. Y al parecer, el caso que estaban tratando, tendría de todo.

Junto a Patrick estaba Megan y junto a ella Phillip y Jhon que serían sus nuevos compañeros en ese caso. Hobbs aún estaba muy verde, y aunque parecía ser el perro fiel de Patrick, haberse trasladado a Escocia para seguirle a investigar a la familia McDowell, no significaba que el superintendente Marlow del cual dependían ahora, los quisiera trabajando juntos.

Los nervios estaban a flor de piel.

Hacía poco que habían aterrizado en ese departamento, pero como no podía ser de otra manera Meg ya había destacado por su capacidad de análisis y por... su boca sucia.

No se podía decir que Meg Campbell fuera el paradigma de la elegancia, más bien era lo que muchos llamarían una mujer de armas tomar. Aunque un tanto agresiva cuando le tocaban los ovarios, era una chica de gran corazón y la mejor amiga que Patrick podía desear. Estaba convencido de que se jugaría la vida por él. Al igual que él lo haría por ella. Y estaba agradecido de que los hubiesen puesto en el mismo equipo.

—Nuestra investigación del año pasado fue una chapuza, no pudimos encontrar nada concluyente sobre la familia McDowell, quizás porque todos sus asuntos financieros se mascan en Edimburgo y gracias a Dios, aquí estamos. —continuó diciendo— Nuestro informante, Charles, nos ha dado una pista que parece oler bastante bien, o bastante mal, según se mire.

—Creí que ya no trabajaba para los McDowell y que Marcus McDowell se había retirado.

—Al parecer ha pasado sus negocios a su primo, el magnate Duncan McDowell. Aunque Charles no trabaje con ellos, si que tiene contactos dentro, de aquí su soplo.

A Patrick le gustaría saber quien era ese contacto de dentro, pero se guardó de preguntarlo, pues Charles estaba directamente contactado con el superintendente Marlow.

—Veamos si este fin de semana encontramos algo contra la familia McDowell.

Cada vez que Patrick escuchaba el apellido McDowell, le daba un vuelco el corazón.

Había pasado casi un año y no podía dejar de pensar en ella: Samantha McDowell, la hermana de Marcus McDowell, el CEO de las finanzas.

—Se dice que Marcus McDowell ha desaparecido de la vida pública para dedicarse a la fotografía y a la vida contemplativa. —le dijo Meg— Al cargo de su empresa ha dejado a su primo, Duncan McDowell.

El apodado *El Tiburón Blanco*. Patrick meneó la cabeza, ese apodo indicaba que no era menos peligroso.

Por las investigaciones de Meg, sabían que si bien Marcus y la familia McDowell en general tenían buenas relaciones con William Wells, *el Hombre de Hielo*, era el enemigo declarado de Duncan.

—Wells y Duncan McDowell se llevan a muerte, creo que un lio de faldas. Y no me extraña ese inglés que huele a azufre es más guapo que el diablo, y seguro que igual de cabrón en los negocios.

Desde luego el inglés se había comido de un bocado a Duncan McDowell, al menos los contratos que no había podido dejar bien atados antes de que *el hombre de hielo* se adentrara en el mercado asiático.

A parte de por la investigación, Meg conocía a ese inglés por la prensa rosa, y estaba para mojar pan y rebañar el plato. Lo apodaban el Hombre de Hielo, y en la prensa del corazón, el Gigoló de las Finanzas. Al parecer había tenido un divorcio digno de una telenovela venezolana. Su mujer le había puesto los cuernos con su mejor amigo, Duncan McDowell, y se había largado a trabajar con él. El pobre multimillonario estaba destrozado, hasta que las malas lenguas hablaban de su relación con la pintora en auge Bel Roig, que había sido amante de Duncan McDowell. Un lio que estaba en boca de todos, porque hacía poco menos de un mes que se les había visto juntos en París en una exposición, donde el famoso pintor Franco Cometa le había dado una apoplejía.

—Quizás no sea nada —continuó el jefe—, pero hay indicios de que realmente hay entradas y salidas de contenedores sospechosos en el puerto.

—¿Sabemos el nombre de las empresas y qué relación tienen entre ellas? —preguntó Meg, pues Patrick parecía haberse quedado sin saliva. Y sin color en el rostro.

—Hay una en concreto —apuntó el superintendente, escribiéndola en la pizarra y rodeándola con un círculo—. La compañía de los McDowell, de importación y exportación. La que investigamos el año pasado.

—¿La que encontramos limpia? —le susurró Meg a Patrick.

Así es, pensó él, aunque no respondió. La del hermano de Samantha.

—Actualmente sabemos también que tienen empresas subcontratadas para la importación de sus obras de arte, y productos de abastecimiento para sus hoteles. Pero llama la atención un contenedor de Asia que viene con productos de los McDowell, pero con la compañía de importación de William Well. Dicho contenedor estará aquí en dos semanas. Así pues tenemos varios nombres que investigar.

Meg se revolvió en la silla.

-¿Por qué demonios McDowell traería mercancía de Asia en contenedores de su enemigo?

-Quizás porque le haya tendido una trampa y quiera que encontremos esa mercancía.

-Si es droga...

-O bien Duncan McDowell tiene contactos con los capos de la droga, o bien los tiene Wells. Pero hasta que no sepamos que hay en los contenedores que llegan el sábado que viene, dentro de 10 días, pero antes ese fin de semana... vamos a investigar más de cerca a William Wells y los miembros de la familia McDowell. Más concretamente a Marcus McDowell, quién misteriosamente se ha retirado de la vida empresarial, a su primo Duncan quien se ha hecho a cargo de su principal empresa, y a la hermana pequeña de la familia, Samantha McDowell.

—¿Por qué a Samantha McDowell? —soltó Patrick, interrumpiendo a su jefe.

Meg lo miró con extrañeza, como si eso no fuera propio de él interrumpir al jefe, aunque sabía perfectamente lo mucho que lo afectaba el nombre de esa mujer.

El superintendente no se molestó por la pregunta, al contrario, pareció pensar como él, que era una pérdida de tiempo investigarla.

—Puede resultar extraño a simple vista, pero al parecer la pequeña de los McDowell ha abierto su propio negocio y se ha puesto a facturar millones de la nada. El capital de su empresa,

una editorial y otro negocio del cual no tenemos demasiada información, la vincula a William Wells.

—Y... ¿cuál es el nombre de su empresa? —preguntó, Meg.

El superintendente carraspeó antes de responder a su agente.

—Sexy Orgasmic.

En ese momento, los agentes se aguantaron la sonrisa, y Patrick se puso blanco como la cal. Meg fue la única que se rio abiertamente. Luego abrió la boca para decir que conocía ese sello editorial, pero Patrick la interrumpió.

—¿Quién le prestó el dinero para abrir dichas empresas? —preguntó, muy serio.

—Al parecer fue su hermano Marcus —respondió el jefe—, pero quizás haya tenido ayuda del magnate Wells. Quizás sean amante.

-No son amantes.

Se hizo el silencio y el jefe Marlow tomó nota de lo tajante que había sido Patrick.

-De acuerdo, pero no descaremos nada. Lo estamos investigando.

Vaya, la trama se complicaba.

—¿El multimillonario inmobiliario con la prima del que le levantó a su esposa? —preguntó Meg, pensativa— Esto es raro.

—Así, es —el jefe asintió.

—¿Y por qué haría negocios con una editorial? ¿O simplemente tenemos constancia de que sean amigos?

El jefe rebuscó en algunos papeles.

—Importación de mobiliario de oficina, y objetos de regalo... —leyó—. Creo que Samantha McDowell también se dedica al interiorismo y puede que haya contratado los servicios de importación de Wells.

-No creo que eso le guste a su primo. Wells es un obseso del arte —apuntó, Meg—. Quizás la haya contratado para decorar sus hoteles, como hizo con la pintora Bel Roig.

Patrick miró a su compañera, preguntándose por qué sabría tanto del magnate.

—Eso es precisamente lo que nos lleva a investigarla -dijo el jefe—. Lo que si nos asegura nuestra fuente, (es decir Charles) es que está claro que hay albaranes firmados por ella sobre la recepción de la mercancía, que presuponemos, según el chivatazo, no son del todo legales.

—¿Drogas? —preguntó Meg, mientras Patrick cerraba los ojos, para calmar los nervios.

—Muy probablemente.

—Maldita sea —La maldición de Patrick fue tan tenue que ni siquiera su compañera se dio cuenta de que lo furioso que estaba.

Si Samantha resultaba ser una delincuente, él, como miembro del grupo de investigación, tendría que detenerla. Y eso no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Todo bien agente? —Le preguntó el jefe a Patrick, quién se arrepintió de haber reflejado en el rostro sus emociones.

—Sí señor.

El jefe asintió y prosiguió con su exposición.

—No hace falta que os diga que antes de acusar y hacerse enemigo de alguien como William Wells, debemos tener pruebas de que está metido en algo ilegal.

Más de uno asintió.

Patrick se llevó las manos a la cara, para después pellizcarse el puente de la nariz. Una jaqueca terrible estaba a punto de comenzar. ¿Qué más podría pasarle?

—Este fin de semana tenemos la gran oportunidad de averiguar qué está pasando sin levantar demasiadas sospechas.

Cuando el superintendente los miró a ambos, Meg y Patrick no supieron muy bien qué pensar.

—Hemos conseguido dos invitaciones para la fiesta de cumpleaños de Marcus McDowell, así que dos de nuestros agentes van a infiltrarse en la casa e intentar averiguar qué se cuece.

Meg, miró a Patrick de reojo. Por la cara que traía, él, al igual que ella, ya sospechaba a quien iban a enviar.

—¿Quiénes irán, señor? —preguntó Meg, más entusiasmada por la respuesta que su compañero, Patrick.

—Se celebrará en el castillo McDowell, y vosotros dos, Campbell y McGregor —señaló a ambos con la mirada—, asistiréis de incognito para hablar con algunos de los invitados. Y más concretamente, ver que tan bien se llevan unos con otros.

Patrick abrió la boca, o más bien se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué... cómo?

—Joder.

Dios mío, eso no podía ser cierto. ¿Volvería a verla?

¡Por supuesto que volvería a verla!

¡No! ¡Joder! ¡Mierda! ¡Joder!

—Así que, de vosotros depende de que la operación sea un éxito o fracase —dijo el superintendente—. Mientras estéis ahí quiero que registréis la casa en busca de algún documento que pueda darnos luz a todo esto. Es posible que no lo encontréis, pero no quiero que volcáis de vacío.

Megan seguía escuchando con atención y su única preocupación es que iban a peinarla y a vestirla como una muñeca de porcelana. Patrick no prestaba menos atención, hasta que en la pantalla donde se proyectaba información vital para el caso, apareció... ELLA.

Se puso tenso y Meg lo notó, pero quiso achacar esa tensión a que era su primer caso importante en Glasgow. Aunque sabía que el motivo era otro mucho más caliente.

Lo miró y cuando sus miradas se cruzaron, ella asintió.

Lo haremos de putísima madre, no te preocupes. O eso es lo que la pelirroja quiso darle a entender. Pero Patrick seguía demasiado ensimismado con la rubia que seguía en pantalla y a la que se le sumó la fotografía de uno de los magnates de Gran Bretaña.

—Samantha McGregor y William Wells —concluyó, el superintendente—. Estos dos serán vuestro objetivo en el castillo de Black Bells este fin de semana. No los perdáis de vista y averiguad todo lo que podáis.

—Menudo caso... —murmuró Megan, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Cuando salieron de la reunión, Meg y Patrick se fueron a la cafetería. Ella se sirvió un café irlandés con mucha nata y él un café solo sin azúcar.

—¿Estás preparado para volver a verla? —preguntó, tras quitarse la nata del labio superior con la lengua, mientras él tomaba un sorbo de su café, que seguramente aún estaba hirviendo.

—Sí. No significa nada para mí.

—Bien.

Lo miró de reojo, dudaba de que eso fuera cierto.

—Quizás sea algo bueno que la conozcas mejor —indagó, más que nada para observar su reacción—. En la fiesta puedes acercarte a ella...

¡No! ¡No! ¿Qué le estaba diciendo? ¿Hablar con Samantha para sacarle información? Era la peor idea de la historia de la humanidad.

—Acabamos de descubrir que está implicada en el caso —Meg siguió parloteando, como si nada—. Y esta misma semana llega un contenedor sospechoso de China.

Él bufó y le dio otro sorbo a su café.

—Aunque...

Patrick esta vez se quedó mirando a Meg, muy serio.

—Bueno... da igual...

Él meneó la cabeza, pero sin dejar de mirarla a los ojos.

—Ni se te ocurra pensarlo.

Ella alzó las manos, como si él la hubiera apuntado con una pistola.

—¡No he dicho nada!

—No pienso utilizarla para sacarle información. ¿Te ha quedado claro?

Meg asintió.

—Por supuesto que no, eso sería muy rastrero... No, no...

Pero había un deje de duda en su voz.

—¡No! —dijo Patrick, levantándose de la silla, al tiempo que todos en la cafetería lo miraban, extrañados.

Megan lo vio alejarse, pero a las tres zancadas lo vio volverse hacia atrás.

—He dicho que no —susurró, para que los demás no descubriesen de qué estaban hablando.

—No —le aseguró Meg.

Su compañero era demasiado buen tipo.

Jamás utilizaría a una mujer en su propio beneficio, mucho menos a una con la que hubiese mantenido una relación, aunque hubiese sido únicamente virtual. Cuando lo vio salir de la cafetería, se dijo que era una verdadera lástima ver como el destino los ponía a prueba de esa manera tan cruel.

Pobre Patrick, un policía enamorado de una delincuente...

8

Patrick y Meg llegaron al castillo de Black Bells y estacionaron su audi alquilado en un lugar más o menos discreto de la explanada que hacía las veces de parking.

Su intención era infiltrarse entre el resto de invitados.

—¡Me cago en la leche, qué puta pasada! —soltó Meg, con esa boca tan sucia—. ¿En serio aquí vive gente? ¡Yo me perdería para ir al baño!

Patrick puso los ojos en blanco.

La observó, y negó con la cabeza. Su vulgaridad en el habla era inversamente proporcional a su belleza y sensualidad. Para el evento había escogido un vestido precioso, muy elegante, de color verde y corte sirena. El pelo rojo lo lucía suelto, tan solo una pequeño tocado de plumas le recogía la sien izquierda y hacía que la melena se colocase de forma natural en el hombro derecho.

—Meg, creo que debe de haber como veinticinco cuartos de baño, seguro que te toparías con alguno —apuntó Patrick, echando un vistazo a la enorme mole de piedra negra que era el castillo de la familia McDowell —No hay como ser multimillonario, ¿no te parece?

—Ya te digo, si tienes inodoro para elegir —soltó, Meg —. Pero si tienen tanta pasta, algún asunto turbio esconderán, así que... ¡A investigar!

—Espera —Patrick cogió a Meg del brazo, y la obligó a quedarse en el sitio.

Samantha acababa de aparecer en la explanada, y detuvo su coche, un exclusivo Maserati de color rojo cereza, frente al gran castillo. El increíble motor no dejó de rugir hasta que ella no quitó la llave del contacto.

Del coche no solo salió ella, sino otra chica, bastante mona y recatada, y un chico muy glamuroso a lo Ruper Everet, elegante y aparentemente afeminado.

Patrick los observó a los tres. Los dos invitados de Samantha parecían alucinados con el castillo. No era para menos, y su modelo sonreía satisfecha, aunque no de forma altanera, sino feliz de causar a sus amigos tan buena impresión.

Por un momento Patrick no pudo dejar de pensar en que, en realidad, parecía una buena chica. Un poco alocada, sí, pero una buena chica, al fin y al cabo. Su instinto de sabueso le dijo también que había algo en ella que le impedía creer que era una delincuente. Para su desgracia, los indicios indicaban todo lo contrario.

Aunque para eso estaban ahí. Para averiguarlo.

Mientras pensaba en todo eso, Patrick no podía apartar la mirada de esa diosa del Olimpo. Porque eso era, una auténtica diosa del Olimpo. Preciosa. Elegante, distinguida y sexy, muy sexy, con una melena rubia espectacular y unas piernas kilométricas. La mujer más sexy que había visto jamás.

Pero lo que más le asombró fue el recibimiento.

Antes de llegar a la entrada, vio a esos tres detenerse. Del interior de la casa salió una tropa de

lacayos con tartán y gaitas, como complemento al kilt lucían un gorrito a juego. Las gaitas empezaron a tocar en honor a la invitada.

—Joder, menudo recibimiento —soltó, Meg—. La pelirroja miró a su compañero y se cruzó de brazos. Parecía que lo hubiesen abducido los extraterrestres —Tierra llamando a Patrick, tierra llamando a Patrick, ¿me recibes?

—Sí, sí. Disculpa—se disculpó él—. Es que es la nieta del dueño del castillo. Y la prima del cumpleaños.

—Veo que te has informado —Meg sonrió, sarcástica, como si no hubiesen recibido esa información en la reunión del viernes, para que ahora Patrick se la recordase—. Pero, ¿para qué necesita delinquir, si es tan rica? ¡Jamás entenderé a los pijos! ¡Venga, entremos!

—¡No! —dijo, Patrick—. Esperemos a que llegue el grueso de los invitados y nos colamos entre ellos. No me apetece que a nuestra llegada empiecen a sonar también las gaitas para que todo el mundo, especialmente ella, sepa que dos polis de incognito se están colando en la fiesta de cumpleaños.

Entraron, y aguardaron durante dos horas con el resto de los invitados, en el gran salón del castillo.

Meg flipaba y Patrick estaba seguro de que jamás había ido a una fiesta como esa. Aunque ella pretendía aparentar que no.

Igualmente, sentía que no estaban pasando muy desapercibidos por culpa de la pelirroja, que era espectacular. Los tíos no apartaban la mirada de ella, y de semejante forma le sería muy complicado entrar a investigar sobre los documentos que podría haber por allí, escondidos.

Meg cogió un cóctel, sonrió al camarero y tras dar un sorbo, regresó la vista a su compañero.

—Todavía no veo al hombre de hielo.

—¿A William Wells?

Meg asintió. Ahora estaba seria, en plan francotirador.

—Tampoco de Duncan McDowell.

—Lo que es seguro es que no aparecerán juntos. Se rumorea que se odian.

—¿Por qué será?

—Creo que su ex esposa tiene mucho que ver. Ahora trabaja para el highlander más poderoso de Escocia, Duncan McDowell y al inglés no le parece bien. Se dice que hubo hasta cuernos de por medio. —No pensaba decirlo en voz alta, pero esa mujer era imbécil o qué. ¿Cómo puede follarse a otros, teniendo a ese pedazo de gentleman por marido?

Meg se encogió de hombros y dio otro sorbo al cóctel, que por cierto, era un San Francisco, es decir, sin alcohol, pues jamás bebía estando de servicio. Menuda era ella cuando el alcohol tocaba sus labios.

Las siguientes dos horas pasaron rápido.

La gente ya empezaba a desmelenarse a pesar de que aún era temprano, bailaban y bebían como si no hubiese un mañana.

Patrick vio como la morena se acercaba al dueño del castillo, un tal Angus McDowell y abuelo de Samantha.

Marcus, junto a su novia Taylor.

—Por si sirve para la investigación —dijo Meg a Patrick—, Taylor Salas escribe novelas eróticas y es socia en la editorial de Sexy Orgasmic junto a Samantha.

—¿Sexy Orgasmic?

—Ajá.

—Y he leído en un grupo de internet, de una tal Kate Bristol, que Taylor está a punto de publicar una novela de cowboys. *Mi salvaje cowboy* o algo así. Y que es casi pornográfica. Al parecer, las novelas eróticas se venden como churros.

Ante la mirada que le dedicó Patrick, Meg calló, y volvió a meterse la pajita en la boca.

Patrick se centró en los anfitriones. Los observó hablar unos minutos. El chico gay, venía de bailar la conga. Seguido por...

La diosa del Olimpo:

Samantha McDowell.

Saltaba detrás del que parecía gay con una copa de champán en la mano.

—¡¡¡Esto es una fieceesta!!! —la escuchó gritar, aún a pesar de la distancia que los separaba. Le sorprendió que hablase un perfecto castellano, aunque tal vez solo supiese decir esa frase...

—Joder. Mira qué horas son, y ya va pedo —Meg habló, pero él no la escuchó.

Patrick no podía apartar la vista de esa mujer. Su aspecto era digno de la más hermosa divinidad. Si el Olimpo fuese su hogar, ella sería Afrodita.

Lucía un vestido color crema con un escote escandaloso y una falda muy corta. Una boa de plumas sintéticas le rodeaba el cuello y unos guantes negros le cubrían hasta los codos.

Samantha McDowell era la mujer perfecta. Sus gruesos labios estaban pintados de rojo pasión. Vio como alguien le cambiaba la copa... ¡Un momento!

Patrick parpadeó.

Meg estaba tras ella.

Se dio la vuelta y efectivamente su compañera ya no estaba a su lado.

Le acababa de pegar un micro en la boa que llevaba al cuello. La pelirroja le dedicó una sonrisa a su compañero y le guiñó un ojo al tiempo que hacía el gesto del pulgar hacia arriba.

De repente, ella posó los ojos sobre él. Él se dio la vuelta de inmediato.

¡Mierda! ¿Lo habría descubierto?

En el pinganillo, Patrick empezó a escuchar la conversación.

—¿Por qué vas tan borracha tan temprano? —La pregunta la hizo una joven menuda.

Al parecer se llamaba Bel, era española y trabajaba para el Tiburón Blanco.

Sí, recordó que esa era la artista que estaba pintando para William Wells. La del altercado en París.

Luego, al ver que Samantha parecía triste, la joven volvió a preguntar.

—¿Pero qué demonios te pasa? ¿Estás bien?

Eso, ¿qué demonios le pasaba? Pensó, Patrick. ¿Me ha visto? ¡Que no me haya visto!

—¡Nada! —Pero por el tono de voz, ese nada, era mucho—, Es que... ¡Estoy enamorada! ¡Joder! ¿Vale?

—De acuerdo —dijo su amiga sintiéndose mal por ella.

—¡Y no me hace caso!

A Patrick se le disparó el corazón.

¿Enamorada? Notó un fuerte golpe en el pecho. Enamorada, ¿de quién?

Vio como la española le daba a Samantha un par de golpecitos en la espalda.

—Vale... ¿quieres contarme de quién? —la oyó preguntar, por el pinganillo.

Patrick se moría de ganas de averiguar de quién estaba enamorada ella.

¿Sería de William? ¿Del socio de McDowell? Imposible.

¡Responde, maldita sea!

—¿De quién va a ser? —soltó Samantha, y Patrick se llevó la mano al pecho—. ¡¡¡Del po....

—¡Todo en orden, compañero!

Patrick dio un salto y por poco le da un infarto.

—¡JODER! —le gritó a Meg.

Ella lo miró como si se hubiese vuelto loco de repente.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó, intrigada.

Cuando se dio cuenta de que había sido demasiado duro con ella, intentó disculparse.

—Es que la rubia estaba a punto de decir algo importante. Y justo cuando has llegado...

Meg asintió.

—¿Era revelador para el caso?

Patrick se quedó pensativo un momento. Luego respondió, como para sí mismo:

—Muy revelador.

—Voy a ver si encuentro el despacho del jefe, igual hay un documento comprometedor.

Patrick asintió sin hacerle demasiado caso. Estaba más interesado en la conversación de Bel y su diosa del Olimpo.

—Primera noticia —oyó decir a Bel, la pintora.

—No hablo de él. Me pone triste —dijo Sam, con voz lastimosa. Patrick la observó dar otro trago y no pudo evitar preocuparse—. Era un amor, hasta me enviaba fotos de su cosita.

Patrick se puso pálido como una mortaja.

Meg lo miró, con una ceja alzada. Su compañero no se había dado cuenta de que ella se había puesto otro pinganillo y escuchaba tan interesada como él la conversación.

—¿A quién se refiere? —le preguntó Meg, para luego añadir—: ¿Se referirá al gentleman...?

Aunque habría podido ser Patrick quien respondió esa pregunta, fue la española a través del pinganillo quien lo hizo.

—¿Fotos de su cosita? No sé si quiero saberlo.

—Y yo de mis tetas —dijo, Sam—. Son unas tetas muy bonitas... ¿Por qué no ha querido volver a verlas?

Meg rio a carcajadas.

—¡Se está mandando fotos guarras con alguien! —dijo, esta vez fingiendo ponerse muy seria.

—Sabes que no deberías mandar fotos guarras por el móvil. Podría colgarlas en internet, o empapelar tu vecindario con ellas. Quizás sea un perverso y...

A Patrick estaba a punto de darle un síncope.

Y casi se lo dio, cuando Samantha dijo lo siguiente:

—¡Es poli! ¿Qué parte del *poli buenorro* es lo que no has entendido?

Meg se llevó las manos a la boca. Miró a Patrick, y con los labios dibujó las siguientes palabras: *No me lo puedo creer*.

Patrick le arrancó el pinganillo a Meg.

—Se acabó —soltó él, sin más.

Meg no estuvo para nada de acuerdo.

—¿Qué haces? ¡Me cago en la puta! ¿Está hablando de ti?

—No es relevante para el caso.

—¡Y una mierda!

Meg arrancó el auricular de las manos a Patrick y volvió a ponérselo en la oreja.

—¡Espera! —frunció el ceño— Está hablando de una operación... Operación la una y cuarto. ¿Qué coño significará?

Patrick se había quitado el pinganillo de la oreja e intentaba quitarle de nuevo el de Meg. Ella no se lo permitió.

—Dice que el teléfono del poli corrupto ya no existe. Y que una tal Juani, que conoce a un primo suyo, un tal Cortés, lanzará un plan de ataque con... ¿drones? Y *nosequé* de un *pentáculo* —Meg abrió mucho los ojos— ¡Dios mío, esta tía pija está metida de mierda hasta el cuello!

De repente, apareció el Ruper Everet de la fiesta. Edwin, había dicho que se llamaba, y era el secretario personal de la tal Elcetra, la ex mujer del gentleman.

Samantha agarró a Bel del brazo y la arrastró hacia alguna parte. El chico las siguió con un cóctel fucsia en la mano.

—¿Adónde van? —preguntó, Patrick.

—Al baño. Voy a seguir las, discretamente, porque al parecer van a hablar de un “secreto”.

—No, ni se te ocurra entrar en el baño.

—Si no me acerco, perderé la cobertura.

—Ya me encargo yo.

—¡Ni de coña! ¡Tú estás metido de esto hasta el cuello, no eres objetivo poli buenorro!

Patrick se quería morir. Porque, además, Meg le estaba tomando el pelo. ¿Cómo no iba a saberlo? Sabía perfectamente que él y esa mujer tuvieron un *affair* virtual el año pasado y, al parecer, la diosa tampoco lo había olvidado.

Lo que escucharon a continuación fue casi una locura. Se unió a la conversación la novia del cumpleaños, la escritora loca.

Allí fuera, la gente ya empezaba a hablar con las plantas, y alguien le recriminó a Samantha que se acababa de beber el agua de un jarrón. Estaba muy borracha. Hablaron de una bañera de champán, de las fiestas del abuelo Angus, y volvieron a insistir en que el chico del cóctel fucsia era gay.

—¡Me tenéis harto con lo de ser gay! —protestaba el chico del cóctel fucsia— Desembucha ¿quién es ese poli *buenorro*? ¿y está tan *buenorro* como su nombre indica?

—Sí, por favor, ¿alguien puede explicarme quién es el poli *buenorro*? —insistía Bel.

Entonces, habló la escritora loca.

—Sí, háblales de McGregor.

Meg miró a Patrick a lo lejos.

En menudo lio te metes querido.

Samantha seguía gimoteando.

—¡Mentí! —había empezado a llorar— ¡Él era mi chat de citas! Hablaba con él —hipaba—. ¡Ese estúpido de Patrick! —gimoteaba— ¡Lo voy a matar! Me ha dejado por una marimacho pelirroja.

A Meg parecía que le salía humo de las orejas.

—¡Me acaba de llamar marimacho! —Se quedó con la boca abierta, pues sin duda estaba hablando de ella.

—¿Pero no decías que habías perdido el teléfono? —preguntaba Edwin.

—¡También es una posibilidad! Después de verlo del brazo de una pelirroja... quizás perdió mi número.

Meg abrió mucho la boca.

—¡Cree que estamos juntos! —dijo, cambiando la expresión— ¡No sabe que soy su compañera!

—Madre mía, niña. Estás fatal —Edwin intentó consolarla—. Déjame ver una foto al menos, así sabré de qué hablamos.

—Mierda... —dijo Patrick.

—¡Qué fuerte! —soltó, Meg.

—¡Mira! —dijo Samantha, y Patrick se puso rojo como un tomate.

—¡De su polla no, de él! —soltó el que parecía gay.

—¡Basta! ¡Se acabó! —Meg no quería escuchar nada más.

Miró a Patrick desde la distancia y lo señaló con el dedo.

Tú y yo tenemos que hablar, poli buenorro.

9

Después de hacer de drama queen en el baño, Samantha salió renovada. Acababa de echar la pota y después se había bebido dos litros de agua.

Dudosa, se echó el aliento en la mano y lo olió. Tras de haber echado por el váter la botella de ginebra que se había bebido, lavarse los dientes dos veces y engullir un paquete de *mentos*, tenía que ser imposible sufrir una secuela tan poco glamurosa como el mal aliento.

Entonces se quedó quieta como una estatua.

—¿Patrick?

Tragó saliva y se quedó mirando la escalera por donde el desconocido de espaldas anchas y cintura estrecha acababa de subir.

¿Era posible que fuera él?

No, no. Estaba viendo visiones. Y todo porque le había contado su *affeir* a las chicas. Pero... ¿y si no estaba soñando?

—¡Vamos a averiguarlo! —susurró con los puños apretados, cual espía del KGB, mirando a su alrededor, como si también la estuviesen espionando a ella.

Si era Patrick, le debía más de una explicación. Nadie dejaba con las ganas a un *pibón* como ella, así como así. O al menos su gran amigo, ego, así se lo decía.

Sí, necesitaba una explicación, ni que fuera para regresar a su vida normal, y no echarse a temblar cada vez que imaginaba verle.

Patrick subió al primer piso, abrió las primeras puertas, que se separaban a ambos lados del ancho pasillo. Un dormitorio, un pequeño baño, y a la tercera va la vencida. Entró y ahí estaba lo que había estado buscando: El despacho del jefe.

Si había alguna pista en aquella casa, no podía estar en otra parte que no fuera ese despacho.

La habitación era grande, con paredes forradas de piedra y una gran chimenea con dos sillones orejeros enfrente. Entre estos y la robusta mesa que estaba a su espalda, había una alfombra que debía valer su peso en oro. Le dio cargo de conciencia pisarla, así que la bordeó, al igual que esquivó las dos sillas tapizadas de cuero frente al escritorio.

Se situó detrás y empezó a mirar las carpetas y los cajones, que para su sorpresa estaban abiertos. Casi diez minutos después empezaba a sentirse molesto consigo mismo. ¿Cómo era posible no encontrar nada?

Suspiró y se reclinó contra la silla, observando la pulcra superficie lacada del escritorio. A su derecha había una lámpara. Ni siquiera había un ordenador... Al alzar la vista, se dio cuenta de que seguramente no encontraría nada, puesto que el retrato al óleo que había sobre la chimenea, le dejó claro que ese despacho no era del joven señor, sino del viejo *laird* de los McDowell.

—Maldita sea.

Se inclinó sobre la mesa y hundió los dedos entre sus sedosos cabellos negros.

Debía encontrar algo, cerrar el caso de una maldita vez y olvidarse de esa mujer que no se le iba de la cabeza. Si tan solo pudiera demostrar que ella no tenía nada que ver con los chanchullos que ese tal Charles había hecho en la empresa...

Entonces, escuchó unos pasos acelerados al otro lado de la puerta. Un golpe, como de alguien cayendo al suelo, y un sonoro “joder” dicho antes de una maldición con voz femenina.

Patrick se levantó de la silla como un resorte.

—Mierda, mierda, mierda...

Se acercó a la puerta y se escondió junto a la gamba: si abrían quedaría detrás de esta, y con un poco de suerte, la visitante se largaría, o bien él podría huir cobijado por la penumbra de la sala, antes de que lo atraparán.

Tal como sospechaba, la puerta se abrió, con más sigilo del que esperaba.

Entonces ella entró, pero lejos de marcharse, cerró la puerta tras de sí y miró hacia el escritorio.

—¿Patrick?

Este estuvo a punto de soltar una maldición cuando supo que se trataba de Samantha.

Cuando ella se volvió alrededor para inspeccionar la sala, lo vio y ambos se quedaron uno frente al otro, a menos de un metro de distancia.

—Patrick—sonrió como una boba, porque así se sentía—. Sabía que eras tú.

—Bueno...

Él se mesó los cabello.

Joder... menuda cagada.

Era el peor agente de la historia.

Meg recorría con la mirada el gran salón donde todo el mundo parecía más que desfasado. Solo faltaba un mono colgado de la lámpara, por lo demás, cada uno de los invitados había caído en aquellos instantes en euforia colectiva. Si se colara algún periodista en esos momentos, estaba segura que daría fe de ser la mejor fiesta de todos los tiempos y el SUN y el Daily Mirror al día siguiente subirían las acciones en bolsa.

Miró algunos rostros conocidos. El señor Marcus McDowell estaba bailando con Taylor, su prometida. Lo reconoció por las fotos. Bailaba fatal y lo hacía sin vergüenza mientras su novia se reía de él sin parar. Le golpeó el brazo y lo agarró con fuerza por el pecho de la camisa. Al tirar de él, Meg supuso que se le habría saltado algún botón, pero a él no le importó. ¿Cómo iba a importarle si estaba siendo recompensado con el beso más tórrido que ella hubiera visto jamás? Joder, ya le gustaría a ella que alguna vez la besaran así.

¡Id a un hotel! Tenía ganas de gritarles, cuando la morena se colgó de su cuello y las lenguas y manos de ambos se enredaron. Quedó claro que cuando la mujer del highlander más sexy, le arrastró de la mano, estaba buscando un lugar íntimo y no precisamente para enseñarle a bailar.

Meg suspiró. Ella buscaba a Patrick, que había desaparecido.

—Maldita sea, ¿dónde estás?

Divisó también a las amigas de Samantha, a su abuelo y... a la señorita Bel Roig, que en aquellos momentos hablaba con... Meg entrecerró los ojos y vio que se trataba del magnate hotelero, William Wells.

A Meg no pudo dejar de admirar a ese hombre, alto y robusto, para nada un enclenque inglés,

tal y como ella, una auténtica chica de las tierras altas, consideraba a todos los londinenses. Él era distinto.

Sabía quién era, no por el informe policial, sino por las revistas del corazón. Al parecer, el déspota empresario tenía una larga listas de amantes, ese era uno de los motivos, según especulaba la prensa, por el que su matrimonio había finalizado no hacía demasiados meses. Otros de los motivos para dicho divorcio tenía nombre propio: Duncan McDowell, primo de Marcus, y quien se había quedado con el negocio de este, cuando Marcus prefirió tomarse unas largas vacaciones del mundo de las inversiones y dedicarse a fotografiar gatos con tartán.

Vamos, que ese William era un gilipollas.

O eso era lo que le parecía a Meg.

Era probable que su pobre mujer se hubiese cansado de aguantar tantas infidelidades, porque, seamos sinceras, ¿quién no iba a querer hincarle el diente a semejante culo prieto y perfecto? Meg se abanicó con la mano y se mordió el labio.

¿Qué coño estaba pensando? ¿Tenía cosas más importantes que hacer, que observar a ese dios britano!

—Te he visto, nena —le dijo una mujer, a su espalda.

Meg dio un respingo y se dio la vuelta. Se encontró con Taylor Salas, la prometida de Marcus. Y se extrañó, porque hacía tan solo unos minutos se estaba liando con él... ¿Tendría acaso poderes de tele-transportación?

—¿Perdón? —Meg casi graznó como una urraca, aunque de inmediato se hizo la digna, puso los brazos en jarra y alzó la ceja izquierda.

—Digo que te he visto observando al tiburón malote.

Meg no comprendía el motivo por el cual, Taylor la estaba hablando en español. Menos mal que ella había cursado un erasmus de psicología de dos años en Madrid y se enteraba aunque no de todo, si de algo, aunque lo de “paya” se le escapaba.

La medio española, ajena a sus absurdas cavilaciones, continuó hablando esta vez en inglés.

—Estás devorando el culito prieto del amigo de Bel. Y no te culpo —la morena alzó los brazos a la defensiva—, yo también he fantaseado con bajarle los pantalones y morderle el trasero. Pero que quede claro que eso fue cuando estaba prometida con el *follaprimas*, en esa época, el dios de los britanos salía día sí y día también en la prensa rosa. Ahora ya no fantaseo con él, porque me revuelco cada noche con [*un highlander demasiado sexy para mí*](#). ¿A que soy una chica con suerte?

Meg parpadeó, luego asintió, incapaz de responderle.

—Además —continuó, Taylor—, no debemos, corrijo, NO debes fantasear con ese *gentleman*. Porque eres una mujer civilizada. ¿Me entiendes?

—Apenas —mintió, Meg—. Mi nivel de español no es muy alto, en la actualidad.

—No hablo en... Mierda —había vuelto a cambiar de idioma— ¡No pasa nada! A veces ni yo me entiendo, especialmente cuando me da por imitar a La Juani, que es la reina del brilli-brilli —dijo Taylor, a sabiendas de que la pelirroja no tenía ni *pajorera* idea de quién era la tal Juani.

Una sonrisa de zorrón iluminó la cara de Taylor.

—¿Quieres que te lo presente?

—¡No! —respondió Meg, con un grito— digo... no gracias. Estoy buscando a mi novio.

—¿Y quién es tu novio? —preguntó, Taylor.

La pelirroja se quedó en silencio, sin saber qué decir.

—Bueno... no es importante. Será mejor que me vaya. ¡Un placer conocerte!

Meg ya estaba poniendo pies en polvorosa, cuando Taylor insistió.

—Igualmente... ¿oye? ¿Eres amiga de Marcus? —le preguntó a gritos, mientras la pelirroja ya estaba subiendo la escalera por el primer piso.

Pero Meg se escaqueó.

10

—¿Entonces eras tú? —dijo Samantha, mientras miraba a Patrick, sin parpadear.

—Samantha...

—No era producto de mi imaginación, estabas con la pelirroja tetuda. ¿A que sí?

Patrick meneó la cabeza. ¿A quién se refería?

—¿Con Meg? —Al fin Patrick cayó. Y es que él siempre la había visto a su compañera como una agente de la ley, seria, aunque con la boca muy sucia, jamás la habría definido como una “la pelirroja tetuda”

Samantha asintió, pero no tenía ni idea de quién era Meg.

Luego pareció caer en la cuenta.

—Ah... ¿Esa Meg es la pelirroja tetuda? Si es ella, pues sí, es esa tal Meg —lo dijo molesta. Muy molesta.

Luego se cruzó de brazos e hizo un puchero con los labios. ¿Qué coño se creía que era él para estar ahí con su novia, en la fiesta de su hermano? ¿Acaso pretendía restregarle por la cara que la había dejado plantada?

—¿Qué haces aquí? —preguntó, al fin—. Porque no has venido a pedirme perdón ni a follarme, eso seguro.

—Samantha...

Patrick dejó caer los hombros e iba a continuar hablando, pero ella lo interrumpió.

—Ese es mi nombre y lo has dicho un par de veces. Espero que lo próximo que salga de tu boca sea algo parecido a una explicación.

Él negó con la cabeza, pero no respondió, simplemente se acercó a ella, porque no pudo evitarlo. Colocó las manos sobre sus hombros y la sintió temblar. Su labio inferior también lo hacía, y estuvo tentado a besarla, pero se aguantó. Aunque no sabía por cuánto tiempo podría contenerse, porque el magnetismo de esa mujer, la fuerza de atracción que ejercía sobre él, era algo ineludible, sobrenatural. Y la deseaba. La deseaba como un náufrago desea llegar a la playa.

Cuando Patrick al fin logró desplegar los labios para esta vez sí hablarle, Sam alzó el dedo índice y se lo puso en la cara, interrumpiéndole.

—¡No digas mi nombre otra vez!

—... lo siento. Eso quería decir. Que lo siento.

Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

—Pues vaya...

Ella, que tenía todo el discurso ensayado, y requeteensayado con la Juani, y que se resumía en: *Vete a tomar por culo, pedazo de mierda...* Incluso se había tomado la molestia en aprenderse esa frase en castellano, con una dicción perfecta. ¿Y todo para qué? ¡Para volver a verle y que sus piernas le temblaran como flanes!

—Dime que haces aquí —soltó.

Porque no se iba a creer que estaba ahí por ella. Ni de coña, vamos...

—No estoy aquí.

Sam entrecerró los ojos, frunció el ceño y se sacudió las manos de Patrick, que aún estaban sobre sus hombros y que hacía minutos que le quemaban como brasas.

—¿Cómo que no estás aquí? ¿A caso estoy soñando?

Iba pedo, pero no tanto como para tener visiones...

—No, no es eso —aclaró Patrick con una sonrisa—, es que estoy en mitad de una investigación. Y se supone que debo pasar desapercibido.

—¿Cómo coño vas a pasar tú desapercibido...?

Sam se mordió la lengua. Pero tenía razón, de desapercibido nada, cualquier mujer que se hubiese topado con él, lo recordaría perfectamente. Un tipo con unos ojos azules de ensueño, alto, de hombros anchos, pelo oscuro, una cara para pellizcar y devorar. Y esa cintura estrecha... Eso no se olvidaba con facilidad.

Samantha suspiró.

—Y, ¿a quién investigas, si puede saberse?

—No puedo decírtelo.

O me echarás de aquí, pensó.

—¿No será a mi abuelo? —inquirió esta vez Sanna, entrecerrando un solo ojo, dispuesta a defender al viejo McDowel, que tanto la mimaba, con uñas y dientes, por muy buenorro que estuviese ese poli—. Porque Él es incapaz...

—No, no —la interrumpió él—. No tiene nada que ver con tu abuelo. Es un invitado de la fiesta. — Y, ciertamente, no acababa de mentir.

—Oh, entiendo —Ella se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. Apartó la vista, pero no por mucho tiempo, porque volvió a posar los ojos sobre los suyos.

Plegó los labios en el interior de la boca, algo inquieta. Porque pensó que se le notaba a la legua que estaba nerviosa. Y era lógico, una cosa era mandarse mensajes con un hombre que no estaba en la misma habitación, y la otra muy distinta era tenerlo enfrente y solo tener ganas de arrancarle la ropa.

—Me hiciste daño con tu indiferencia —joder, que *fisho* había sonado aquello. Sam pensó que tendría que haber sido más dura con él, pero eran las palabras más sinceras que podía decir en aquellos momentos.

Él volvió a acercarse a ella, y le puso un dedo bajo la barbilla para que lo mirara.

—Lo siento, Samantha.

Mierda, encima, el cabrón parecía lamentarlo de veras. Parecía sincero...

—¿Por qué lo hiciste? —No pudo evitar que su voz sonara como un sollozo.

Tenía los ojos llenos de lágrimas a punto de desbordarse, pero Sam no quería llorar, así que se enfadó y golpeó la costosa alfombra con los zapatos de tacón de aguja.

—Lo siento —repitió, Patrick.

—¡Eso no es suficiente explicación!

Él cerró los ojos y suspiró.

—¿Y es una explicación lo que quieres?

Joder, pues... la cambiaría por un buen polvo, a decir verdad..., pensó Sam.

Y no pensó mucho más, porque prefirió pasar a la acción.

—Prefiero otra cosa —no hubo terminado de hablar, cuando las manos de Sam se enredaron en el pelo de Patrick. Atrajeron su cabeza, haciendo que él se doblara sobre ella, y le devoró la boca.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Sam gimió contra los labios del policía. Era mejor de lo que había imaginado. Los labios de Patrick eran suaves, dulces, sabían a champán. Seguramente había bebido una o dos copas. O solo se había mojado los labios... ya que estaría de servicio en aquella absurda investigación.

—Sam... para.

Ella hizo oídos sordos, cuando le quitó la chaqueta y tiró de su camisa mientras retrocedía hacia el escritorio de madera.

Él colocó las manos en su cintura con la intención de separarse de ella, pero le resultó imposible, ella era como un imán.

—Sam, no podemos —lo intentó de nuevo.

Sin éxito.

Ella le sonrió con mirada pícara.

—Eso es lo que tú te dices a ti mismo, porque eres un buen hombre que no quiere caer en la tentación. Pero si has pensado por un solo instante que voy a dejarte escapar, estás muuuuy equivocado.

Patrick se quedó de pie frente a ella, jadeando a causa del deseo que ella había despertado en él.

—Por favor... —suplicó.

Pero ella meneó la cabeza, dispuesta a hacer oídos sordos a sus ruegos.

Samantha se subió al escritorio, su prieto trasero quedó sentado sobre la superficie de caoba. Su vestido se amoldó a sus caderas y muslos como un guante. Sin dejar de mirarle a los ojos se cogió el dobladillo del vestido dorado y empezó subirlo hasta la rodillas, Patrick no perdió punto de los movimientos sensuales de esa mujer.

Cuando pensó que no podía estar más hinchado de deseo, ella separó las rodillas, tensando aún más la tela sobre sus muslos.

—Ven aquí —ordenó ella, parpadeando con coquetería.

—Samantha...

Ella guardó silencio, pero se subió más el vestido, hasta que prácticamente él pudo verle las... Patrick tragó saliva.

—No llevas ropa interior —jadeó, él, sorprendido.

Ella lo miró como una diablesa mira a un ángel, a quién está a punto de corromper.

—Como diría mi amiga Juani: *pa lo que necesito que me hagas, no necesito bragas.*

Él parpadeó sin entender, pues lo había dicho en castellano. Pero si entendió otra cosa. Entendió el deseo que esa mujer despertaba en él. Su miembro estaba muy cabreado, hinchado y pujando por buscar una salida de aquellos pantalones de smoking.

—Por favor para —rogó, de nuevo el ángel que sabe que está a punto de pecar.

—Ven —ordenó ella, dispuesta a no dejarle ir sin su premio—. Ahora

Quizás fue la forma en que ella lo dijo, tan segura de si misma. O quizás porque era lo que Patrick más deseaba, estar con esa mujer.

Dio dos grandes zancadas y Sam abrió más las piernas cuando él se situó entre ellas y le devoró la boca. No solo las caderas del policía hondeaban contra su pelvis, sus manos la tocaron por todos lados, molestas de encontrar únicamente tela, donde habrían deseado que hubiese únicamente piel.

Y Sam tampoco perdió el tiempo. Sus manos, mientras sus labios lo besaban con desesperación, volaron hacia su bragueta y rio contra su boca al encontrar su miembro erecto. Él

se quedó quieto, apretó los labios y respiró por la nariz, cuando ella lo agarró con fuerza y empezó a acariciarlo de arriba abajo.

—¿Te gusta? —ronroneó ella, lamiéndole los labios—. A mi me encanta. ¿Sabes cuantas veces te he imaginado dentro de mí?

Mientras lo decía, guio el miembro hasta la hendidura húmeda de su sexo. Cuando la punta del glande la rozó, Patrick abrió los ojos y la boca. Respiró con dificultad.

—Eres peligrosa —gimió, al tiempo que su potente pecho subía y bajaba a causa de la excitación.

—No sabes cuánto.

Las caderas de Samantha se balancearon en busca de su miembro, y él cumplió sus deseos: la penetró con fuerza.

Entonces todo estuvo hecho. Había llegado el momento, ese que había estado esperando ¿sería una decepción, después de tanto tiempo deseándole, dentro de ella?

—Oh, ahhh. No... —No, nada de eso. No era una decepción, era lo más excitante que había experimentado jamás—. Ven... ¡más adentro!

Samantha le asió el trasero desnudo y lo apretó contra ella mientras él se hundía de nuevo en su interior. Una y otra vez, con fuerza, al tiempo que la diablesa gritaba, presa de un repentino éxtasis.

Esa mujer era una bruja, Patrick no podía pensar de otra manera. ¿En qué momento le había enredado, hasta lograr que accediese a estar entre sus piernas? ¡Y que piernas!

—Dios santo...

—Fóllame, más fuerte.... ¡Más!

Él lo hizo, porque quería que aquella vez fuese tan perfecta como ella necesitara.

Le devoró la boca mientras se movía en su interior. Las manos acariciaban los brillantes de su vestido, pero se cansó de ello. Necesitaba tocarla a ella, bajó los tirantes uno a uno, hasta dejar sus pechos al descubierto. La cabeza se inclinó sobre la bronceada piel de Samantha, y succionó con fuerza el pezón erecto. La sensación era tan exquisita que Samantha sintió que su vagina tensaba alrededor de su polla, presa de un prematuro orgasmo.

—No... —jadeó—. ¡No pares! —las dos últimas palabras fueron pronunciadas en grito.

Él no pensaba hacerlo. Si eso era un orgasmo, él podría darle más.

La miró, embistiendo nuevamente con fuerza, mientras ella se derrumbaba sobre la madera del escritorio. Sus brazos cayeron en cruz y derribó la costosa lámpara, que se hizo añicos sobre la alfombra.

—Joder... —se quejó, Patrick.

Ella rio al tiempo que volvía a hondear las caderas, para que él no se detuviera.

—Sigue —le dijo, mirándole a los ojos—, mi otro pezón está celoso y muy desatendido.

No necesito más quejas para besarle ambos pechos, y succionar el pezón que aún no había adorado.

Estaba a punto de correrse, pero salió de su interior.

Escuchó la protesta de Samantha, cuando la agarró de la nuca y la volvió a sentar. Esta vez le devoró la boca a conciencia. Ella agarró su miembro, y comprobó que aún estaba erecto.

—Te quiero dentro de mí.

Él asintió.

—Enseguida.

Sin previo aviso le dio la vuelta y Sam tuvo que extender las manos sobre la superficie lacada

para no caerse de boca sobre el escritorio. Notó como Patrick le levantaba el vestido, enroscándolo en su estrecha cintura... entonces, sintió un mordisco en el cuello y las manos del hombre pellizcando sus pezones erectos.

—Dios mío... —gimió ella.

Todo era mil veces mejor de lo que se había imaginado.

Sintió como la polla de Patrick se abría paso entre sus muslos, hasta penetrar sus pliegues y finalmente llenarla por completo.

Se estiró, acariciando con sus pechos desnudos la fresca superficie de madera.

Una estocada profunda.

Otra.

Otra.

Y otra.

Samantha apretó los labios para no gritar, presa del segundo orgasmo. Los movimientos eran tan fuertes que la mesa se desplazó sobre la alfombra durante los minutos que él estuvo hundiéndose en su interior de manera salvaje.

Lo escuchó gritar y sintió la humedad entre sus piernas cuando él se corrió, derrumbándose sobre su espalda.

Su aliento le calentaba la nuca y ella ronroneó cuando él la mordió.

—Ha sido...

Patrick profirió un gemido, sin dejarla terminar.

Había sido el putito infierno, pensó él. ¿Cómo era posible que se olvidara de sus principios y se follara de esa manera a una sospechosa a quien debía investigar? ¡Joder!

Se apartó de ella para subirse los pantalones y maldijo cuando su polla se reveló contra él, volviéndose a hinchar a causa de la visión de las nalgas desnudas de Sam. Ella lo miró por encima del hombro y soltó una carcajada, pues sabía exactamente lo que estaba pasando.

—¿No tienes suficiente?

Nunca.

Pero ese no era el momento ni el lugar.

—Samantha... —la ayudó a incorporarse. Le bajó la falda por las caderas y cogió los tirantes para subirle el vestido y cubrir sus pechos.

Una vez ella estuvo presentable, el deseo de Patrick seguía siendo insoportable, y lo fue aún más cuando, sin mediar palabra, ella se acercó a él y volvió a acariciarle la erección por encima de la tela.

Le besó el cuello y susurró en su oído.

—Quédate esta noche. Quiero hacerte muchas más cosas...

—No, no, no... —Patrick se llevó las manos a la cabeza y deseó estar en la otra punta del mundo, porque sabía que no tenía fuerzas para resistirse a esa diablesa—. Tengo trabajo.

Sam se mordió el labio, como haciendo un puchero. Una niña a quien le negaban su juguete favorito. ¡Qué crueldad!

—Por favor... —rogó, con un tono lastimero.

—No puedo —dijo Patrick—. Y tienes que prometerme algo...

—¿Qué quieres? —Ella lo miró con deseo.

—Quiero que finjas que esto no ha pasado.

La decepción de Samantha fue mayúscula, pero no quería demostrarlo.

—¿Fingir? —dijo ella, molesta.

—No quiero que nadie sepa que he estado aquí. No quiero tener problemas. Si se enteran en el trabajo... me despedirán, y me gusta mi trabajo, no sabes cuánto. No puedes...

—¡De acuerdo! —Samantha alzó los brazos. Patrick parecía tan desesperado que asintió—. No te preocupes, fingiré que no ha pasado nada.

—No puedes decírselo a nadie.

—¿A nadie?

Dios, la Juani la iba a matar si le ocultaba eso... pero... podría contárselo a la Juani y decirle a Patrick que no se lo había dicho... Asintió para sus adentros, y su diablillo interior cantó victoria. Total ¿cómo iba a saberlo?

—De acuerdo —mintió como una bellaca.

Patrick pareció algo aliviado.

—¿Es por la investigación...? —indagó.

—No puedo hablar del tema —respondió él, seco, mientras miraba si su smoking se habían arrugado demasiado.

—Bien —Sam se encogió de hombros—. Pero sigo esperando una explicación de por qué dejaste de escribirme.

—No puedo hablar de ello.

—¿Es por esta investigación?

Patrick respiró hondo.

—No puedo hablar de ello.

Samantha se enfadó.

—Bien, pues no hables de ello, pero sin duda espero que hables conmigo. No voy a permitir que desapare...

Patrick se acercó a ella y encerró el rostro ¿angelical? entre sus manos.

—Ten paciencia, no sabes lo loco que me vuelves...

Ella sonrió como una boba.

—¿Te vuelvo loco?

—Mucho.

La besó, tiernamente al principio, pero como solía pasar en sus fantasías, el deseo se disparaba al instante con las curvas de esa mujer. Cuando notó la lengua de Sam acariciando la suya, gimió. Su polla seguía dura como una piedra. Tenía que parar.

—Debo irme.

—Vas a volver a verme —aseveró.

No era una pregunta.

Él asintió, mientras ella echaba un vistazo a la protuberancia de su pantalón.

—Pronto.

Patrick asintió mientras retrocedía hacia la puerta.

Le había costado la vida salir de ahí.

—¿Te has tirado a la sospechosa? —Meg lo miraba con incredulidad, mientras él metía primera y salía a toda leche del *parking* improvisado de Black Bells.

—¡Cállate, Meg!

—¿Quieres arruinar tu carrera?

—No, no quiero eso...

Pero joder, tampoco es que hubiera tenido mucha opción de resistirse.

—Entonces para. No te metas con ella. Iniciar una relación con Samantha McDowell solo te traerá problemas. Uno: Problemas con el jefe —dijo, estirando el dedo índice—, porque te metes con una tía que está en nuestra investigación. Dos: problemas con ella. ¿Qué crees que pensará cuando sepa que te la estás tirando mientras la investigas. Y tres: problemas conmigo, porque eres el único compañero al que puedo soportar, y si te echan van a ponerme a otro que voy a tener que matar. ¿Quieres que vaya a la cárcel? ¡Deja de ser un puto egoísta!

—¡Me ha quedado claro, joder! —gritó Patrick, mientras miraba a la carretera.

Los dos amigos no hablaron de nada más en un buen rato. El silencio imperó en el interior del vehículo.

Patrick intentó ver todo aquello que le había dicho Meg. Y realmente la entendía, pero también entendía que la atracción que sentía por esa mujer, iba más allá de toda lógica.

—Me apartaré de ella —pero nada más decir eso, supo que no podría, que estaba mintiendo y que, tarde o temprano, se arrepentiría.

Meg lo miró de reojo, algo enfurruñada, pues algo se olía al respecto. Además, el tono de Patrick no había sonado en absoluto convincente.

—Te quiero, y te lo digo por tu bien.

Él sabía que así era.

—Lo sé.

—Ya sabes que, en otras circunstancias, sería la primera en alegrarme de que te hubieses follado a otra tía que no fuera la psicópata de tu mujer. Y esa es otra, ¿sabes que si se entera intentará raparle la cabeza o esquilar a su gato?

—Samantha no tiene gatos.

—Vaya, sabemos que Samantha no tiene gatos... Algo muy útil para la investigación.

Patrick bufó y se quedaron en silencio el resto del trayecto hasta el piso franco donde pondrían en común toda la información recopilada.

Hasta que no llegaron, no dejó de escuchar en su cabeza los gemidos de esa mujer, de recordar su olor, y el tacto suave y cálido de su piel, que seguía quemándole en las manos. Sus ojos de gata y su sonrisa de diablesa lo volvían loco. No podría arrancársela de las entrañas, ni aunque le hiciesen un exorcismo.

Y sí, Meg acabaría matándolo.

A la mañana siguiente, Samantha se sentó en la gran mesa del desayuno con una mano en la cabeza y sus opacas gafas de sol cubriéndole los ojos.

—Una fiesta brutal —dijo, mientras se sujetaba la cabeza con una mano.

En la mesa solo estaba Taylor, los demás se habían levantado temprano para ver los juegos de los guapos escoceses con falda.

—¿Te encuentras bien después del bajón de anoche? —preguntó su amiga, preocupada.

¿Qué puto bajón? ¡Ha sido la mejor noche de mi vida! ¡Por fin he catado al poli buenorro!

Podía pensarlo, y así lo había hecho desde que se había despertado, pero no podía decírselo a Taylor. Recordaba la promesa que le había hecho a Patrick, lo cual era una putada, porque su futura cuñada era intuitiva y en cualquier momento se daría cuenta de que le estaba ocultando algo.

Pero la Juani... La Juani era harina de otro costal... Sam estaba segura de que la gitana pirada la pillaría enseguida en la mentira, no por nada su primo hacker se había introducido en el mismísimo *pentáculo*. A parte de las habilidades de espía de la Juani y la familia de su esposo: El Clan Cortés, Sam la conocía bien. Era medio bruja, sabía leer la mano y seguro que también la mente, además, se había convertido en una de sus mejores amigas en un tiempo récord.

A la Juani no se lo podía a ocultar. A ella no. De hecho, la Juani sería un elemento clave para la conquista de ese caramelo de hombre.

Samantha sonrió para sus adentros al pensar en cuánto fliparía la gitana cuando le contara que se había agenciado al poli buenorro, y nada mas y nada menos que sobre del escritorio de su abuelo, y con el cuadro del gran *laird* mirándolos desde las alturas de manera inquisitiva.

Suspiró y miró a Taylor, tras regresar de sus pensamientos.

—Sí, mejor —fingió estar hecha un moco, y menos mal que llevaba puestas las gafas de sol, porque de lo contrario la futura señora McDowell la habría pillado “*por soleares*” como solía decir la Juani—. Ya sabes, un poco de bajón, pero sobreviviré.

Taylor deslizó la mano hacia delante y le agarró la suya.

—Eres genial —sonrió—, todo saldrá bien, ya lo verás. Será mejor que disfrutemos del resto del día.

—¡Por supuesto!

Sam se animó.

Pero después, miró de nuevo la pantalla de su móvil y la sonrisa se le congeló en la cara.

Ni un mensaje, ni uno.

Maldito Patrick...

11

Las manos masculinas recorrieron la piel de sus caderas y apretaron las nalgas plenas al llegar a ellas.

—Eres perfecta.

Él sí que era perfecto. Con ese pelo sedoso y negro, esos ojos azules de infarto, y esa mandíbula cuadrada, salpicada con una incipiente barba que le hacía cosquillas al besarla.

Sin pensarlo, Samantha saltó sobre él y enroscó las largas piernas en la cintura del poli buenorro.

—Agente McGregor —ronroneó, coqueta, hundiendo la nariz en su cuello—, ¿podría volver a empotrarme contra la pared, si es tan amable?

—Será un placer —dijo él, sin pizca de humor en la voz.

¡Dios llevaban una semana follando! Patrick estaba seguro que había perdido peso.

Caminó hacia la pared del dormitorio de su casa con Samantha en brazos. Era un perverso, porque en lugar de tumbarla sobre la cama, como haría cualquier mortal, la empujó contra la pared. Una de las piernas de Sam rozó la lamparilla de noche y la tiró al suelo.

—¡Ups...! —soltó, tapándose la boca al más puro estilo *Marilyn* en la película *La tentación vive arriba*.

Con el gesto, intentó fingir que lo sentía, pero notaba demasiado bien la polla dura de Patrick, apretándole el pantalón del uniforme, como para que le pudiera importar nada más.

Mientras él se apretaba contra ella, Samanta se colgó de sus anchos hombros y movió sensualmente la pelvis. Sabía que no durarían mucho más tiempo así, ambos estaban hambrientos el uno del otro. Patrick se desabrochó el botón y bajó la cremallera al tiempo que buscaba su pene erecto para guiarlo donde había querido estar desde la semana anterior: Dentro de ella.

—¡Oh, sí!

Ella gimió, y se retorció contra él cuando notó la profunda invasión.

—Echaba de menos esto —dijo ella, con voz entrecortada, mientras lo cabalgaba.

—Y yo... —la voz masculina apenas fue un susurro ronco.

La embistió hasta que las fuerzas lo abandonaron y, dando tumbos, cayeron ambos sobre la cama.

Samantha le sonrió desde arriba.

Montaba a horcajadas sobre él y marcaba el ritmo, moviendo frenéticamente su cuerpo desnudo. Sus pechos se movían como flanes a cada golpe de cadera, y Patrick se moría de placer al sentir como el húmedo sexo de Samantha quemaba por momentos.

Dios, dejarla iba a ser una tortura. ¿Cómo podría hacerlo? ¡Era imposible!

Sintió como el sexo de Sam se contraía sobre su erección, como si lo succionara, con fuerza. Con mucha fuerza.

—Dios, Samantha —jadeó.

Patrick tenía los ojos cerrados y las manos en las caderas de esa diosa del Olimpo.

—Dime... —gimió ella— ¿Más suave?

—Más fuerte —la provocó, mirándola esta vez con una sonrisa de medio lado.

Ella rio, y luego se mordió el labio inferior, dando rienda suelta a toda la pasión que tenía para él.

Lo cabalgó a un ritmo más acelerado hasta que sintió como la mano de Patrick se deslizaba por los pliegues de su sexo, encontrando el botón exacto que la hizo estallar.

Su grito, estaba seguro, habría asustado a todos los gatos callejeros del vecindario. Él, sin embargo, no gritó, se mordió el labio hasta sangrar, presa de los espasmos que nacían en la punta de su polla y le recorrían todo el cuerpo.

Cuando ella se desplomó sobre él, sus respiraciones eran aceleradas, pero se miraron llenos de ternura, algo que habría sorprendido a cualquiera, después de un sexo tan desenfundado, pero... Samantha lo sabía. Ese era su hombre. No había nadie como él.

Le acarició el mentón por donde empezaba a asomar una incipiente barba y sonrió como una boba.

—Eres tan guapo.

Él sonrió, mientras se daba la vuelta, y ella fue consciente de que tenía los pantalones bajados hasta las rodillas.

Se desnudó por completo y se tendió sobre el glorioso cuerpo de Samantha. Le acarició los cabellos dorados y la besó con ternura, aunque el beso pronto se volvió más intenso. Pero antes de volver a perder la cabeza, tenía algo que decirle, aunque ella también y se adelantó.

—He estado pensando en ti toda la semana —dijo Sam, con ojos vidriosos.

—Yo también.

Ella sonrió satisfecha.

—Esos mensajes que me envías al trabajo, solo han hecho que te desee a todas horas.

Después de la fiesta de cumpleaños, Samantha había sido una gran actriz. No le había dicho a nadie, ni siquiera a Taylor o a la Juani, que Patrick y ella habían empezado algo. Ese *algo* significaba que habían follado cada día desde la fiesta como bestias, y de eso hacía siete días. Era viernes y Patrick tenía la esperanza de que pronto pudieran tener una relación como Dios manda.

El putito contenedor llegaba mañana, al averiguar que no habría nada dentro que fuera ilegal, tenía la esperanza de que todo estuviera bien y que no siguieran investigándola.

—Casi me vuelvo loca —confesó, Sam.

—Otra loca en mi vida es lo que menos necesito en estos momentos —dijo Patrick, para sí mismo. Inmediatamente después, al ver la cara de Sorpresa de Sam, se arrepintió de haber pensado en voz alta.

Sin embargo, ella no le dio opción a aclarar nada.

—¿Cuántas locas tienes? —preguntó, sorprendida—. ¿Debería ponerme celosa?

Patrick pensó que no era el momento de hablarle de su ex. Era de vital importancia hablarle de otra cosa.

Del fin de su relación... si es que tenían alguna...

Mierda...

Pero no quedaba más remedio. Por mucho que le doliese, aquello se tenía que acabar.

—No—dijo, haciendo una breve pausa, durante la cual pensó si lo que iba a decir a continuación, era lo correcto—, la única mujer en mi cama eres tú —Y era cierto— Y no quiero otra.

Eso también era cierto.
Ella se abrazó a él y lo besó con fuerza.

Cuando horas después ella se había quedado dormida entre sus brazos. Patrick hizo lo que tenía que hacer.

Se levantó y rebuscó en el bolso de Samantha mientras ella dormía placidamente en su cama. Necesitaba corroborar algo, y así lo hizo, para su desgracia, en la agenda de su diosa del Olimpo estaban las palabras anotadas en fucsia. *Llega el contenedor ¡Será una fiesta bestial!*

Patrick se sintió inquieto cuando volvió a esconder la agenda. Tenía que informar de que había indicios que sí llegaba un pedido importante. El juez daría la orden de inmediato.

Joder...

—Es esta noche señores... no me fallen—dijo el superintendente Marlow.

Patrick estaba pensativo.

¡La puta investigación estaba durando demasiado!

Pero al menos podía dejar de investigar a Samantha, dejar de espiarla y hacer cosas a sus espaldas. Siempre y cuando fuera inocente, claro.

Sam se paseaba por la ciudad con el glamour que la caracterizaba, y esas piernas largas que hacían que todos los hombres volviesen la mirada cuando ella pasaba. Patrick no era celoso, en absoluto, ya bastante había sufrido los celos de su ex, pero vigilarla y desearla era una tarea muy difícil.

En realidad, ella no había hecho nada sospechoso hasta el momento, a parte de ir de compras por las tiendas más exclusivas de Edimburgo, hacerse masajes en un tailandés y dos veces por semana ir a la sauna. Lo más sospechoso que había hecho había sido reunirse varias veces con una española, una tal Juana Cortés, del clan Cortés, y poco después esa mujer se había mudado al apartamento de al lado. Prácticamente vivían juntas desde hacía poco más de un mes.

Esta gente, los del Clan Cortés, eran todo un misterio. La interpol los había investigado y no había encontrado nada relevante, a parte de grandes facturas en tecnología del primo del esposo de Juana. Ese tío, del cual no se conocía ni el nombre, se gastaba cantidades escandalosas de dinero en micrófonos, drones, y demás material tecnológico, pero tampoco era tan extraño, pues siete hombres de ese grupo familiar eran los guardaespaldas de Alberto Riuz Saavedra, ministro de medio ambiente de España.

Patrick resopló, nervioso. Si la familia McDowell estaba metida en algo chungo, sin lugar a dudas acabaría salpicando a la política española...

Y como si allí no tuviesen suficientes problemas con los políticos...

—Eh... —Meg le dio un codazo a Patrick en las costillas, que hizo que él casi saltase de su asiento—. ¿Has estado escuchando al jefe, o pensabas en rubias de piernas largas?

—No vuelvas a golpearme así, Meg, casi me agujereas los pulmones.

—Exagerado.

—Como estaba diciendo —dijo el superintendente Marlow—, esta noche tenemos prevista la llegada de un contenedor sospechoso, a nombre de William Wells. Ya tengo en mi poder la orden judicial. Como he dicho antes, el contenedor está a nombre del magnate, pero su contenido pertenece a Samantha McDowell. Ya sabéis...

—¿Tenemos acceso al albarán? —preguntó, Patrick.

—Sí, desde la empresa importadora del puerto nos lo han facilitado sin problemas. Lo sospechoso de todo esto es que el albarán únicamente describe la mercancía como: Juguetes y China es la procedencia. Esta noche será la redada, Campbell y McGregor, vosotros dos dirigiréis la operación. Así que, en marcha.

Meg y Patrick se pusieron en pie, dispuestos a prepararse. Averiguarían qué escondía Samantha en esos contenedores.

Pero la voz del superintendente, los interrumpió.

—McGregor, a mi despacho.

12

Sam, ajena a la investigación que se cernía sobre ella, se estaba dando un baño relajante, toda feliz, con los productos Passion Fruit que había comprado por internet en la web de la Rosi.

La bañera estaba a rebosar de espuma perfumada, había puesto aceite de argán para dar luminosidad y tersura a su piel y tenía una copa de vino tinto en la mano y un cigarro en la otra.

De fondo, sonaba el *gipsy-pop* de la *playlist* de la Juani. Meneó la cabeza y sonrió. ¡Qué grande era la Juani!

En aquellos momentos, se oía una canción que a Taylor y a Bel les habría horrorizado, pero que a ella le encantaba.

—Mira que adoro a esa gitana, pero deberías pasar de su *playlist* —le había dicho una vez, Taylor.

Pero ambas sabían que eso era imposible. Samantha y Juani hacían el equipo perfecto: *The highlangibsytime*, así lo llamaba Sam, pero Juani opinaba que era demasiado complicado y lo había resumido en: *gitanilander time*.

Por cierto... ¿como le estaría yendo a la Juani con la cena? Seguro que perfectamente bien, esa gitana cocinaba como los ángeles.

Mientras sonaban las últimas notas del Achilipú, (no entendía ni una palabra de qué narices significaba aquello) no podía dejar de pensar en McGregor, para variar.

Suspiró y una vez terminado el cigarrillo se sumergió por completo en la bañera a lo Julia Roberts.

Al salir, tosió escupiendo espuma, pero pronto volvió a relajarse y a apurar la copa de vino, que no tardó en rellenar.

Ese poli estaba para *chuparse el pan y rebañar los dedos*, un refrán de los de la Juani. ¿O era al revés? Alzó la ceja izquierda cual Scarlet O'hara, pero en rubia, y se encogió de hombros. Daba igual. El muy desconsiderado llevaba meses sin ponerse en contacto con ella. Ciertamente que la había avisado de que no podría hacerlo, pues estaba inmerso en una operación judicial en los Estados Unidos. ¡Qué guay, como los espías de las pelis! Que su poli buenorro se dedicase a estos asuntos, era muy sexy, pero a Sam le fastidiaba esa falta de comunicación.

Sam no había podido dejar de pensar en él desde el último encuentro, en sus tremendos bíceps, en ese cuello fornido... ¡Dios y en lo ajustado que llevaba los pantalones del uniforme el día que se conocieron! Pero... lo que no podría olvidar jamás serían los momentos de sexo que habían compartido. ¡Como la empotraba ese hombre! Con fuerza, y al mismo tiempo, con un brillo de ternura en los ojos que aún la hacía suspirar.

Cuando vuelva de su investigación, le pienso dar un buen meneo.

Sam empezó a mover el trasero dentro de la bañera, ahora al ritmo de la guitarra del *Tomatito* que, aunque tuviese un nombre artístico de lo más colorido, rascaba la guitarra como un ángel.

Cuando de repente, sonó el móvil.

Sabía que era un mensaje privado porque había silenciado el resto de grupos de WhatsApp, ya

que el de las chicas brilli-brilli echaba humo con la nueva novela del sello *Sexy Orgasmic* de la editorial, que hasta había sido *trendintospics*, como diría la Juani, y se estaban forrando, literalmente, y no de papel de váter, precisamente.

Las brillis no paraban de poner fotos de tíos buenos, lo que era de agradecer, pero el único tío en bolas que quería ver Sam era al poli buenorro de Sotland yard.

Móvil privado. Hola, Samantha.

Cuando Samantha vio el número desconocido, entrecerró los ojos

S. ¿Quién eres? ¿El gitano hacker?

Patrick, en el baño de comisaría, se pensó bien la respuesta. En un principio había querido decirle quién era él realmente, pero ahora que ella había dicho eso, tenía la oportunidad de hacerse pasar por ese tipo misterioso, una forma más fácil de sacarle información sobre el caso.

Pero como le fastidiaba mentir, prefirió pensárselo un poco más y respondió:

P. ¿Qué haces?

S. ¿Eres tú, mi poli buenorro?

Sam dio un grito de felicidad. ¡Seguro que era Patrick quién le estaba escribiendo desde un teléfono misterioso! Claro, como le había dicho que estaba en mitad de una investigación, y que no podría ponerse en contacto con ella, le escribía de incógnito. ¡Qué sexy era, por Dios!

S. Me estoy dando un baño en pelotas.

Sam se hizo una foto de los pies, que asomaban entre la espuma, con las uñas perfectamente pintadas de rojo.

Móvil oculto. *No soy quién crees que soy, y no me interesa verte desnuda ahora.*

Sam rio. Tenía que ser él, haciéndose el duro. Le seguiría el rollo.

S. *Los paparazzi me han sacado en pelotas en la playa muchas veces, puedo enviarte un par de ejemplos, no me importa.*

Movil oculto. *No necesito más pruebas.*

Samantha alzó las maravillosas piernas, e hizo una posturita sexy. Volvió a mandar otra foto.

S. ¿Quieres que baje un poco más?

Movil oculto: *Detente. Tengo algo importante que decirte.*

En ese momento, le entró otro mensaje: Era de la Juani.

J. Paya, voy a hacer lentejas.

Samantha decidió no contestarle. Se hizo la foto pertinente, y la envió al teléfono misterioso. Pero se equivocó de chat.

J. *¿Pa qué me mandas una foto de tus muslimens? ¡Quiero hacer lentejas, no cocretas de pollo!*

Sam se vio obligada a responder el WhatsApp de la Juani. Sabía que si no lo hacía, la gitana no dejaría de incordiar con veinte audios sobre lentejas.

S. *Juani, estoy hablando con Taylor —mintió—, quería enseñarle la pedicura que me hicieron ayer en el salón tailandés. Luego me cuentas lo de las lentejas.*

J. *Pos me las piro, vampiro... Que fardar de pedicura y de brilli-brilli es lo primero.*

Mientras Sam se preguntaba el significado de “me las piro” y qué tendría que ver un vampiro en todo eso, le mandó al fin la foto al móvil misterioso.

S. *Anda... dime quién eres de una vez, aunque tengo una corazonada.*

Al otro lado del teléfono, Patrick vio las maravillosas piernas de Samantha y no pudo evitar que se le pusiese la polla más dura que una piedra. Estaba en el baño de comisaría, sentado en el váter con la tapa bajada, mirando el móvil con el café que le había dado Meg en la mano. Sería mucho mejor estar en la bañera con Sam.

Se moría de ganas de acabar con esa maldita farsa, mandar a la mierda el mundo e irrumpir en su apartamento y hacerle el amor toda la noche.

Pero el deber era el deber. Y con un poco de suerte esa noche acabaría todo.

Móvil oculto: *Te he dicho que tengo algo muy importante que decirte. ¿Qué vas a hacer esta noche?*

S. *Follarte. Dalo por hecho.*

Patrick se puso tenso al leer el mensaje. ¿En serio ella tenía la certeza de que se trataba de él? ¿Acaso ese gitano hacker, el primo del marido de Juana Cortés, le había puesto un dispositivo espía en el móvil?

Miró de nuevo el chat, y vio que ella seguía en línea. En otras circunstancias, lo justo habría sido enviarle otra foto. Se habría quitado la camisa, se habría colocado frente al espejo y le habría enviado una foto de su torso desnudo, pero con cuidado de que no se le viese la cara.

Pero eso no volvería a suceder hasta que él demostrase su inocencia.

Móvil oculto: *Soy el gitano hacker, el primo del Cortés.*

Sam abrió mucho los ojos. Después, arrugó el entrecejo.
Con que el primo del Cortés, ¿eh? Te vas a cagar, cabrón.
Le envió un audio a la Juani.

S. Oye, ¿le puedes preguntar algo al gitano hacker?

Cuando La Juani le hubo aclarado, tras hablar con el primo del Cortés, que ese teléfono oculto pertenecía a Scotland Yard, Samantha sonrió con malicia y sus deditos empezaron a volar por la pantalla.

S. Sé quién eres, y por qué me escribes desde un móvil oculto, y por qué me dices que eres otra persona. Quieres follar, pero no puedes revelar tu identidad porque estás de incognito. Pues ven, que aquí te espero. ¡Te echo de menooosss!

Desde el baño de comisaría, Patrick abrió mucho los ojos, y después, por poco se queda sin habla. ¿Cómo podía esa mujer saber quién era realmente?

En cualquier caso, lo había descubierto. Seguramente ese tal Cortés le había instalado el dispositivo de rastreo y ya no podía seguir fingiendo. Iría a su casa, aún a riesgo de acabar enredado con ella otra vez y averiguaría de una vez por todas qué escondía Sam en ese contenedor. Y si era inocente, pues mejor.

Le mandó un audio de a penas cinco segundos y a Samantha se le aceleró el corazón.

*P. Te echo de menos, peo esta noche tengo curro. Estaré pensando en ti.
Algo que no era mentira.*

S. A mí se me olvidaba que también tengo curro. Dentro de dos semanas es la fiesta de Sexy Orgasmic y esta noche nos llega un pedido importante.

P. ¿Qué pedido?

Salió de la bañera y se secó para después ponerse la bata de seda blanca, pero no se sentía lo suficientemente sexy, así que, aún la mascarilla de pepino y otro cigarrillo en la boca, se colocó frente al espejo de su cuarto y empezó el desfile de lencería sexy, que ni las de Woman Secret, oye.

Quizás esta noche estuvieran ocupados, pero nada dijo nada del amanecer.

Al final se decidió por un conjunto de seda negra con transparencias de encaje.

—Estás jamona, incluso con el potingue en la cara —le dijo al espejo.

Seguro que la Juani estaría de acuerdo.

Y hablando de la reina de Roma, en ese momento le llegó un audio de la susodicha.

J. Oye paya, ya se que estás *ocupá*, pero ¿dónde puedo encontrar lentejas en *escotland*? Me he ido al súper, y aquí no hay charcutería ni *ná*, *tó* está *plastifícao*, comidas *preparás* que, no es por

ofender, pero los *british* o *escotishes* o como sus llaméis, tenéis un paladar a prueba de bombas. Vamos, que os dan un bocadillo de queso cabrales con Nocilla y *pallá* que arrambláis y encima ponéis cara de gusto. Total, que he *entrao* en el súper y ya de entrada la cajera *ma mirao* raro, será por mi rosetón en el moño, se pensarían que les iba a leer la mano o yo que sé, total, que le digo: ¡Lentejas!, y na, que *nosentera*, *lentishs*, *lentishings*, ni con esas... He *probao* con otro ingrediente: Acelgas. ¡*Acelguis*, *acelguis*! Na, que no saben aquí lo que es una puta acelga. Me he *acordao* del *jalogüin* y he *probao* con la palabra *pumpkin* y mira, que sí, que eso sí sabían lo que era. *Mn acompañaao* al pasillo de las *pumpkin* y qué disgusto *me llevao*... ¡*Tó* estaba metido en botecitos de plástico, to seco, *cortaico* y *deshidratao*! ¿Cómo coño voy a hacer un puto puchero con *pumpkins desidratás*?

Sam, tras parpadear varias veces, le respondió con otro audio.

S. No tengo ni idea de qué son “lentejas”. Pero en serio, estoy esperando a McGregor, que ha aparecido de repente, como ya te habrá dicho el primo de tu marido, y me estás cortando el rollo que te cagas. Además, tengo que quitarme esta mascarilla de pepino de la cara y maquillarme.

J. Pos *na*, que tendré que hacer pollo *rebozao*. Porque de *pescáiico frito* por aquí, *na* de *na* tampoco... Te dejo con el buenorro. ¡Y fóllatelo ya, Sam, y acaba con tu sufrimiento!

S. Pos a eso voy.

J. ¡Suerte paya!

S. Gracias mi *gitani*.

Sam caminó de nuevo hacia el baño. Dejó el móvil junto al lavabo y sacó unos algodones del neceser para quitarse la mascarilla de pepino.

Cuando el móvil volvió a sonar.

P. ¿Sigues ahí?

S. Sí, disculpa, hablaba con una amiga.

Samantha iba a decirle que se dejase de tonterías y viniese de una vez, pero él se adelantó.

P. ¿Me pasas la ubicación?

Samantha se estaba preguntando el por qué de ese mensaje, si ya sabía dónde vivía. Iba a grabar un audio, cuando el teléfono, por culpa de tener las manos impregnadas de mascarilla de pepino, se le escurrió de entre los dedos con tal mala suerte que, tras volar un metro y medio, el aparato se cayó dentro de la bañera, sumergiéndose en ella.

—¡Mierda! —gritó, espantada.

Metió los brazos en la bañera y empezó a palpar por el fondo, para ver si encontraba el móvil. Lo encontró. Con el trasto en las manos, corrió hasta la cocina, sacó un saco de arroz y lo metió dentro.

—Oh, ¡mierda, joder! ¡MIERDAAA!

¡El trasto no funcionaba!

Cuando estaba a punto de meterlo en el microondas, sonó el timbre.

—¡Soy la Juani! —se oyó tras la puerta. Cuando Samantha abrió, su amiga la miró horrorizada.

—¿Qué coño estás haciendo, paya? ¡Pareces la niña del exorcista que se acaba de ahogar!

Y es que las pintas de Samantha eran para retratar: Con la lencería sexy toda mojada y llena de espuma y los pelos hechos un desastre y media cara con mascarilla de pepino.

Y eso hizo Juani, se sacó el móvil del bolsillo y le sacó una foto.

—¡Qué barbaridad! —soltó, al echarle un vistazo a la foto —lo cuentas y no se lo creen. Por eso ahora mismo la envío al grupo de las brilli-brilli, *pa* que se descojonen vivas un rato.

—¡Basta, Juani, y ayúdame! —lloriqueó Samantha, haciendo una mini-rabieta.

—¡La Juani al rescate! —dijo, la gitana, entrando en su apartamento como si fuese James Bond, pero en tía— *¿Ca pasao?* ¡Cuéntaselo a la Juani!

—¡He metido el móvil en el microondas!

En ese momento, se escucharon unas chispas.

—¿Qué has hecho qué? ¡Paya, que va a explotar!

La Juani corrió a abrir el electrodoméstico y cogió el móvil. Se quemó la mano, lo soltó al suelo, y el móvil se partió en pedazos.

—¡Nooooooooo!! —gritó Sam, tapándose la cara con las manos, y llenándose de mascarilla de pepino —¡Estaba en plena conversación sexy con el poli buenorro, y se me cayó el móvil en la bañera! ¡Y ahora está rotooooooooo!

La Juani la miró como si estuviese loca.

—Pos si que debía de ser chungo la conversación...

—¡Dame tu móvil! —gritó, Sam.

La Juani alzó la mano y le enseñó la palma, en señal de *stop*.

—¡Alto! Tengo una solución mejor.

Se sacó del bolsillo dos teléfonos. Le ofreció a Sam el de la funda negra con el careto estampado de la máscara del *anonimus*. Sam abrió mucho los ojos.

—No me lo puedo creer. ¿Eres de *anonimus*?

—Yo no, pero el primo del Cortés, si es del *anonimus* no lo sé. Pero si entra en la web del *pentáculo*, digo yo que en algo de eso estará *metío*... Pero el gitano hacker me lo dio para gastarle bromas al Cortés.

Más que gastarle bromas, era para hacerse pasar por tías, a ver si lo pillaba poniéndole los cuernos. O para meterse en el *Tinder* haciéndose pasar por paya rubia, y así pillarle in fraganti.

Pero claro, La Juani no dijo nada de todo eso, y se puso a ayudar a Sam.

—Tengo que conocer en persona a ese portento de hombre. Pero ahora te ayudaré con esta catástrofe.

Sam miró a Juani con cara de pena. Cuando Juani se refería al su marido por su apellido, es que las cosas iban más mal de lo que pensaba. Pero no le preguntó al respecto, únicamente le arrebató el trasto de las manos y lo abrió.

Cuando hubieron cambiado las tarjetas de móvil, (y Sam se hubo quitado todos los potingues de la cara y se hubo puesto un cómodo chándal, más que nada para no ir en bolas con la Juani por ahí dentro) encendió el teléfono, y abrió el WhatsApp.

—¡Mierda! ¡Patrick se había desconectado! Bueno después lo llamaré.

13

—Chicas, ¿dónde queréis que ponga esto?

—*Joe miarma* —dijo, la Juani—, pareces un marco de fotos de los chinos con patas.

Bel acababa de entrar en la oficina de Sexy Orgasmic cargando con un cuadro tan enorme que a penas se la veía tras él.

Las oficinas estaban llenas de gente pululando de arriba abajo.

Los obreros, que parecían todos sacados de un anuncio de un famoso refresco de cola, hacían un ruido infernal, pero alegraban el panorama de la oficina, porque estaban todos bastante buenos.

Mientras el electricista sustituía la lámpara de la sala de juntas que había en el techo por una más eficiente energéticamente, no hubo problema. El problema vino cuando las chicas se acomodaron allí para ver montar la última lámpara de la editorial Sexy Orgasmic. El diseño no tenía perdón de Dios. Taylor tuvo que sentarse en el sofá junto a la Juani, a punto de partirse en dos de la risa.

El pobre hombre era incapaz de digerir lo que veía.

—Es un diseño precioso —dijo Bel dejando el cuadro junto al sofá.

—Por su forma y textura... —Samantha, que la había escogido expresamente, no pudo evitar sonreír cuando el hombre logró encender esa vulva rosada— Esto... esto es...

—Sí, es exactamente lo que es —le dijo Samantha.

Se sentó junto a la Juani y Taylor, que miraron con los ojos muy abiertos la voluminosa lámpara.

—Es un coñazo precioso, Sam —valoró Taylor, mientras la Juani se partía en dos de la risa, al ver el mal trago que estaba pasando ese pobre hombre.

—Pero *sig... excusemua* —soltó, entre risa y risa.

—Eso es francés, Juani y estamos en Escocia.

Juani miró a Sam en busca de ayuda.

—Yo que sé, paya. Lo que quiero decirle —le habló al electricista como si fuese sordo— ¡Es que no muerde! ¿Cómo se dice en inglés esto? ¡*No to bite!* ¡No! ¡*The coñin no to bite!*

—¡Para, Juani! —Bel se retorció de risa y a Samantha se le empezaron a caer las lágrimas.

Pero Juani no paró.

—¡*The chocho don't teeth!* ¡No dientes! ¡No dientes!

El hombre, muy enfadado, les lanzó una mirada indignada, cuando la lámpara en forma de vulva se encendió, dando un tono rosado a las paredes de la habitación.

—¡Olé, olé que chocho! —dijo la Juani, dando palmas y marcándose unas bulerías—. ¡Esto solo se le ha podido ocurrir a la Samantha!

—Joder, que yo he colaborado —se quejó Taylor, haciendo un fingido puchero.

La Juani la abrazó.

—Claro, Taylor la ha pagado, porque ahora está más forrada que mi hermano —dijo, Sam.

—Ya será menos —dijo Taylor.

Y es que su Marcus, el hermano de Sam, estaba forrado. Pero las cosas en la editorial iban viento en popa y un día de estos Sam y Taylor acabarían siendo archimillonarias.

Y es que Taylor se había convertido en una súper ventas de novelas de Cowboys. *Un cowboy sexy y salvaje*, estaba arrasando en todo el mundo y ya no sabían de qué forma gastarse el dinero. Desde que habían abierto el sello de novela erótica y Rosalía las había amadrinado con una de sus novelas, se habían vuelto muy famosas. Y no debían quitarle méritos a la Juani, que era la diosa del *márqueting* quién, ayudada por el gitano hacker, que se metía de espía en cualquier grupo de WhatsApp, se había convertido en otra Diosa del Olimpo, como ya lo eran Sam y Taylor.

La editorial de Taylor y Sam estaba ganando mucha pasta gracias a las novelas con mucho sexo y brilli-brilli de vaqueros ligeros de ropa.

—Creo que esta sala me inspira —dijo Taylor, cerrando los ojos y tomando aire, en plan meditación—. Será ideal para escribir mis próximas novelas.

Sam asintió.

—Ya sabía yo que te gustaría.

—A ver cuando sacas otra más de cowboys buenorros montados a caballo. Me encantan — le aseguro la Juani a Taylor.

Ella hizo el gesto de la victoria con ambas manos.

—¡Me molo! —estaba súper feliz con su nueva faceta de escritora erótica.

—A mí me mola Derek —suspiró, recordando el cowboy huraño de *Un cowboy sexy y salvaje*.

—Este te va a molar más —dijo Bel. Se acercó al cuadro que había traído con ella y alzó las cejas— ¿le doy la vuelta?

—Espera, espera —Taylor dio un salto. Estaba entusiasmada— ¿Es esta la imagen de mi próxima novela?

—¿Es este el *buenorro* de Derek? —preguntó Sam, poniéndose de rodillas sobre el sofá.

—Sí... es la ilustración que irá en la portada —Bel estaba tan encantada como ellas— y espero que sea lo suficientemente sexy, porque ese cowboy se las trae.

La Juani se acercó a ellas con todo el salero gitano que era habitual en ella. Y todas hicieron corrillo para contemplar la última ilustración que Bel había diseñado, de un cowboy cachas y con la camisa medio abierta.

Sam empezó a dar saltitos de alegría.

—¡Me encanta este trabajo! —dijo, entusiasmada, antes de ver la obra de Bel—. Esto marcha chicas. ¡Menudo equipazo hacemos!

Samantha estaba encantadísima de tener a sus amigas con ellas, y más a la Juani, que se había trasladado a Edimburgo para pasar un par de meses.

Se había alquilado un lujoso *loft* pegado al de Samantha. Al parecer, su matrimonio con el Cortés no pasaba por su mejor momento. Vamos, que estaban inmersos en una crisis en toda regla. Pero se había cuidado mucho de decir algo al respecto, solo lo sabía la Rosy, que andaba de gira por América. Y por supuesto Sam. Las demás brilli-brilli lo sospechaban, pero no habían sacado a relucir el tema. La Juani era un misterio, pero también la reina de la juerga y Sam se lo estaba pasando en grande con ella.

—Creo que te va a gustar.

—Me encantará —aseguró Taylor, que ya había visto algún que otro boceto de su amiga.

—No sé yo. Con el ejemplo de hombretón que tienes en casa, *miarma*, me preocupa que no

encuentres a ninguno a la altura —dijo la Juani a Taylor.

—Ya juzgareis vosotras mismas —dijo Bel,

—Seguro que es una pasada —dijo Sam, distraída con la última foto del policía buenorro.

—¡Abrámoslo ya! —dijo Taylor.

—Ay, es que me hacéis pintar unas cosas... ¡Si yo solo retrato animales! —se quejó, Bel.

Aunque lo había pintado con mucho gusto, pues había usado como modelo a Duncan y había disfrutado con ello, especialmente después de cada sesión de posado.

—Me he pasado un mes con... esto —dijo, creando expectación— Roja como un tomate de la vergüenza mientras lo pintaba. Al único macho que he dejado entrar en mi estudio cuando he retocado los últimos detalles ha sido a Misifú, que a él, ni fu ni fa... Pero Duncan lleva un mosqueo... Se ha puesto celoso del cuadro.

—¡Abrámoslo ya, coño! —soltó Taylor, muerta de curiosidad—. No puedo más de la intriga...

—¡Pues vamos allá! —Bel se apartó y dejó que Taylor hiciese los honores. Al fin y al cabo, era la próxima imagen de su nueva novela.

Cuando Taylor destapó la obra maestra de Bel, se le habrían puesto los iris en forma de corazón, si eso hubiese sido posible.

—¡Me encanta! —soltó, emocionada.

Y no era para menos. El cuadro era impresionante.

—*Po sí que está bueno el tío.*

Un hombre con el pecho al descubierto y un sombrero de vaquero que le tapaba media cara, apareció ante los ojos de las brilli-brilli. Vestía unos vaqueros rotos con el primer botón desabrochado y lucía un abultado paquete. Su piel parecía resplandecer ante un elegante atardecer.

—Bel... eres una artista.

—Lo sé —le respondió a una Samantha boquiabierta.

—Has captado completamente la esencia de Derek —le dijo Taylor, emocionada. Y ella no se emocionaba casi nunca.

La Juani, como si de pronto hubiese visto algo, la apartó de un empujón y acercó la *napia* al cuadro. Cualquiera que la viera, habría pensado que podía oler el sudor de ese portento de macho.

Tras valorar la obra con su ojo crítico para el arte, y alzar una ceja, y luego otra, y poner los brazos en jarras, volteó la cabeza en un gesto muy aflamencado para después mirar a Bel, muy seriamente.

—Desde luego, es mucho más guay que la polla que pinté en el de Franco Cometa.

—No me recuerdes nada que tenga que ver con Franco Cometa —soltó, Bel, recordando el incidente en la exposición de William.

La Juani siguió hablando como si nada, poniendo cara de sabihonda.

—Tras inspeccionar la sutil y elegante pincelada y apreciar esta *amasgrama* de colorines tan bien *combinaos*, empezaré *anaslizando* la composición pues, como ya *toas* sabéis, una pintura es una representación del espacio en el cual convergen *concestos* básicos de la... —Juani hizo una breve pausa, alzó ambas cejas y luego, señaló la parte de la anatomía más interesante para ella con el dedo índice, al tiempo que miraba muy seriamente a las brilli-brilli— Naturaleza—. Tras pronunciar esa palabra de forma muy contundente, asintió con la cabeza, satisfecha, para añadir —: *Noostante*, percibo un ligero desequilibrio, pero en mi opinión... *caresce* de *simplicisdás*.

—¿Ligero? —rió, Sam, consciente de a qué se refería la glamurosa gitana.

—No te entiendo, Juani —dijo Bel, aguantándose la risa.

—*Pos* que el bulto ese que sale de la tienda de campaña del vaquero no es simple, cariño.

—Ajá —asintieron Taylor y Samantha, al unísono pasándose en grande.

La Juani continuó con su discurso.

—Había un ruso *mu* raro que se llamaba *Basimiliano Kandiskis*... Que dio clases en la *Bajaus*, porque era un tío *mu apañao*.

—Vasili Kandinsky —la corrigió Bel, horrorizada—. Y se dice Bauhaus.

—Pos eso he dicho *miarma*, *Kandiskis*, profe de la *Bajaus*.

—Estoy deseando oírlo —Bel se rio, pero estaba impresionada de que la Juani supiera tanto de arte.

—Pos ese tío inventó una cosa que no se qué coño es, pero que llaman “composición *pistórica*” Y este cuadro, *miarma*, está desequilibrado en la composición, porque la polla esa —lo dijo como quien habla de un bodegón— de debajo de los vaqueros, es proporcionalmente desproporcionada. Si el profesor *Kandiskis* lo viese, le daría un ictus.

—Eso último que has dicho es contradictorio —apuntó Bel, a punto de ahogarse de la risa.

—A ver, niña —La Juani la miró con los ojos entrecerrados. Pero tuvo que volver a abrirlos porque se había puesto unas pestañas postizas tan largas y espesas que si seguía haciendo eso no vería tres en un burro, o sus amigas saldrían volando de tanto que abanicaban—. Cuando hablo de pesos visuales del *Kandinskis*, me refiero al *efesto óstico* que produce una figura grande y *macizorra*. ¡Contundente! ¡Dura! ¡Enorme! ¡Gigante! ¡Y *asín* de larga! —hizo el gesto con la mano y apuntó más de medio metro—. Una que ni siquiera cabría en la nueva lámpara *ca compra* la Sam.

Ahora sí que todas rieron.

—Juani...

—¡De esas que nos dejan las bragas chorreando tanto que si las tirásemos contra la pared, se quedarían pegadas!

En ese momento entró un operario con una estantería y al parecer era hispano, porque por poco se cae de culo al escuchar la última frase de la Juani.

—¿Dó... dónde colocamos es... esto, señorita McDowell? —tartamudeó el pobre hombre, dirigiéndose a Sam.

—Déjelo por ahí, gracias —le indicó Sam.

—¡Y le ruego disculpe a mi amiga! Está un poco *payá* —Taylor se colocó el dedo en la sien y dibujó varias vueltas, imitando un destornillador. Luego empezó a reírse.

—¡Oiga! —Juani habló de nuevo, y el resto de chicas brilli-brilli se llevaron las manos a la cara ante lo que se avecinaba. Porque ese pobre hombre estaba a punto de ser su próxima víctima —No me falta un tornillo. Solo estoy algo *desconcertá*. Porque resulta que ayer estaba yo mirando mis *fotacas* en el Instagram, y de repente...

—Yo... —el hombre estaba sudando.

—... me salta un mensaje privado. Lo abrí, no suelo hacerlo, porque cada día recibo como mil y al final una acaba con la cabeza como un *bombos*.

—Sí bueno...

El pobre señor de la estantería no sabía qué hacer, se había quedado allí parado, escuchando a la Juani, embobado.

—Total, que lo abro y veo la cara de un moro con turbante y un camello.

—No digas moro, Juani —la corrigió Bel tapándose la cara con las manos— Que es ofensivo.

—No se porqué es ofensivo, si es moro es moro, y punto. Y yo soy gitana y gitana y punto. ¿No?

Taylor meneó la cabeza.

—No.

—Bueno... pues el señor árabe... Que sepas que un árabe y un persa se parecen y tampoco son lo mismo. Así que, que no se ofenda nadie. Además, iba con un camello. Total, que el señor del camello me manda un mensaje en *inglis pitinglis*. Y menos mal que tenía el *lastop* a mano pa poner el *gugle transleitor*. Ná, que me pongo a traducir y el señor del camello me acababa de decir: *Hola, preciosa, ¿no me conoces?* Yo, que alzo una sola ceja, y con mis *uñacas* de brilli brilli y cristalitos *esvaaroskis* le respondo que no con serias dificultades. Y va y me contesta: *Pos soy el príncipe de Dubais, Mustafá Majalajá Aylasir y Nosequemás*. Yo abro los ojos como platos. Miro bien la foto, y a mi me parece un señor con camello normal. Y le contesto: Si anda, si tu eres el príncipe de *Dubai,s Mustafá majalajá Aylasir y Nosequemás*, yo soy la Reina de las Pollas de Negro. *Cuidao*, que a todo esto yo traduciendo con el *gugel translait*, que no se qué coño estaba poniendo, ya sabéis las guiris que cuando os mando *guasaps* con eso luego no entendéis ná. Pos el señor del camello se ve que lo entendió mal y se enfadó y me dijo que buscara su nombre por *gugel*. Yo me pongo a buscar el nombre por el *gugel y, efestiviwonder*, era el príncipe de *Dubais, Mustafá Majalajá Aylaris y Nosequemás*.

El señor de la estantería flipaba.

—Señora... yo solo quiero...

—Total...—La Juani no podía parar... que algo me olía a *chamusquisnas*. Porque, ¿qué raro que me escriba un príncipe por Instagram, ¿verdás? Ya se que soy famosa y la princesa del brilli-brilli, que jamás le quitaré el puesto a la reina Rosi, pero que no, que yo ya me estaba imaginando rollos chungos, porque eso no era *mu* normal. Y mi cabeza ya empezaba a sospechar si a ver si iba a ser el Cortés que me enviaba al primo *pa* espiarme... Como me he venido sola *pa Edimburgos* y es *mu* celoso... Total, que se me ocurre una idea *pa* pillar al menda lerenda —La Juani puso cara de sabihonda—. Que no nació ayer... Voy y le digo: Mira, *miarma*, si tú eres el Príncipe de *Dubais*, mándame una foto. Que Yo te mando una y tu te haces otro *selfis* con la misma cara que ponga yo.

—¿Y qué cara pusiste?

—Esta —La Juani sacó la lengua y puso un ojo a la *birulé*. Todas las brilli-brilli se partieron de risa.

—¿Y... y... qué pasó? —preguntó el operario, que aún sostenía la estantería. Menos mal que no era muy grande, si no se le habrían reventado ya los bíceps.

—Pos que el *maloso* ese me bloqueó. Y ya no le pude mandar más posados.

Las chicas brilli-brilli la miraron entre ellas ahogando sus risitas.

—¿Y ya está? —preguntó, Taylor —¿No pasó nada más? ¡No es justo que nos dejes en ascuas!

—Pos no. Lo único que pasó fue que le mandé más fotos al gitano hacker, el primo del Cortés, con cara de “te tengo *vigilao*, en el punto de *miras*” Y el muy petardo no me contestó. Lo que me resulta muy sospechoso, por no decir que confirma que el Cortés me está probando.

—Asssh, no sé Juani —dijo Samantha

—Yo sí sé. Que soy *mu* loba.

Dicho esto, el pobre hombre dejó la estantería y se largó corriendo antes de que tuviera que escuchar una nueva aventura de la Juani.

Las chicas se sentaron en el sofá observando el cuadro, hasta que Samantha habló, acordándose de algo.

—¡Por cierto! Deberíamos empezar a hacer un *planning* para el evento.

—Eso mismo pienso yo —apuntó, Taylor.

Se acomodaron en la mesa de juntas, mientras los operarios revoloteaban por las oficinas.

—Bien —empezó Sam la informal reunión—. Será una gala que hará historia.

—La recordaran nuestros tataranietos —juró la Juani.

—No te pases que no quiero volver a verte colgada de una lámpara.

Eso ya pasó. Tenía una crisis amorosa.

—No como ahora, que te veo muy contenta —dijo Taylor.

Samantha se encogió de hombros.

—Bueno, al lío. —dijo ella sin querer dar más explicaciones— La gala tiene que ser espectacular. Debemos hacer que sea recordada, el libro de Taylor se venderá como churros, pero debemos hacer una campaña de *márketing* espectacular. Y ahí es donde entras tú Juani —dijo, señalándola con el dedo índice.

—No te fallaré, ni yo ni el gitano hacker.

—Yo me encargaré de la decoración y la imagen corporativa —dijo Bel—. He contratado a un grupo de diseñadores gráficos de la mejor agencia de imagen y eventos de Edimburgo, son proveedores de William y se encargan de los grandes eventos de sus famosas galerías.

—¿William Wells? —preguntó Taylor

—El mismo.

—Está tan *requetebueno* —suspiró la Juani, abanicándose con el brazo— Ya porque estoy muy enamorada de mi Cortés, que si no... ¿No te gusta *pa* ti Sam?

—Sam tiene la cabeza en otras cosas —se aventuró a decir Taylor.

Samantha sonrió de oreja a oreja. No podía decir que últimamente no estuviera encantada de la vida. Su policía después de meses de sequía, le había vuelto a hablar. Aunque fuese desde un móvil de incógnito, y estaba que no se lo creía. Tan guapo y sexy... ¡Oish, qué calores!

—Nos estamos distraendo —dijo Sam.

—Joder, con William cualquiera no se distrae.

Todas rieron ante el comentario de Taylor.

—Como decía —Bel meneó la cabeza, William era su mejor amigo y le hacía gracia que todas pensarán que era uno de los hombretones más *sexys* del mundo—. Harán un trabajo audiovisual espectacular, incluso van a diseñar hologramas en 3D, con el Maya.

—¿Vas a poner a la Abeja Maya en *tresdés*? —preguntó la Juani, alucinando pepinillos rosas.

—Estoy hablando de un programa de diseño tridimensional —apuntó Bel.

—Ay madre... —dijo Taylor, emocionada—. ¡¡Hologramas de tíos buenorros durante la gala!!
¡¡Joder, que puto calor!

Se abanicó con la mano.

—Me parece muy buena idea. Enhorabuena, Bel —dijo Sam—. De el catering me encargo yo: Chupitos de Pollas de Negro, incluso gelatinas con formas *sexys*.

—Ha querido decir pornográficas. Tetas, chochos, mejillones... —dijo Juani—. Pero es que la Sam es *mu* fina.

—No esperaba menos de ti —Taylor soltó una carcajada.

—Hay, madre —Bel se tapó la cara con ambas manos.

—¡El *merchandaisins* es *mu* importante!—añadió la Juani.

—Cierto. ¡Y nosotros tendremos el mejor!

Sam se levantó de la silla y la Juani también extendieron los brazos en algo, estaban pletóricas.

—Me dais miedo —dijo Bel.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó, Taylor—. A mí también me estáis dando miedo.

La Juani y Samantha se miraron, cómplices, y luego miraron a sus amigas, que permanecían expectantes.

—Pues gracias a nuestro querido William, alias el Hombre de Hielo...

—Alias el *gentelman* buenorro —añadió la Juani.

—... vamos a recibir nuestro merchandaising en pocos días —anunció Sam—. Nos ha ayudado mucho con la logística. Nos ha dejado un contenedor para eso en el cual hemos importado unos artículos monísimos desde China.

—¿Artículos monísimos? —preguntó Taylor, incrédula.

Entonces Sam apretó los puños con entusiasmo y grito, eufórica.

—¡Son pollas como ollas!

14

Llegó el día de la redada. Meg, Patrick y dos compañeros más, bajaron del coche policial en el puerto de Glasgow.

Meg le enseñó la placa al vigilante de seguridad de la entrada, quién hizo un gesto de asentimiento, y llamó por teléfono a la policía portuaria. El agente Scott llegó pasados unos minutos.

Patrick se adelantó esta vez un paso del resto de compañeros.

—Agente Patrick McGregor —se presentó. Hizo lo propio con el resto de compañeros — Agente Campbell, y los agentes de apoyo, Hobbs y McLeod. Traemos una orden judicial para la inspección de un contenedor. A nombre de William Wells.

El agente Scott revisó la orden. Luego comprobó los albaranes del día, y asintió con la cabeza.

—Antes debo hacer una llamada a mi superior.

Patrick asintió, y Meg, impaciente, desenvolvió un chupacups y se lo metió en la boca, dedicándole a Scott una mirada macarra que de inmediato corrigió, al fin y al cabo el agente portuario estaba haciendo su trabajo.

—Sígueme, por aquí —dijo Scott, después de que su superior confirmase estar al tanto de la redada.

Meg miró a Patrick mientras caminaban hacia el muelle 490. Por fortuna, estaban prácticamente a cuatro minutos a pie, pues el puerto de Glasgow era tan grande que para moverse de un sitio a otro, los operarios utilizaban coches eléctricos o *scooters*.

—¿Qué crees que habrá allí dentro? —preguntó, Meg, con el chupacups en la boca.

Patrick tragó saliva. Respondió, pero con la mirada al frente.

—El albarán habla de “juguetes varios”.

—¿Juguetes varios? —Meg se colocó el caramelo en el carrillo derecho, y empezó a hacer cosas raras—. Esto me huele a chamusquina.

Patrick suspiró.

—Encontremos lo que encontremos, nos aclarará si Samantha McDowell es o no una delincuente.

—Eso por descontado —Meg miró a Patrick, y le dio palmaditas en el hombro—. Sea lo que sea, todo irá bien, poli buenorro.

—Es aquí —informó, Scott. Y señaló con la carpeta el pantalán donde estaban los contenedores. Eran siete.

—*Oh, my god...* —dijo Meg —Tenemos curro hasta la madrugada. Y... Siete contenedores con “juguetes varios”... me parece un tanto sospechoso.

Patrick miró a los chicos de apoyo.

—Hobbs y McLeod, empezad por el último, Campbell y yo lo haremos por el primero.

Patrick abrió el primer contenedor con una palanca, mientras Meg grababa con el móvil oficial

para dejar constancia gráfica del momento de la apertura. Cuando abrieron la puerta, se encontraron con enormes embalajes.

—Ahora habrá que abrirlos uno por uno. Vaya pereza, joder —dijo Meg, guardándose el palito de plástico del chupa-chups en el bolsillo.

Hicieron lo propio. Abrieron dos, y sólo hallaron muebles.

—Serán para los hoteles de Wells —dijo, Meg.

—Ya, pero todo esto no está declarado —respondió, Patrick—. Eso ya de por sí es ilegal.

—¿Qué tendrá que ver todo esto con Samantha? No lo comprendo.

—Se me escapa... Además, hemos revisado todo, y ni rastro de drogas, ni armas, ni nada chungo...

—En veinte minutos llegará la unidad canina —informó Patrick—, y así saldremos de dudas.

Terminaron de abrir todos los embalajes, pero únicamente encontraron más muebles, y como había dicho Meg, ni rastro de nada ilegal. Y quedó bien claro que eran para los hoteles y locales de Wells, pues había muchos de repetidos, sillas, mesas, taburetes de barras de bar, espejos para las habitaciones, mesitas de noche, aunque todo de diseño, por supuesto, porque Wells era un tipo con clase, todo un *gentleman*.

Hobbs y McLeod también encontraron lo mismo, aunque sus contendores contenían camas y colchones.

Pero en el cuarto contenedor, la cosa cambió.

Las cajas eran bastante más pequeñas. Meg cogió una, y la agitó.

—Aquí sí que me cuadra lo de los “juguetes”. Pero, ¿para qué querrá Samahtha juguetes? ¿Va a montar una guardería o qué?

Cuando Patrick abrió la primera caja, se quedó mudo. Sacó uno de los juguetes, y miró a Meg, mostrándoselo.

Meg, que se estaba comiendo otro chupa-chups, por poco se atraganta.

—Pero, ¿qué cojones...?

—De eso no tiene —apuntó, McLeod, tan sorprendido como divertido.

—Trae —dijo, Meg, dándole la vuelta para inspeccionarlo—, a lo mejor no se ven, debido a la grandiosidad de lo... principal...

—Dudo mucho que la señorita McDowell vaya a montar una guardería con esto a —apuntó, Hobbs, el más escandalizado de todos.

—Habrá que ver si hay drogas aquí dentro —dijo, Meg.

McLeod lo cogió, con fuerza y empezó a agitarlo.

—Parece que dentro no hay nada —De repente, el trasto empezó a vibrar, y el agente McLeod lo soltó y lo tiró al suelo—. Qué demonios...

Los cinco, incluido el agente portuario Scott, se quedaron mirando el vibrador, del tamaño de un pimentero, dando saltitos en el suelo.

Meg lo cogió, no sin dificultad, pues la polla saltarina de goma parecía tener vida propia. Los hombres se abstuvieron de estallar en carcajadas, conocían la mala leche de la agente Campbell.

Cuando ella logró capturarla, pulsó un botón, pero lejos de apagarse, aquello pareció empezar a succionar por una pequeña protuberancia en la parte de arriba. Meg siguió apretando el botón, una y otra vez. Vibración, succión, expulsión de aire, ¡aquello era una maravilla!, se podían combinar un montón de cosas, succionar y vibrar, más rápido, más lento, un segundo, una succión, dos succiones, una expulsión de aire y tres vibraciones.

—Que puta pasada... ¡Me lo quedo!

Patrick se lo quitó de las manos, bruscamente.

—Abrid el resto de cajas —ordenó, enfadado—. Vaciad ese contenedor entero hasta que llegue la unidad canina.

Meg miró a Patrick y soltó una carcajada.

—Que sepas que a partir de ahora me declaro fan absoluta de Samantha McDowell. ¡Esta tía es la puta hostia! Buscábamos drogas, u armas y nos hemos encontrado ¡pepinillos rosas!

Patrick le devolvió a Meg una mirada de enfado.

—Esto que ves aquí —Patrick alzó la polla, sin ser consciente de las risas que estaba provocando en sus compañeros—, son juguetes sexuales sin declarar, del mercado negro. Y Samantha McDowell y William Wells salen en los albaranes de importación.

—Pero, sí estaban declarados como “juguetes” —dijo, McLeod.

—Técnicamente son juguetes sexuales —añadió, Hobbs.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor Samantha no lo declaró en el albarán porque le daba vergüenza? —dijo, Meg—. Sí, señor agente pportuario... me va a llegar un contenedor. Transporta pollas como ollas. ¡Cuídemelas bien!

Patrick suspiró, luego se dio la vuelta y apretó los puños. Sonó el teléfono y atendió.

—Sí, señor. Sí. De acuerdo.

Colgó y anunció:

—Mañana procederemos a la detención de Samantha McDowell y William Wells.

Al día siguiente, por la tarde

—Juani por dios, alegra esa cara, que me tienes *toa* loca —dijo, Sam, en castellano, mientras se llevaba a los labios su café irlandés y se manchaba el bigote de nata, que luego se lamió de forma sexy, para el deleite de los allí presentes del género masculino, y alguna que otra fémica, pues eran incapaces de quitar el ojo de encima a la jefa más sexy de toda escocia.

—*Pa* eso no me *nesecitas* a mi, paya —respondió la Juani.

—¿No te necesito *pa* qué?

—*Pa* ponerte *toa* loca, porque naciste *cencerra*.

—¿*Cencerra*? —preguntó, Sam, pues estaban hablando en español, pero había palabras que se le escapaban.

—Sí, ¡*tolón, tolón!* —la Juani sacó el móvil del bolso de piel de serpiente sintética, después de poner cara de cabra loca y hacer el gesto de llevar un cencerro al cuello con las manos.

Samantha se encogió de hombros, cruzó las piernas a lo instinto básico sobre el taburete del local, y dio un nuevo sorbo a su café irlandés, esta vez apartando con la cucharita la nata, para no crear otra conmoción.

La Juani hundió la nariz en la pantalla del teléfono, y se puso a escribir un mensaje. Su cara era un poema mientras sus dedos, con una perfecta manicura rojo pasión, volaban por el teclado como si no hubiese un mañana. Sam pensó que ya se había levantado rara aquella mañana, en la oficina no había estado demasiado alegre, pero al llegar la tarde, en la cafetería de la editorial, no había dicho ni pio hasta ese momento y ahora volvía a callar.

Y eso era muy raro en ella.

—¿Es por tu marido? —se atrevió a preguntar, Samantha, pues sabía que las cosas entre ellos no iban demasiado bien.

La Juani alzó la cabeza y la miró a los ojos, entrecerró los párpados, frunció el ceño, y Sam se estremeció. Luego le dio otro sorbo al café, y negó con la cabeza, como si quisiese quitarse el mal fario de encima.

—Tengo un mal presentimiento —dijo, la Juani, mirando a un lado y a otro, en plan espía.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?—preguntó, Sam, intrigada.

—Algo va suceder... Mis super poderes gitanos así lo indican.

Sam se acabó el café y lo dejó sobre la barra. El camarero lo apartó, y se alejó en silencio.

—¿Crees que vendrán los marcianos a acabar con la especie humana?

La Juani puso cara de intrigante.

—Pos no estaría nada mal, *asín* como está el *mundos*... Pero no es eso —La Juani volvió a mirar por todos lados—. Mira, hace tiempo, cuando yo me iba de *roneo* con el Cortés...

—¿Qué es *roneo*, Juani?

—Pos... presumir.

—Pos tú estás de *roneo* todo el día.

—El *roneo* es cuando los jóvenes gitanos hacen el pavo en lugares estratégicos, después de salir de la iglesia, *pa* impresionar a sus pretendientes y pretendientas. Pero no hay *morreos*, ni tocamientos ni *na* de *tó* eso, que los gitanos *semos mu recataos*. Ya sabes...

—Ajá...

—Pos eso, que estaba yo de *roneo*... *mabia* puesto un vestido precioso, *to* lleno de *piedracas*, que parecía que mi madre *mabia cosío* cuatro botes de garbanzos, como el vestido de filetes de la paya esa, la Jajá.

—¿Lady Gaga?

—Esa misma. Pos resulta que iba yo con mi *vestio* de garbanzos, acababa de salir de la iglesia, y el reverendo había *hablao* de *nosequé* de no robarás y de que el demonio está por *tos laos*... Que yo normalmente llevo a raja tabla, que aunque parezca una *locanguis*, soy una gran devota de dios y los milagros, pero ese día *mabía levantao* yo como de mal farío, con ganas de hacer algo siniestro, ilegal, tú ya me entiendes... —Sam sonrió al ver la cara de intrigante de la Juani, pero no dijo nada y, la dejó continuar—. Pos *na*, que como el Cortés no venía al lugar estratégico del *roneo* porque tenía asuntos importantes que atender —La Juani en ese momento puso cara de pitbull con malas pulgas—, la Mary apareció con su *mario*, que por aquel entonces estaba recién *casá* y me preguntaron que si quería ir con ellos a dar un *voltio* con el *bugas*. Pos *na*, que allí que me metí, arramblando, en el asiento de atrás del *cochaco* del Curro Amaya, un Ferrari descapotable que no quiero saber como se lo compró, si no sabe ni leer ni escribir, ni tiene el carné de conducir, ni *deneís* ni *ná*..., que cuando se iba al *videosclubs*, allá por los dos mil, no dejaba de molestar a la dependienta con las carátulas de las *pinículas* de *deuvedés* y preguntaba: ¿Y esta *pinícula* de qué va?

—Juani, ¿qué es una *pinícula*? ¿Y *deneís*?

—Un film es una *pinícula*, y un *deneís* es eso que llevas en la cartera que no sirve *pa ná* y que tienes que enseñar cuando te para la pasma.

—¿Pasma?

—Policía.

—Ajá.

—Pos que nos fuimos la Mary, el Amaya y una servidora a quemar el *asfaltos* por la autovía de Benidorm. Se me puso el pelo que parecía el Rey León cuando, de repente, encontramos en el arcén un bote de pintura, ahí *abandonao*.

—¿Un bote de pintura? —preguntó, Sam, flipando —¿Y qué hacía allí un bote de pintura?

—Sí, *pobrecico*... estaba *to solico* el *probe*... —La Juani puso cara de pena.

—¿Y qué hicisteis?

—El Amaya detuvo el *vehículo*, se bajó y cogió el bote de pintura. Lo miró y luego nos dijo que era pintura *pa* carretera, que no servía *pa ná*, porque era *luminiscente*, no apto para ir de *incosnito*. Y lo dejó ahí, *to solico* otra vez, *pobrecico*.... Yo pensé que a mi sí me serviría, entonces salí del *vehículo* y me lo llevé.

—¿Para qué querrías un bote de pintura luminiscente?

—Calla, que al día siguiente me colé en el cuarto del Cortés, y con la ayuda del primo y de la que ahora es mi *cuñá*, le pintamos *to* el cuarto. Adivina qué pasó cuando, después de volver de juerga, el Cortés encendió la luz...

Samantha parpadeó rápidamente.

—Madre mía, ¡lo dejaste ciego!

—Ciego no, pero sí que al día siguiente tuvo que ir al oculista...

Samantha miró a su amiga con cara de pena. Juani pensaba en su esposo, y por eso le contaba todas esas cosas. Pero se moría de ganas por averiguar más... Así que preguntó:

—¿Y qué tiene que ver todo esto con tu mal *fario*, Juani?

—Pos *ná*. Solo que me he *acordao*, y *man entrao* ganas de contarlo. ¡Ui! ¡Mira qué tarde es! ¡Y yo aún no he *preparao* el potaje *pa* mañana! ¡Vámonos!

Samanta se levantó del taburete y cogió su bolso.

—Por culpa de tus potajes he engordado ya dos kilos, Juani.

La Juani la miró de arriba abajo, tras ponerse el bolso en el hombro.

—Ahora estás más *jamona*, que antes tenías dos piernas que parecían palillos chinos.

Dicho esto, las amigas estaban a punto de salir de la cafetería, cuando de repente, apareció un coche de policía. Sam sonrió, pensando que podría ser Patrick, pero de él salieron dos agentes que no conocía. Bueno, tampoco es que conociese muchos a parte de Patrick, pero sí que se llevó una decepción.

Aquellos dos la buscaban a ella.

—¿Señorita Samanta McDowell?

Samantha sonrió de oreja a oreja. ¿Acaso Patrick la estaría buscando?

—La misma —respondió— ¿En qué puedo ayudarle, agente?

La miraron con en ceño fruncido, y ella se sorprendió.

El agente que no había hablado se colocó tras ella y la cogió del brazo.

—¡Ay!

El otro empezó a decir, mientras mostraba su placa:

—Tiene derecho a permanecer en silencio...

—Pero, ¿qué...?

Samantha no se lo podía creer. La Juani parecía en *shock*. Pero pronto entraría en acción y aquello acabaría fatal.

—...Cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra...

—¿En su contra? —la Juani reaccionó. Cogió el bolso y lo lanzó contra el que estaba esposando a Samantha —¡Esto sí que va en tu contra, *malnacío*!

Al policía se le cayeron las esposas y se agachó para recogerlas. Pero la Juani le pisó con el tacón y casi le agujereó la mano.

—¡Y esto también va en contra de tu mano! —dijo, con cara de loca.

El policía aulló de dolor, mientras el otro sacaba la porra.

—¡Usted también será detenida por abuso a la autoridad!

—¿Abuso? ¿Con esa porra de mierda? ¡Yo te voy a demostrar a ti lo que es un abuso, madero de mierdaaaa! —Lo dijo con una cara que el uniformado retrocedió varios pasos—. ¡Que tú no me conoces a mi, que soy La Juani! ¡La Juani! ¡De día, la princesa del brilli-brilli! ¡De noche, la FURIA GITANA!

El hombre siguió hablando a Samantha, pero esta vez con voz temblorosa.

—Tiene derecho a un abogado...

La Juani saltó sobre él, y se agarró como una garrapata mientras lo intentaba ahogar con el bolso!

—¡Tú sí que vas a necesitar a un abogado, cuando me denuncies por cortarte los huevos *pa* hacer *criadillas* que luego te comerás! —La Juani inmovilizó al policía, mientras el otro seguía

aullando en el suelo, y Samantha y el resto de personas que estaban en el local alucinaban pepinillos rosas. Y añadió:—Y si no puedes pagarte un abogado, *te se* asignará uno de *oficios*!

Mientras el pobre hombre se ahogaba con las asas del bolso, Samantha se llevaba las manos a la cara, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué me quieren detener? —gritó—, ¡Yo no he hecho nada malo!

—Le repito que tiene derecho a permanec... —El agente, que había dejado de aullar, esta vez recibió un zapatazo, que le lanzó la Juani y que casi le hizo un boquete en la frente con el tacón de aguja.

—¡Que te calles yaaaaa, o te dejo la cara como un cráter!

—¡Juani, por Dios! —gritó, Sam— ¡Que casi le sacas un ojo!

El pobre hombre, tras reponerse del taconazo, sacó el walkie.

—Agente 345 de Scotland Yard, en la perpendicular de Milne's Cout, ¡Necesito refuerzos! ¡Ya!

La Juani se puso en pie, dejó al otro semi-inconsciente en el suelo y le dio un rodillazo en toda la boca.

—¡Ya mismo, *pringao*!

—¡Juani! ¡Deja de agredir a la policía, que te van a detener!

—¿Detenerme a mi! ¡Ja, ja, ja, ja!

La Juani puso pose de archi-villana de cómic, recortándose en silueta bajo un rascacielos, con los brazos abiertos, los ojos inyectados en sangre y cara de loca. Parecía que iba a transformarse en algo terrorífico, mujer loba, o algo así. Pero surtió el efecto deseado, porque los policías recién llegados, que acababan de salir de tres coches patrullas, se detuvieron ante ella, que además se le acababa de deshacer el moño y tenía el pelo como una lechuga. Los miró a todos y a cada uno de ellos con una cara para no olvidar, alzó el brazo derecho, y los señaló, uno a uno.

—¡Yo *sus* maldigo a todos! ¡SUS MALDIGO A TODO *ESCORLANYAAAAAR*!

16

—No entiendo qué demonios está pasando aquí —dijo Samantha cuando la llevaron de la celda a una sala de interrogatorios—. Quiero que llamen inmediatamente al abogado de mi familia...

Sam hablaba con el agente de policía, que vestido de uniforme, la miraba de manera impasible, como si no la estuviera escuchando. Pero cuando se abrió de nuevo la sala de interrogatorios, se quedó muda.

—Patrick...

Pero no solo era Patrick. Apretó los labios cuando vio a la tetona pelirroja entrar junto a su... ¿novio? ¿tío que me tiro? ¿Traidor de mierda?

Apretó más los labios y puso cara de *pocker*.

No sabía qué significaba todo aquello, pero de seguro que había una explicación que no significara que Patrick la había estado espiando para tener pruebas de algún delito inexistente y meterla en la cárcel...

No. Él no haría nada parecido.

Él la quería.

—Buenas noches señorita McDowell. Soy la agente Megan Campbell y él es mi colega, el inspector McGregor. Antes de nada me gustaría saber si sabe por qué está aquí.

Ella guardó silencio.

Ignoró a la pelirroja para fijar la mirada en los ojos azules de Patrick, que parecían tan... fríos. Como si no la conociera. Como si alguien quien le importara no estuviera detenida.

Pero hubo un atisbo de esperanza para Samantha, que estaba a punto de echarse a llorar.

—Creo que las esposas no son necesarias —dijo él— ¿Podría quitárselas?

El agente uniformado que se había quedado de pie a su espalda, en una esquina de la sala, se acercó para quitárselas. Metió la llave en la cerradura y se escuchó un clic antes de que ella se frotara las magulladas muñecas. Las miró con los ojos vidriosos y luego estos se fijaron en los de Patrick, que tragó saliva pero no agachó la cabeza, ni apartó la vista.

—¿Y bien?

La pelirroja volvía a captar su atención.

—No. No sé por qué estoy aquí —dijo Sam, aferrándose a su orgullo.

Samantha alzó la cabeza y respiró entrecortadamente mientras se iba cabreando por momentos.

—¿Seguro no piensa que hay nada que pueda haber provocado su detención?

De nuevo, los ojos de Sam se desplazaron de Meg a Patrick.

—Quizás sea porque me he estado follando al agente McGregor. Pero no puedo llegar a creer que el sexo duro con un agente de la ley sea un delito.

El agente a su espalda carraspeo. Y Meg se recortó en la silla, como si eso la hubiera descolocado.

—Dígame —insistió Sam, mirando fijamente a Patrick, quién seguía con expresión impertérrita

— ¿Es un delito follarte a un agente encubierto que, al parecer, estaba contigo intentando involucrarte en algún trapo sucio?

Sam casi sonrió al ver en él una reacción.

Patrick respiró profundamente por la nariz.

No apartó la mirada de ella, pero estaba claro que aquellas palabras lo habían molestado, quizás ofendido... o incluso cabreado.

—Dime —insistió ella, con la mirada clavada en la suya.

—No tengo nada que decir al respec...

Antes de que pudiera acabar a frase, la pelirroja le puso una mano sobre el brazo. El contacto, que a Sam le pareció demasiado íntimo, la cabreó a un más.

¡Ella tenía razón! ¡Esa pelirroja tetona, se estaba follando a Patrick!

—Maldita sea —explotó— ¿Te estás follando a tu compañera de trabajo? —Y casi se puso en pie. Casi, porque las rodillas le fallaron

Meg resopló mientras el agente uniformado intentaba ocultar una sonrisa a causa de lo inverosímil de la situación.

—Creo que debería retirarse, agente McGregor.

—¡Sí, retírate, bastardo cabrón! —Sam esta vez sí se levantó de la silla y se abalanzó hacia delante para arañar a su amante.

¡Menudo hijo de puta...!

Pero el agente Hobbs la inmovilizó, volviendo a ponerle las esposas.

Meg se levantó y acompañó a Patrick a la puerta, dejando a Sam, sacando sapos y culebras por la boca. ¿Cómo una chica tan pija conocía insultos que hasta a ella la ruborizaban?

—La has hecho buena —le susurró Meg, antes de salir y cerrar la puerta, dejando a Samantha McDowell con el agente Hobbs.

Cuando estuvieron fuera escucharon un minuto tras la puerta.

—Tu amorcito parece muy cabreada —dijo Meg. Pero la cabreada era ella.

—Megan...

—¡Joder Patrick, te dije que no te la tirarás! ¿en que pollas estabas pensando? —le preguntó. Pero enseguida levantó la mano—. No me lo digas, seguro que pensabas precisamente con eso, con la polla.

—Megan —la cortó, muy serio—. Soy consciente de la implicación que tengo en este asunto.

—¿En serio? —ella lo miró, con mofa, porque no podía creer lo que Patrick le estaba diciendo

— ¿También eres consciente de que puede costarte la carrera?

Patrick guardó silencio.

—Lo arreglaré.

—¿Cómo? —preguntó Meg, cabreada—. ¿Crees que Samantha McDowell no dirá a sus abogados y al superintendente que te la estabas follando?

Él suspiró.

—Sí, lo sé. Déjalo en mis manos.

—¡Mierda! —la pelirroja se cabreaba por momentos.

¿Su compañero no era consciente de la situación? ¡Se estaba follando a una sospechosa, Dios sabía desde hacía cuanto tiempo!

—Vamos Meg, vuelve ahí y haz tu trabajo. Yo haré el mío.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Sí, haz el tuyo, pero a saber hasta cuando podrás hacerlo. Solo espero que la mierda no me

salpique a mi ni al resto de compañeros.

Megan estaba segura que cuando el capitán se enterara, rodarían cabezas.

Sin decir más, volvió a entrar en la sala de interrogatorios. Y Patrick avanzó por la sala de comisaría, hasta el despacho de su jefe.

Tocó la puerta con los nudillos y escuchó que le daban permiso para entrar.

—Hola McGregor, ¿alguna novedad?

—Hemos detenido a Samantha McDowell y a William Wells —anunció, aunque el capitán ya lo sabía.

—¿Y bien?

—Samantha McDowell está en la sala de interrogatorios con Campbell.

El superintendente estuvo complacido.

—¿Está furiosa?

Patrick asintió.

Una sonrisa se dibujó en la cara del jefe. Era un tipo rudo de mediana edad, quizás le faltaran cinco años para jubilarse, y estaba convencido de que quería hacerlo a lo grande. Pero según el instinto de Patrick, se equivocaba en ese asunto. No creía que Sam tuviera nada que ver con el tráfico de drogas, y tampoco William Wells, aunque por ese inglés no podría la mano al fuego.

—Creo que ya no hay más hilos por donde tirar —dijo Patrick.

El jefe pareció vacilar.

—No. Me parece algo importante que la empresa de Samantha McDowell pida cargamentos a través de la de William Wells. Si le ha hecho un favor, ¿cuantos cargamentos puede tener el magnate que no sea para su empresa?

—¿Insinúa que la mafia puede estar traficando a través de su empresa?

El superintendente se rascó la barbilla acercando la silla a la mesa y mirando fijamente a Patrick.

—Es posible que esa chica no tenga nada que ver, tal y como me has estado insistiendo en los últimos meses, pero... gracias a la proximidad que has tenido con ella, hemos podido averiguar que a través de la empresa de William Wells, llegan cargamentos que nada tienen que ver con su empresa.

Patrick estuvo de acuerdo.

—Creo que es hora que la justicia revise las importaciones y exportaciones de las empresas Wells.

Quizás después de todo la traición a Samantha, y también a Meg, la cual llevaba engañando meses, sin decirle que él y el capitán tenían un plan secreto, no hubiese sido en vano.

Cuando le informó al jefe, meses atrás, que se seguía viendo con Samantha, y que podría tener acceso a su agente y documentación importante, el jefe no lo desaprobó. Simplemente le recordó que era su deber intentar averiguar si estaba metida en asuntos turbios.

En aquel momento, Patrick estaba tan convencido como ahora de la inocencia de Samantha. Pero cuando encontró en la agenda de Sam las anotaciones de un *cargamento súper importante* que había hecho a través de la empresa de Wells... con todo el dolor de su corazón, no le quedó otra que informar a su jefe. ¿Había hecho bien? Intentaba decirle a su conciencia que sí.

Si no era nada, como parecía haber sido, la detendrían y se marcharía. Pero Patrick había estado lejos de Sam en el último mes, con insomnio y un humor irascible, a causa de la duda que le generaba que hubiese un cargamento encargado por SexyOrgasmic, la empresa de Sam y Taylor, con Wells como intermediario.

—Si Meg no consigue nada contra ella, se marchará esta misma noche —dijo el jefe—. No queremos problemas con su familia. Es demasiado poderosa.

—¿Que hay de William Wells?

El jefe pareció dudarlo un momento.

—Puedo tenerlo entre rejas 24 horas. Intentemos averiguar que hay de turbio en ese hombre.

Patrick asintió.

—Por otro lado, no temas. Te despediré —dijo el jefe, disfrutando de la cara de desconcierto de Patrick—, pero solo será una tapadera, para que la chica vuelva a confiar en ti. Cuanto más cerca estés de ella, más podrás averiguar sobre su relación con William Wells.

Patrick se tensó.

Mierda.

No quería estar con Samantha solo por una maldita investigación.

—Señor...

El jefe lo miró alzando las cejas.

—¿Hay algún problema?

Patrick sabía que su carrera y futuro ascenso dependía de ese hombre.

—Ningún problema, señor.

Pero sí lo había. No quería perder su trabajo, y mucho menos a Samantha.

Ese hijo de puta le había mentado, se dijo Samantha. Cuando se lo dijera a la Juani, su amiga iba a sacarle las tripas a ese... traidor.

Samantha volvió a llorar, esta vez a moco tendido y para consternación de Meg que puso los ojos en blanco y se dio por vencida.

—Bien, creo que es todo lo que necesitaba saber —Meg tuvo casi que gritar para que se le escucharan las palabras por encima del llanto de Samantah.

El abogado que había estado con ella se llevó disimuladamente una mano al oído, y apretó, para que su clienta no le reventara el tímpano.

—Pueden irse, después de firmar el papeleo —dijo Meg.

—¿Y William? —preguntó de pronto Samantha —¿Y qué hay de Juani? Solo intentaba defenderme.

—Oh —Meg se giró para observarla—Tu amiga ya está en libertad, parece que tiene amigos importante en el gobierno español. En cuanto a Wells, me lo quedaré esta noche... quiero decir, será interrogado y mañana, si no hay pruebas para considerarlo una amenaza pública, podrá marcharse.

Meg esperaba cómodamente sentada en la sala de interrogatorios, en cualquier momento, Hobbes le iba a traer a William Wells, el gran magnate hotelero para que lo interrogaran.

Respiró hondo y se preocupó por relajar su cuerpo.

No es que ese hombre la pusiera nerviosa... bueno sí. Es que... no había podido dejar de pensar en él desde que lo vio en la fiesta de cumpleaños, hablando con una de sus empleadas, la pintora Bel Roig. ¿Serían amantes?

Joder, me cago en la puta. Te importa una puta mierda con quien se acueste ese semental. Porque seguro que lo es, basta mirarle el abultado paquete que se le ve a diez años luz con esos pantalones de pinzas hechos a medida... Bien, Meg. Estás perdiendo la cabeza.

Carraspeó y al momento se abrió la puerta.

—Esto...

Meg miró a Hobbs, que acababa de asomarse.

—¿Y bien?

—Dice que no viene.

Meg sintió como si su cuerpo dejara de funcionar y alzó una ceja con total incredulidad.

—¿En serio?

—Eso dice.

Meg levantó las manos y extendió los brazos como si quisiera estrangular a su compañero.

—¿Estás de broma?

Hobbs negó con total seriedad.

—Eres policía, chico, si te digo que traigas a un sospechoso para que sea interrogado, tú... ¿qué haces?

—¿Lo traigo?

—¡Premio!

Se levantó molesta y Hobbs tragó saliva.

—El problema —dijo el joven agente— es que no ha llegado su abogado.

—¿Y eso te parece un problema? —preguntó ella, incrédula.

El *modus operandi* de los interrogatorios era precisamente hacerle creer al sospechoso que no necesitaba un abogado, que solo sería una charla entre amigos, algo trivial que tenía como único propósito hacer confesar al sospechoso. Normalmente los idiotas daban un traspies en el interrogatorio que les incriminaba, y así era mucho más fácil cazar a un criminal. De lo contrario, la cosa podía alargarse, pues los abogados tenían tendencia a decir: No contestes a eso. No puede preguntarle eso. Vulnera sus derechos. No estás obligado a contestar.

Todo pura mierda.

—Aunque no esté su abogado, debes traerlo.

Hobbs empezaba a sudar.

—Es que no se que ha dicho de sus derechos constitucionales, que podría denunciarnos, que solo podemos retenerlo 24 horas sin pruebas... y que si no le dábamos de comer, podría morir.

Meg parpadeó.

—¿Podría morir? —dijo, esperando una explicación— ¿Es diabético?

—No lo ha dicho.

—Entonces ¿de qué va a morir? ¿de hambre? ¡Solo lleva aquí dos putas horas!

Hobbs se encogió como si le hubieran atizado con un bate.

Entonces murmuró algo ininteligible.

—¿Qué has dicho?

—Que... le he llevado un perrito del puesto de la esquina.

Meg puso sus manos en las caderas e inclinó la cabeza como si no le hubiera escuchado bien. Para estar segura pregunto.

—¿Tú... has ido al puesto de perritos, y le has llevado la cena a un detenido, que quizás esté involucrado con el trafico de drogas y el crimen organizado?

—Bu... bueno —Hobbs pareció vacilar—. Dicho así, parece algo raro.

—¿Raro?

—Pe... pero... el pobre hombre puede tener una enfermedad que necesite comer cada cierto tiempo.

—El único enfermo que veo está ahora mismo delante de mí, y creo que la enfermedad la tienes en la cabeza. —Enfadada le dio un empujón— ¡Apártate de mi camino!

Hobbs la siguió hacia los calabozos, que esa noche estaban particularmente desiertos.

Había sido una noche tranquila, y los pocos detenidos por escándalo publico dormían la mona.

Pasó junto al guardia de la puerta, que la saludó con una inclinación de cabeza y después se zambulló de nuevo en la pantalla del ordenador.

—Una noche tranquila —le dijo sin mirarla.

—¿De veras? —A ella le daba la sensación que no era así.

—Solo está el viejo Morti durmiendo la mona en la celda de al lado, y por supuesto el rey del puerto de Londres.

—¡Por Dios! —Meg bufó cuando cogió el pomo de la puerta y tiró de él para entrar.

Todo el mundo parecía saber quién era William Wells, y no era para menos. Era una de las grandes fortunas del país. Pero si se había pensado por un momento que podía jugar con ella, iba listo.

Entró en los calabozos masculinos, que no era más que una gran sala, con tres celdas hechas de barrotes, menos la pared del fondo, con pequeños ventanales que dejaban pasar la luz del día o de la noche, según el momento.

A las dos de la madrugada, poca era la luz que entraba, y eso a uno de los detenidos, el viejo vagabundo apodado Morti, le iba de lo mejor, puesto que se estaba echando una larga siesta en la celda de en medio.

Meg avanzó hacia la del fondo y allí de pie, con la cabeza apuntando al techo con los brazos cruzados y los ojos cerrados, estaba el depredador financiero: William Wells.

—Buenas noches señor Wells.

Algo en el timbre de aquella voz le hizo abrir los ojos y girar la cabeza para contemplar a su dueña.

A William se le dilataron las pupilas nada más ver a quien pertenecían.

Era la despampanante pelirroja que ya había visto en otra ocasión. Respiró profundamente por la nariz e intentó pensar donde.

—¿La conozco?

Ella pareció vacilar.

Espero que no, se dijo Meg. De lo contrario estaría poniendo sobre aviso a ese hombre, pues la única vez que habían podido intercambiar alguna mirada, había sido en la fiesta de cumpleaños del señor Marcus McDowell.

—No lo creo. Aunque todo es posible.

William sonrió. Una sonrisa ladina dispuesta a ponerla nerviosa.

Meg tomó aire audiblemente. Ese hombre la ponía nerviosa, y seguramente se daba cuenta y se congratulaba de ello.

—Señor Wells...

—Señorita...

—Agente —le corrigió ella—. Agente Campbell.

—Oh, escocesa —lo dijo como si fuera un insulto, aunque su sonrisa no se había movido ni un ápice, al igual que su esculpido cuerpo.

—¿Le molesta que los sea?

—Por Dios, todo lo contrario, los escoceses son muy entretenidos. Los mayores contadores de historia del mundo.

Ella entrecerró los ojos, dispuesta a averiguar si se estaba burlando de ella.

—Señor Wells —dijo en un tono más firme. No tenía más tiempo que perder— Se le trasladará a la sala de interrogatorios para tomarle declaración...

—Oh, genial. ¿Eso quiere decir que ha llegado mi abogado?

—Todavía no, pero...

La mirada que le echó William dejaba claro que no pensaba abrir la boca si su abogado no estaba presente.

—Entonces no hay motivo para moverme de aquí, puesto que no contestaré a ninguna de sus preguntas sin mi abogado presente.

—Verá señor...

—Vera agente... No.

La expresión del hombre cambió, de la tranquilidad con la que la había obsequiado desde que entró, al más absoluto estado de defensa.

—¿No?

—No hablaré sin la presencia de mi abogado.

—Entonces es que tiene muchas cosas que ocultar.

Él sonrió de nuevo y por primera vez, sus pies se movieron hacia los barrotes, donde ella le hablaba al otro lado.

—Soy un hombre de muchos pecados, agente Campbell, pero no suelo responsabilizarme, ni permitir que otros me responsabilicen de cosas que no he hecho.

—Si fuera inocente hablaría.

—Pero si fuera listo, cosa que soy, esperaré a mi abogado.

Touché.

—Entonces lo esperaremos.

—No me cabe la menor duda de que cumpliré mis deseos.

Los dos se miraron a los ojos.

Meg no sabía que era, pero le entraron ganas de aporrearle con el informe que tenía entre manos.

—No estoy aquí para cumplir sus deseos.

—Ojalá no fuera el caso.

No fueron las palabras exactas, sino más bien como las dijo, lo que puso a Meg de color escarlata.

Maldito imbécil trajeado.

Apretó los labios.

—Cuando llegue su abogado, cantará. Le guste o no.

—¿Qué ritmo? ¿Le gusta la ópera? ¿o quizás un poco de jazz?

Ella se agarró a las rejas, perdiendo la paciencia. Sin querer había tirado el informe al suelo, y sus dos manos se agarraban a los barrotes mientras acercaba la cara al sospechoso.

William no retrocedió ni un paso, más bien se acercó a ella.

—¿Reggetón? —dijo alzando una ceja— Sí, seguro que debe ser todo un espectáculo perreando.

—¡Eres un maldito cabr...!

—Agente Campbell, el abogado del señor Wells ha llegado.

El magnate le lanzó una sonrisa lobuna.

—¿Ves? No sea impaciente. Ya podemos empezar.

Meg se apartó de las rejas y le sonrió.

—Por favor —le dijo, cambiando de actitud a una totalmente pasiva, que solo tendría una virginal dama de la regencia—, hable a solas con su abogado. Mañana le interrogaremos. Hoy ya he terminado mi turno.

A William se le borró la sonrisa de la cara.

—No puede hacer eso. Me sacaran de aquí enseguida.

Ella meneó la cabeza en señal de negación.

—Me temo que no —le dijo—. Tenemos una orden contra usted. Un testigo del todo fiable está tirando de la manta y destapando todos sus trapos sucios. Créame, dormido en el mullido banco de la comisaría, dentro de esa celda —señaló donde él estaba y se dio media vuelta—. Ha sido un

placer señor Wells.

Ahora quien estaba agarrado a los barrotes maldiciendo, era él.

Al salir de comisaría, Samantha estaba llorando a moco tendido en los brazos de la Juani, pero cuando vio salir una figura masculina del edificio, se paró en seco.

—¡Eres un maldito mentiroso! —gritó, a pleno pulmón.

Patrick la miró como si en verdad lo sintiera.

—Me han despedido, Sam. Por tener una relación contigo.

Ella dejó de llorar en seco.

—¿De verdad? ¿No me mientes?

Por supuesto que iba a mentirle, no tenía otra opción.

—No, no te miento —dijo, desviando la mirada.

La Juani le clavó la mirada sin estar satisfecha de lo que pasaba ante sus ojos. Ese *hislander* que tenía loquita a su amiga, estaba mintiendo, sus instintos gitanos así se lo decían. Entrecerró los ojos y estuvo a punto de decírselo a Samantha, pero se calló cuando vio que su amiga se abalanzaba sobre su poli buenorro y lo abrazaba.

¡Oh, me cago en la mar salá!

Sam estaba tan contenta... no podía aguarle la fiesta.

—¿De verdad te han echado? —preguntó Sam, haciendo un puchero— ¿Le has dicho a tu jefe que estábamos juntos?

Él vacilo y el ojo de águila de la Juani lo hizo balbucear.

—Yo, yo... no. Él vio de casualidad las fotos en mi móvil.

Ya, pensó la Juani, qué casualidad.

—No debiste mandarme mensajes al móvil de mi trabajo. Mi jefe no necesita orden para indagar en mi dispositivo y ver las fotos que me has estado mandando.

Mierda con las putas fotos, ¿por qué habría hecho caso a la Juani, que insistía en que le mandara carne? pensó Sam.

—Mi intención no era que te echaran.

—No. Ya lo sé —dijo entrecerrando los ojos—. Seguramente era echarme un polvo.

Samantha asintió con los ojos bien abiertos.

—Era exactamente eso.

Patrick suspiró.

—Pero no habrá polvo después de dejarme sin trabajo.

—Pero eso lo podemos arreglar. Quizás puedas pasarte al sector privado.

Patrick parpadeó.

—¿Qué demonios propones?

—Puedes ser mi guardaespaldas.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Lo que me faltaba!

Dos horas después, William debería admitir que esa pelirroja odiosa tenía razón. Iba a pasar la noche en comisaría.

—¿Cómo es posible?

Su abogado carraspeó.

—Señor Wells—empezó a decir el hombre—, el juez que dio la orden para el registro del contenedor, es el mismo que ha concedido retenerle un par de horas más a fin de terminar la declaración de uno de los testigos y que no tenga tiempo de destruir pruebas.

—¿Qué testigo? ¿Qué pruebas?

William estaba furioso, maldito fuera si sabía de qué estaban hablando.

—Alguien intenta incriminarme.

—Eso parece —asintió el abogado—. Al parecer, con tráfico de drogas.

Él caviló.

—¿Quien puede tener información a los transportes de la compañía, a los datos de importación y exportación?

El abogado se encogió de hombros, pero la pregunta no era para él, sino más bien para sí mismo.

—Señor, mañana a primera hora vendré a sacarlo de aquí.

William murmuró algo, pero le hizo una señal con la mano y el abogado desapareció. Se escuchó un golpe en la puerta y al guarda abriéndolo para que saliera. Cuando escuchó de nuevo la puerta cerrarse, se sentó solo en el banco de metal de la celda, solo arrullado por los suaves ronquidos de Morti.

William puso los ojos en blanco, no es que no soportara no estar en una de sus cómodas habitaciones de sus hoteles, en lugar de allí. No, lo que le comía vivo, era que alguien estaba intentando deshacerse de él, enviándolo a la cárcel.

No es que la lista de sus enemigos fuese corta, pero ¿quién?

Su exmujer. Sí, la muy zorra sería capaz, junto con Duncan McDowell, el primo de Samantha.

Se mesó los cabellos al pensar en la joven. ¿Qué habría sido de ella? La pobre, sin duda, no tenía nada que ver con aquello.

Se echó sobre el banco y puso un brazo sobre sus ojos. Necesitaba pensar en ello. Pero mientras estaba allí tumbado, solo acudió una imagen a su cabeza.

Una despampanante pelirroja de largas piernas y pechos de infarto. Y con unos ojos verdes que cortaban la respiración...

—¡Ah! —gimió de frustración y entonces se incorporó par dar otra vuelta por la celda, como una fiera enjaulada.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

—Buenas noches ¿está usted cómodo?

¡La pelirroja!

—¿No había terminado su turno?

—Solo quería darle las buenas noches —le guiñó un ojo y él quedó convencido de que tenerlo entre rejas le había alegrado la noche.

—No estaré mucho tiempo.

—El suficiente —dijo ella, sin perder la sonrisa.

De pronto, Meg se dio cuenta de que sobre el banco y cerca de las rejas donde ella estaba, había el perrito caliente con patatas que el muy embaucador, había hecho que Hobbs le trajera.

—¿No ha cenado? Pobrecito.

—¿Está bazofia? —le preguntó, William.

—Es un perrito caliente que te ha traído el bueno del agente Hobbs.

—Ojalá todos fueran tan amables como él.

—No estará insinuando que yo no he sido amable con usted —Meg meneó la cabeza fingiendo decepción.

—No me interesa su amabilidad, pero déjeme ser amable yo con usted.

William se acercó a ella y tomó la bandeja para ofrecerle el perrito con patatas.

—Que amable.

Ella le lanzó una sonrisa condescendiente y se acercó un poco más a él.

No dejó de mirarle a los ojos mientras cogía el perrito caliente.

Se metió un extremo del panecillo y la salchicha en la boca, y lo apretó contra el interior de su mejilla, después se introdujo el perrito caliente de una sentada, haciendo que el otro extremo chocara con el otro carrillo.

William casi se desmaya.

Joder, algo no iba bien.

Meg dibujó una sonrisa horizontal con la boca rebosante de salchicha y pan. Parecía un mapache glotón.

A William se le desencajó la mandíbula.

—Ya está —dijo, poco después de engullir la comida.

—Joder —esta vez sí lo dijo en voz alta.

Meg le sonrió, después de golpear la bandeja vacía.

William respiró con dificultad, aún con la bandeja en la mano. Sintió como un intenso calor inundaba sus mejillas y todo su cuerpo.

—Mierda —también notó la enorme erección que se peleaba con sus pantalones de pinzas.

La tenía más dura que nunca.

Dios, esto no puede estar pasándome.

—Que pases buenas noches —dijo Meg, por encima del hombro y sin echarle un último vistazo.

Menos mal.

Joder...

Oh, como odiaba a esa endiablada pelirroja.

18

Hacía un buen rato que Samantha había dejado de prestar atención a la serie de Netflix, *The Witcher*, donde salía uno de sus actores favoritos, llamado “La Trama”. No dejaba de mirar el teléfono y este parecía empeñado en no sonar, ni siquiera para recibir un mensaje, un emoticono, la foto de una polla...

—Menuda mierda, amiga.

La Juani, al ver a Sam tan triste, tapó el pintañas *Passion Fruit* y lo dejó en la mesa del comedor. Se acercó a ella, se dejó caer a su lado en el sofá y puso los pies sobre la mesilla auxiliar, aún puestos los algodoncillos en cada dedo del pie, para que se le secasen bien las uñas.

—Vamos, no soporto verte tan triste, *mi arma*. Tendremos que hacer algo al respecto.

—Pues solo podrías alegrarme con una cosa.

—¿Con el poli buenorro? —dijo la Juani, sin acabar de fiarse—. No sé si ese tipo *e mu bueno pa ti*.

Samantha la miró con ojitos tristes y la Juani puso los ojos en blanco.

—De acuerdoooo —dijo, levantándose del sofá, y caminando como un pato hasta llegar a su bolso peludo que se asemejaba a un caniche. Se puso a hurgar en él—. Como sabía que quizás no podías sacarte al poli de la cabeza, he hecho algo *pa ti*.

—¿El qué?

Los ojos de Samantha, grandes y brillantes, la miraron con adoración.

—¡Tengo la nueva dirección del poli! —dijo, agitando el papelito frente a su amiga— Como dijiste que había cambiado de casa y no sabías su nueva dirección. Y como el cabrón no te devuelve las llamadas.

—Es que he hecho que lo despidan...

—Bueno, no sé yo. Algo habrá hecho. No me puedo creer que lo despidan por salir con un pibón como tú.

—¡Dámelo! ¿Seguro que es su dirección?

Samantha saltó, cuando su amiga volvió a agitar el papelito frente a su cara.

—La dirección la ha *averiguao* el gitano hacker, *asín* que es cien por cien seguro de que es su casa.

—Oh Juani... Ahora solo tengo que convencerle para que se venga a trabajar para mí.

—¿Cómo guardaespaldas? No parecía muy convencido el *tiparraco*...

—¡Lo convenceremos! —dijo, como si se le hubiera ocurrido una gran idea— Ya sé que me ha dicho que *nanai del peluquín*... Pero...

—Anda mi *girufa* qué bien se expresa ya en castellano. Si solo te falta saber bailar por bulerías, porque perrear ya sabes, jodía. Recuerdo una vez en la que la prima de la Jessi se fue de *roneo* y apareció un payo con una guitarr...

Sam la hizo callar.

—¡Juani, céntrate! —Sam puso cara de intrigante—. Tenemos que poner en marcha la

operación *poli buenorro que vuela a la cazuela*.

La Juani soltó una carcajada.

—Tú dame ideas, guarrilla, que con ese título tengo yo *pa* hacerte una novela con polis buenorros y drones que no veas.

—Le he dicho a mi padre que me pague un guardaespaldas —Sam asintió, mientras le explicaba el plan—. Con la editorial ganamos, pero aquí el forrado es mi hermano y mis papis. No le pediré un guardaespaldas a mi brother, peeeero, mi papi seguro que me lo pone.

—Anda paya, ¿y quieres ponerte al Patricio las 24 horas del día *pa* ti sola? Anda que no sabes tú ni *na*...

—Pues claro, pero necesito una excusa para tener protección privada las 24 horas.

—Ay, ay, ay mi *arma*, que me huelo que esto será ilegal.

Samantha la ignoró.

—He pensado que, como tienes tus contactos con tu Cortés y sus primos, que igual ellos... me pueden organizar un mini-secuestro.

—Madre del amor *hermosos*. ¡He creado un monstruo!

—Venga... ¿No te parece buena idea? —dijo Sam, con ojos soñadores— Él aparecerá con su corcel blanco y las sirenas... todo color y brilli-brilli, y me salvará.

—Me parece que será mejor que intentes convencerlo sin secuestro.

—¿Por qué, mi *gitani*?

—Porque me conozco, *mi arma*. Me estoy emocionando y voy a hacer un secuestro con drones y helicópteros con petardos que lo vas *a* flipar. En Hollywood van a pedirme ideas *pa* sus *pinículas*.

La Juani no miraba a Samantha, ya se estaba imaginando que con un par de explosiones controladas, todo quedaría divino de la muerte.

—Y... tengo la *fragoneta* nueva de mi Cortés. Que está llena de mercancía... toda legal, por supuesto. Pero la vaciamos de *malacatones*, o te hacemos un huequito para meterte en ella y ya está. ¡Olé!

Samantha estaba que daba saltos en el sofá.

—¡Olé! —dijo, con su salero guiri—. Joder, que peliculón va a ser esto.

—Voy a gravarlo y tó, paya... esto se monta y hacemos una *pinícula dabuti*.

—¡Chachi piruli!

La Juani la miró raro.

—Ay paya, pasas mucho tiempo con Bel. Ese vocabulario tan *fisno* solo lo usábamos en *barrio sésamo*.

Tres horas después de bañarse, peinarse y depilarse todita, Sam estaba frente a la casa del poli buenorro, o al menos frente a la dirección que él Cortés le había dado.

Carraspeó, antes de llamar al timbre, y se alisó el pelazo para estar divina de la muerte para cuando él abriera la puerta.

Pero él no abrió la puerta.

—Mierda.

Entonces, se escabulló hacia la parte trasera con su minifalda de cuero rosa y sus zapatos de tacón de aguja.

La luz del porche trasero estaba encendida, pero cuando intentó tirar del pomo de la puerta,

esta no se abrió. Por fortuna, tenía sus mañas, mañas que Taylor le había enseñado una noche de borrachera en la que quería abrir el mini-bar de su hermano, donde guardaba el whisky añejo en la cabaña del lago Ness.

Con un toquecito de alambre por aquí y otro por allá. ¡¡Wala!!

¡Abierto!

Miró su horquilla para el pelo y alucinó pepinillos rosas.

—No puedo creer que lo haya abierto. ¡Yupiiii!

Pero ese era solo el primer paso. Eran prácticamente las doce de la noche. Ahora únicamente tenía que entrar, desnudarse y meterse en la cama con él. Seguro que estaba durmiendo profundamente y no había escuchado el timbre. O de lo contrario, significaría que no estaba. Entonces, lo esperaría en la cama... desnuda.

Hizo el gesto de la victoria y se apresuró a entrar.

Dos horas después, Sam roncaba bajo los cobertores de la cama de Patrick.

No la despertó sus pisadas, porque él tuvo cuidado de no hacer ruido, tampoco pudo despertarla la luz, puesto que Patrick no encendió ninguna, pues estaba dispuesto a pillar al ladrón, que había tropezado con un mueble, desplazándolo de su lugar, y se había tomado un vaso de vino blanco tan ricamente. Iba a pillarlo infraganti. Si es que conseguía dar con él...

Entró en el dormitorio y vio que había algo o alguien en su cama.

—¡Alto, policía!

El grito de Samantha podría haber despertado perfectamente a todo el vecindario.

—¿SAM?

Patrick abrió mucho los ojos. ¡No podía ser verdad!

—¿Patrick?! —dijo ella, alzando los brazos y dejando que la colcha cayera en su regazo—.

No dispares, lo que hay junto a mi en la cama no es una pistola.

Patrick miró sobre la cama y achicó los ojos.

Si no lo era, lo parecía.

Bajó el arma.

—¿Y qué demonios es?

—Mi *satisfayer pro*.

—No puedo que hayas sido capaz de forzar la puerta y entrar en mi casa —dijo Patrick, una vez recuperado del susto— Y mucho menos meterte desnuda en mi cama.

—Lo siento —ella hizo un puchero encantador.

Patrick y Sam ahora estaban en el salón, sentados uno al lado del otro.

Él le había dado a Samantha una de sus camisetas que a ella le llegaban hasta las rodillas.

—No quería asustarte.

Él la miró con escepticismo.

—¿Y qué pensabas que pasaría cuando te encontrara metida en mi cama... con un vibrador?

Sam soltó una risita.

—No te enfades, es que me aburría, y tardabas mucho.

—¿Y por eso usaste... tu juguetito?

—Es de la redada, nos los devolvieron esta mañana y cogí uno.

Patrick puso los ojos en blanco, no sabía si por pensar en la redada o porque todo aquello le

recordaba al embrollo donde se había metido.

—Patrick —dijo ella, acercándose más a él— ¿No vas a perdonarme que te hayan despedido por mi culpa?

Él cerró los ojos y se recostó contra los almohadones del sofá.

—Verás, Sam... yo...

¿Que iba a decirle? Era un imbécil. Se sentía culpable como nunca por haberla traicionado. Porque eso era exactamente lo que había hecho, traicionar su confianza. Estaba claro que ella jamás haría nada en contra de la ley, al menos nada tan deshonesto como el tráfico de drogas... escándalo público sí, incendiar una casa por accidente, también, pero no drogas.

Se sintió mal desde el momento que empezó a investigarla, y aún peor cuando se dio cuenta de que lo que había encontrado en su agenda podía perjudicarla.

—Sam, yo...

—Ssshhh —le dijo ella, poniéndole un dedo sobre los labios— ¿Y si los dos empezamos de nuevo? ¿Y si olvidamos lo de los últimos días?

—¿En serio podrías olvidar una redada y que te metieron en el calabozo y te interrogaron por mi culpa?

—¿Por qué por tu culpa? No sabías nada. Estoy convencida de que alguien va detrás de William. Es demasiado guapo y exitoso como para no tener enemigos.

Patrick bufó.

—Yo... no sé qué decirte.

—Pues no digas nada —dijo Sam por él— Solo quédate conmigo. Puedo pagarte como guardaespaldas.

—No necesitas uno.

—¡Te equivocas! —dijo, fingiéndose muy convencida.

Él la miró preocupado.

—¿Por qué necesitarás uno?

—Emmm... esto... porque tengo un acosador.

—¿Un acosador?

—Sí, sí —asintió vehemente, con la cabeza. Estaba dispuesta a convencerlo y hacer que se fuera a vivir con ella. La protegería mucho mejor desnudo desde su cama, que no desde el apartamento que ella había allanado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No le di importancia... —se mordió el labio, de forma sexy— pero... sí, creo que puede ser peligroso. —Patrick la miró verdaderamente preocupado— Si vinieras unas semanas -meses o años, pensó ella- a casa... quizás me sentiría más segura.

—Joder, Sam...

Ella no respondió, solo lo miró con ojitos, al más puro estilo del gato de Shreck.

—No, esa mirada no.

Sam se mordió el labio inferior y Patrick empezó a perder la cabeza. Y la acabó perdiendo del todo cuando ella sacó la lengua y se humedeció los labios, lentamente, con una sensual provocación.

—¿Sabes que me vuelves loco, gatita?

Samantha arrugó la nariz.

—¿Miau?

Fue ella quien, de un salto, se colocó a horcajadas sobre él.

—¿Quieres que ronronee de placer para ti?

Patrick la agarró por las nalgas.

—Nada me gustaría más...

Samantha se quitó la camiseta y expuso ante la cara de Patrick sus llenos y perfectos pechos. Él cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió, su iris estaba impregnado de deseo y pasión.

—Voy a comerte la boca, mientras tú me pellizcas los pezones.

Él no tuvo tiempo de responder que sí, porque ella se acercó y empezó a lamerle los labios, lentamente.

Patrick, en lugar de obedecer, se empezó a bajar los pantalones. Quería sentir el sexo de Samantha sobre su polla, aunque aún no se la fuese a meter.

Ella, que no llevaba bragas, notó la dura y caliente polla de Patrick y gimió contra sus labios.

—La quiero ya, dentro de mí— jadeó, en el instante en que se la metía.

Patrick contuvo un grito, en el momento en que sintió la vagina de Samantha, apretándolo. Luego, ella empezó a moverse, primero lentamente, hasta que empezó a aumentar el ritmo.

—Oh, nena... ¡Oh, Dios!

—¿Te gusta? —dijo Sam, moviéndose de nuevo con tortuosa lentitud.

—Me vuelves loco...

Samantha aumentó el ritmo de nuevo, y Patrick casi se muere de placer al ver sus preciosos pechos moviéndose de arriba abajo como dos gelatinas.

Cogió uno con la mano derecha, mientras con la izquierda agarraba las nalgas de Sam. Se introdujo el pezón en la boca y succionó.

—¡Ahhh! —gimió, Samantha, en el momento en que la mano de Patrick abandonaba la nalga para abrirse paso entre los labios que escondían el hinchado clítoris.

Lo masajeó, y empezó a notar como las paredes de su vagina se tensaban a cada punto.

—Estás muy caliente, gatita —le dijo Patrick, tras mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—¡Ahhh! —Sam gritó en el instante en que el orgasmo la recorrió de arriba abajo.

Patrick sonrió como un lobo, la cogió por las nalgas y se puso en pie.

Con ella en brazos, y aún metido dentro de ella, caminó varios metros hasta que la colocó sobre la mesa de la cocina.

—Oh, sí... —dijo Sam, mirando a ese hombre, tan perfecto, tan sexy, y con unos ojos tan azules que quitaban el hipo —Pero hazme el favor de quitarte la camisa, o te la arranco.

Patrick rio.

—Sus deseos son órdenes, princesa...

Se quitó la camisa y dejó expuesto el ancho y musculoso torso.

Samantha casi se muere con otro orgasmo, cuando él empezó a bombear en su interior.

—¿Te gusta?

—Más... ¡Más fuerte!

Él aumentó el ritmo. Sus músculos se tensaban por momentos, y su pecho, cubierto por una fina capa de vello, empezó a brillar de sudor.

—¿Así? —dijo él, dando una fuerte estocada, que provocó otro grito de Samantha.

—¡Ah, ah, ah! —ella pronunciaba un gemido con cada embestida—. Oh, si... ¡Oh!

—¿Te vas a correr otra vez, muñeca?

—Oh, sí...

Patrick la atrajo más contra sí y colocó sus esbeltas piernas sobre sus hombros, de forma que su polla entró mucho mejor en la cálida y estrecha cavidad de Samantha.

—Oh... ¡Ahhhh!

Samantha gritó, en el momento en que el segundo orgasmo la recorría de arriba abajo.

—Oh, nena... yo... yo también...

—¡No pares! —dijo Sam —¡No te detengas!

Él obedeció. Continuó bombeando, hasta que el éxtasis llegó.

Cuando se corrió, Sam lo miró a los ojos. No había visto jamás en nadie una expresión tan sexy.

—Dios, eres taaaaaaan guapo —Se incorporó, le dedicó una sonrisa y le apartó un mechón húmedo de la frente —Dale la enhorabuena a tu madre de mi parte, porque es una artista.

Él no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Esa mujer era encantadora, y sí, se había enamorado de ella.

Esa certeza hizo que su expresión se volviese seria de repente.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Pero él no tuvo tiempo de responder. Porque un sonoro golpe, seguido de unos pasos acelerados, y unos cristales rotos, los dejaron a ambos mudos.

—Espera aquí... —dijo Patrick, que se fue hasta el sofá y se puso los vaqueros.

Samantha no le hizo caso, y se bajó de la mesa. También se fue al sofá y se puso la camiseta.

—¿Crees que se trata de un ladrón? —Samantha, de pronto sonrió—. ¡Menos mal que estoy muy bien acompañada, con un agente de la ley.

Patrick se puso el dedo índice a la boca y la instó a callar, al tiempo que caminaba hacia el interruptor de la luz, y la apagaba.

Después caminó hacia el ventanal y se asomó.

—Oh, ¡mierda! —masculló, llevándose las manos a la cabeza.

Samantha se asomó por detrás de él, y pudo ver lo que estaba sucediendo.

Allí abajo, en el jardín, debajo de un árbol desnudo, había una mujer. Llevaba un camisón blanco, una larga melena negra y suelta le caía por los hombros, y miraba hacia arriba con cara de loca.

—Pe... pero... ¿Y esta quién es? —preguntó, Sam —Parece el fantasma de la curva.

Patrick miró a Sam.

—Es mi exmujer.

19

—Ay neni, no te me pongas *asín*. Que con el *polvazo* de ayer con el Patricio... Como *pa* tener esa cara, cuando hay otras que pasan hambre... Y no miro a *naide*...

—No miras a *naide* porque en este restaurante no hay ningún espejo —dijo, Sam, enfurruñada.

—Ay, mírala, qué bien habla *el* gitani —dijo, la Juani, toda orgullosa—. Amor de madre.

—Pero si acaba de decir que no follas... —dijo, Bel.

—*Pos*, es que es *verdá*. Tengo al *mario castigao*. Pero no *sus* preocupéis mis payas, que cuando le levante el castigo se oirán los gemidos de placer desde Irlanda.

—Ay, Juani, ¿y cómo va a estar la pobre Sam? —dijo Taylor, que había acudido junto con Bel a la llamada de emergencia de su amiga Sam, y estaban en su apartamento poniéndose ciegas de helado—. ¡Ayer la ex loca de Patrick le dio un susto de muerte a la pobre Sammy! ¡Y encima se le ha vuelto a escacharrar el móvil!

—Ahora tiene uno nuevo —apuntó, Bel— Uno de *anonimus*... —puso cara de intrigante.

—¡Como si no hubiese más polis buenorros en el mundo, paya! Yo te podría presentar a un par de guardias civiles que están *pa* secuestrarlos. Te lo digo, más que ná porque meterse en medio de una ex pirada, no es *mu* sano, que digamos...

—¡Yo quiero a mi Patrick, y lucharé por él hasta la muerte! —bramó, Sam, abriendo otro polo de limón. Ya llevaba cuatro y pronto le daría un ataque de diabetes— ¡La muy loca apareció en la habitación como un puto fantasma! ¡Y se me cayó el teléfono!

—Menos mal que se te cayó en el microondas, como la otra vez —apuntó, Juani.

—¿Por qué metiste el teléfono en el microondas, estás loca o qué? —soltó, Taylor.

—¡Porque un día por internet vi que era lo que había que hacer!

—Y dónde viste eso, ¿en foro-coches? —preguntó, Bel.

—A ver, payas, ya sé que Sam está mu mal, y que hay que consolarla, pero dejadme que os cuente una cosa *pa* alegraros la tarde. ¡Esperad, que voy a pedir un bote de helado, que la Sam ha *acabao* con los polos!

—¿Qué cosa, Juani? —preguntó Taylor, cuando la gitana le traía un bote entero de *estratachela* para ella.

—Miedo me da —aseveró, Bel.

—Cuenta, Juani... en estos momentos lo que más necesito es reírme un rato... —y venga lametazos al polo.

La Juani dio un golpe de melena y se preparó para *escenografiar* su intervención:

—*Pos*...

—Todo discurso de la Juani empieza con un *pos mira, miarma* —apuntó, Bel, entre risas.

—*Seeeee* —rieron las amigas.

—*Pos mira, miarma* —Hizo una pausa escénica, y continuó—. *Resurta de que*, como ahora escribo *fino*...

—¿Qué escribes qué?

—Déjala que siga, *miarma* —dijo Sam.

—Como ahora escribo en plan *finolis*, he *inventao* un nuevo coctel para el evento.

—¿Qué evento?

—¡RABO DE MULATO!

Todas aguardaron silencio, expectantes.

—¿El evento se llamará Rabo de Mulato? —preguntó, Sam, cogiendo una cucharada del bote de helado que sostenía Taylor.

—Sam, como sigas tragando así, te vas a poner como esta golondrina —Bel le enseñó la foto de un pingüino y Sam le sacó la lengua.

A todo esto, que la Juani seguía hablando.

—Rabo de mulato es un nuevo coctel que he *inventao*. Se sirve en vaso de tubo y lleva champán, *pa* darle el toque fino, y cerveza, *pa* darle el toque sexi-macarra, y coca-cola, *pa* darle el color marrón claro de la polla del mulato, con lo cual, arriba hay espumilla de la cerveza... cuando lo agarras con las manos, *asín*, parece que le estás haciendo un pajote al mulato, o una paja cubana, o una mamada...

—¡Juani! —gritó, Bel, que casi se atragantaba con su helado de vainilla.

—... Y cuando lo bebes, se te quedan los labios con la espumilla del champan... que parece que el mulato se ha corrido en tu cara. ¿No es la puta hostia?

—Pero... sigo intrigada con eso de escribir fino. ¿Qué significa?

—Pos... Eso es *irrelevantes*...

—¿Pero? ¿Qué?

—Solo diré dos palabras: Jane Brill.

—¿Jane Brill?

Las chicas estaban estupefactas.

—Sí, Jane, de Juani, ¿no lo pilláis? ¿Y brill? Payas, que os lo tienen que dar *tó masticao*...

—De todas formas, Juani... Sigo sin comprender lo del evento. ¿Para qué es?

—A ver, *miarma*, que tampoco es tan difícil *dentendér*... Ahora escribo fino, y quiero hacer un evento *pa* la presentación de mi nuevo libro, que será *tó* un exitazo. Pero eso es una *surprais*, que os desvelaré a su debido tiempo.

—¡No me lo puedo creer, Juani! —lloró, Samantha, mientras se sonaba los mocos—. ¡He descubierto que Patrick tiene una ex mujer pirada que lo acosa! ¡Os he llamado para que me consoléis, para que me traigáis helado! ¡Y cuando estás a punto de desvelar el súper secreto de escribir fino, vas y no lo dices? ¡Quiero saber el secreto! ¡Moriré del horror si no me lo cuentas!

—Pero, *mirarma*, ¿qué otra cosa puede ser más interesante que la polla de un mulato?

—¿La polla de Patrick, que jamás podré volver a disfrutar con gusto mientras esa mujer siga acosándolo, por ejemplo?

—*Pa* ti, pero *pa* mi no. Y eso de que jamás la podrás disfrutar con gusto, deja que lo ponga en duda...

—Juani —intervino, Bel, mientras se metía en la boca otra buena cucharada de helado. A este paso, el pingüino sería ella—: Si no quieres explicarnos el secreto de escribir fino con seudónimo, (que ya me imagino por dónde van los tiros) al menos explícanos lo del evento. ¿Qué quieres hacer?

La Juani se puso en posición de contar otra de sus historietas, y las chicas se acomodaron, y la miraron expectantes, mientras hacían buena cuenta de sus helados. Menos Samantha, que seguía

dándole al helado de Taylor y chupaba la cuchara como si no hubiese un mañana. Había momentos en los que pareciese que se fuese a atragantar...

—Bueno, los detalles del evento ya irán surgiendo. Ahora os quiero contar una súper idea que he tenido *pal* primer plato de la cena de gala.

—¡Cuenta, Juani!

—Una vez estuve en un campus de jóvenes emprendedores. Y una de las jornadas fue en la escuela de hostelería. Hicimos como una especie de másterchef. *Paprender* a trabajar en equipo, y polladas *desas* que no sirven *pa ná*. Pos el ejercicio era hacer un cachopo. ¿Sabéis lo que es, *payicas* mías, un cachopo?

—Pos... —Samantha puso cara de pensar que se trataba de algo súper enorme —¿Un *cachoalgo* gigante?

—Pos es como una especie de filete *empanao*, con jamón y queso por dentro.

—¡Ah, si! —exclamó, Bel—. Aquí lo llamamos *Cordonblue*.

—Claro, es que en Barcelona sois *mu* finos. Pos sí, un *cordonsblús*, o cachopo, es una especie de San Jacobo, pero que en vez de jamón york y queso de lonchas, se le mete ingredientes con *pedigree*. Y normalmente es enorme, que es lo que le da la gracia al plato.

—Eso, enooooorme —rio Taylor, que, no sabía por qué, pero aquello acabaría desembocando en una de las locuras de la Juani y ya se le anticipaba la risa.

—Pos eso, pos la idea de la jornada era que cada uno presentase una propuesta de cachopo. Y la más votada del grupo sería la que finalmente cocinaríamos entre todos...

—Lo veo venir... —Bel se tapó los ojos con las manos.

—...Y yo presenté al grupo, un *concespsto* novedoso.

—¡Madre de Dios! —Bel separó ligeramente los dedos que le mantenían los ojos tapados.

—...de cachopo *enrollao*...

—Ajá —Samantha ahora prestaba mucha atención, estaba intrigadísima, mientras lamía el polo con fruición.

—... y queso *vidiago* en el centro, que es *mu* de fundirse...

—Ajá— Samantha se había metido el polo hasta la garganta.

—... Así, cuando el cachopo se enfriase en el palto, el queso *vidiago* rezumaría por el extremo...

—Ajá...

—... Llame a mi obra, “cachopó”

Taylor la miró como si no comprendiese.

—¿Cachopó? ¿Por qué con tilde en la o?

—Niña, porque así le doy más énfasis... ¿no lo pillas? Cacho-PÓ. PÓ-PÓ-PÓ.

Bel abría ahora mucho los ojos. No se lo podía creer.

—Las onomatopeyas, *miarmas*, que ahora escribo fino, y sé lo que son... He hecho un curso de escritura creativa. Y por aquel entonces, en la escuela de turismo, ya apuntaba maneras. Luego me dio por el *márketing*...

—Y, ¿qué pasó después? —la interrumpió, Taylor, súper intrigada.

—Pos que no la votaron porque la consideraron muy porno.

—Pero a ver, hay una cosa que no entiendo —dijo Bel— ¿Como habrías hecho para que el cachopó solo se corriera el queso por uno de los lados?

—Pos taponando el otro —respondió Juani, como si fuese lo más obvio del mundo—. Haciendo con el “cachopo” las dobles de un burrito.

—Muy bien. Buena idea —Valoró, Sam, chupando la cuchara.

—Ya verás qué divertido será. Habrá corridas de cachopó y mandangas de mulatos por doquier. ¡Las brillis se volverán locas!

—No se, Juani, pero si ahora escribes *fino*, ¿no deberías escoger un menú más apropiado?

La Juani se quedó pensativa un rato.

—Pos va a ser que tienes razón, *miarma*.

—¡Pos yo quiero un Cachopó con Rabo de Mulato! —soltó Samantha—. ¿Qué, nos ponemos a cocinar, o qué?

—¡Eso! —soltó, Taylor— ¡No hay nada mejor para el mal de amores que alcohol, grasas, calorías, y un buen cachopo! ¡Todo eso, después de meternos entre pecho y espalda, tres botes de helado y cuatro polos!

—¡A comeeerrrr!

—A comer, pero poneros una servilleta en el cuello, que la corrida os dejará los vestidos perdidos.

Cuando terminaron de comer, se quedaron sentadas en las sillas del apartamento de Sam, como si estuviesen todas embarazadas.

—*Madredelamorhermoso...* —dijo, Juani—. No pienso volver a jalar así nunca más...

Acto seguido, la gitana eructó.

—¡Juaniiiiiii! —dijo, Sam—¿Por qué has hecho esoooo?

—*Mabía quedao aire, miarma*. Y mi abuela siempre decía que todo lo que entra, tiene que salir.

—¡Basta! —dijo, Bel—Creo que me voy al baño.

—¡Levanta la tapa del váter antes de vomitar! —gritó, Taylor, cuando Bel ya estaba abriendo la puerta.

Cuando Bel regresó, Taylor propuso lo siguiente:

—Chicas, deberíamos ir a pasear, al menos para bajar un poco la comida...

—Es verdad, estoy segura de que he engordado tres kilos en tan solo una tarde.

Las chicas se pusieron en marcha. Recogieron más o menos todo el apartamento, metieron los platos en el lavavajillas y salieron a dar un paseo.

Estaban bajando por las escaleras del edificio de Sam, cuando de repente, a Taylor casi le da un ictus...

—¡No me lo puedo creer! —susurró, casi sin voz.

Sus amigas la miraron, expectantes.

—¿Qué pasa? —preguntó, Sam.

—¿A quién has visto? —preguntó, Bel.

—¿A quién hay que matar? —soltó la Juani, poniendo pose de James Bond.

A Taylor se le cayó la mandíbula al suelo.

Cuando logró encajársela de nuevo, dijo:

—¡Es el folla-primas!

—¿Dónde? —preguntaron todas, al unísono.

Taylor señaló con el dedo a su ex, que iba con su prima, quien empujaba un cochecito con un bebé.

La Juani se llevó las manos a la cara, y se tapó la boca.

—*Por los clavos de Cristo...* ¡*Tié* un churumbel, y también está *preñá!*

Luego cogió a Sam por el brazo, y la apartó unos metros, dejando que Bel consolase a Taylor, que de repente parecía que se estuviese replanteando su relación con Marcus, con quién aún no se había casado, mucho menos planear tener hijos, mientras que el folla-primas ya iba a por el segundo.

—*Cusha, miarma...* —La Juani miró para todos lados, no fuera a ser que hubiesen micros policiales, o cámaras, o a saber qué...

—¿Qué? —dijo, Sam— ¿Has visto a la loca esa?

—No, no la he visto... pero tenemos que empezar a planear ya el secuestro. *Asín* que, esta noche no te vayas con el Patricio, te me quedas en casa *pa* ultimar los detalles de la operación: *Polla Maestra*.

—¡Polla maestra, polla maestra! —empezó a dar saltos, Samantha, ante la mirada de sus amigas—. ¡Me encanta!

20

—PaquiDron1, llamando a JaneDron2 ¿Me recibes? —dijo la Juani, escondida en la furgoneta de los primos.

—Alto y claro —respondió Sam, por los walkie talkies—. ¿Cuando empieza la acción?

—Tengo el dron calentito. Cambio —La Juani soltó una risita. Eso era muy emocionante.

—¿Qué dicen los *gypsy*? —preguntó Samantha, interesada en saber si todo iba según lo previsto.

—Los primos dicen que estás *mu* buena, y que no entienden por qué quieres a un madero.

—¿Un madero? —preguntó, Sam desconcertada —¿Eso que es? ¿No es un leño?

—Te lo dije el otro día, paya: Es un poli.

—Ah, ya, ya... —De “ya” nada, Sam no tenía ni idea—. Pues diles que lo quiero para follar y *pa* más cosas.

—Sí, *mi arma*, si eso me ha quedado claro. Se *los* he dicho, pero dicen que es una pena que no te gusten más morenitos.

—Me pone el highlander con uniforme ¡Me pone *verraca!* —apuntilló Sam.

—Como dominamos el idioma, *miarma*.

La Juani se pudo a dar palmas tras apagar el walkie.

—Bueno, y lo importante, ¿cómo lo llevas?

Samantha se miró en el espejo del despacho de Sexy Orgasmic.

Todo estaba dispuesto para la acción. Y ella, no iba a ser la excepción.

—Estoy divina de la muerte.

Se había peinado a lo Marilyn Monroe, y pintado los labios rojos con Passion Fruit, al igual que las uñas. Llevaba un vestido también rojo con minifalda, que se ajustaba a sus perfectas curvas y mostraba sus impresionantes piernas. Los zapatos de tacón de quince centímetros, dorados, a juego con el bolso, y un abrigo de piel sintética blanco.

—¡Qué buena estoy! ¡Qué guapa soy y que tipo tengo! —Sam se llevó la palma de su mano a los labios, la besó y luego sopló, enviando el beso hacia el reflejo del espejo—. ¡Me amo!

Luego cogió el walkie, y le dijo a la Juani:

—Aquí PaquiDron. Cambio. ¿me recibes?

—JaneDron2, te recibo. Cambio.

—Ya estoy preparada para la acción.

Samantha metió el walkie en el bolso, abandonó su despacho, y empezó a caminar en plan chica bond hacia el ascensor. Mientras cruzaba el pasillo, si hubiese habido música de fondo habría sonado la canción de misión imposible y el plano habría sido una cámara lenta arrastrada por un *travelling* frontal.

Se detuvo, dio un golpe de melena, y alzó la muñeca izquierda, elegantemente, para ver la hora.

Eran las nueve y treinta de la noche.

Miró a su alrededor: las oficinas estaban todas vacías, a excepción de los guardias de seguridad y el personal de limpieza. Miró a las cámaras de seguridad y sonrió: Le interesaba que quedase todo grabado en los vídeos de seguridad, para que papi lo viese. Papi tenía que verlo, para aceptar pagarle un guardaespaldas. Igualmente, la Juani y sus gitanos tenían también previsto este punto, crucial para la misión: Un dron con cámara de alta definición ya se encontraba sobrevolando por las inmediaciones. Y pilotado, ni más ni menos que por el primo del Cortés, el Rey Gitano de los Hackers.

Samantha pulsó el interruptor del ascensor y se puso las gafas de sol.

Sonrió, malévola.

El *show* estaba a punto de comenzar.

Cuando salió del edificio, las puertas de cristal se cerraron tras ella.

Se colocó en la posición indicada. En la calle había un montón de gente. Samantha sonrió, pues el gitano hacker había avisado incluso a la prensa, que no tardaría en llegar, diciendo que Samantha tenía que hacer unas declaraciones importantes debido a su detención.

Sonrió para sus adentros. Tenía que hacer tiempo, y las cámaras tenían que grabarla lo mejor posible, pues esa era la mejor actuación de su vida. Así que se sacó una elegante pitillera de oro blanco del bolso, extrajo de ella un cigarro y lo colocó en una boquilla de quince centímetros. Con la clase y la elegancia de Lauren Bacall, sacó un mechero, encendió el cigarro y expulsó el humo, lentamente.

En aquellos momentos, llegó el coche de prensa.

Sam tiró el cigarro al suelo y lo pisó con la punta del zapato, al más puro estilo Olivia Newton-Jhon en *Grease*.

Luego se bajó las gafas de sol, colocándose las en el puente de la nariz, y se llevó la mano a la oreja: allí llevaba un pinganillo conectado al sistema radiofónico del walkie.

—¿JaneDron2?

Nada, que la Juani no decía ni mu.

—¿Mi gitani?

Cuando los periodistas y fotógrafos salieron de los coches de prensa, justo en ese mismo instante, apareció de la nada un helicóptero.

—¡Oh, mirad! —decían los viandantes, que se habían quedado estupefactos—. ¿Estarán rodando una película?

—¡Oh, sí! —dijo una chica, que empezó a hacer fotos por el móvil y subirlas al *Instagram* — ¡Mira la rubia, parece una actriz!

Samantha no cabía en sí de gozo y se puso a hacer posturitas.

Hasta que, del helicóptero, que ya estaba a unos cien metros de altura -*Menos mal que aquí no hay rascacielos*, pensó Sam, *porque el trasto ya se habría descoñado*-, apareció una cuerda casi invisible.

—¡Olé, mi gitani! —dijo Sam, intentando no expresar en el rostro la emoción que sentía de ver que la Juani era la puta ama.

Porque, en efecto, de la cuerda empezó a descolgarse un cuerpo femenino, embutido en un traje de cuero negro, muy parecido al de KatWoman, con la única diferencia que el de la Juani no

llevaba rabo ni tampoco orejas en el antifaz. Eso sí, llevaba un moño perfecto, con un florón rojo en el pelo.

—Antes muerta que *sensilla*... —empezó a cantar Sam, apretándose la oreja, para activar el pinganillo, mientras la Juani bajaba por la cuerda.

—Ay que *sensilla*, ay que *sensilla*... —empezó a decir Juani, tras saltar cual súper-heroína y caer, haciendo una lateral, luego tres volteretas, y una patada voladora de Taekwondo.

—¡Presumida! —masculló Sam por el pinganillo, dando un golpe de melena.

La Juani se puso en posición, no sin antes mirar de reojo a los periodistas, que ya estaban haciendo fotos, y la estaban dejando medio cegata, por cierto.

—¡Alto ahí! —gritó la Juani, recolocándose el florón del moño

Samantha no se iba a quedar atrás en el teatro, así que dejó caer el bolso al suelo y se llevó las manos a la cara, con una pose que había ensayado hasta la saciedad en el espejo.

—¡Oh, no! —gritó, mirando también de reojo a los fotógrafos.

A todo esto, el dron con la cámara de alta definición hizo acto de presencia, grabándolo todo en un plano cenital.

Entonces, la Juani corrió hacia Samantha, se colocó tras ella y desfundó un consolador rosa del cinturón, poniéndoselo en el cuello.

—¡Esto es un secuestro!

—¡SOCORRO! —Gritaba Samantha— ¡AUXILIO! —Esta vez le salió un gallo, y se aclaró la voz— ¡ME ESTÁN SECUESTRANDO!

Los periodistas venga a hacer fotos, en lugar de ayudar. Y los viandantes, flipando, grabándolo todo con el móvil y subiéndolo a las redes sociales. Esa misma noche, aquello sería *trending topic*.

Pero la cosa no acabó ahí. De repente, apareció una furgoneta negra, parecida a la del Equipo A, y de ella salieron siete tipos vestidos de negro y con unas caretas del Pato Donald. Menos uno, que la llevaba del Pato Lucas, para hacer la contraria.

Los tipos enmascarados corrieron hacia Samantha, la cogieron y la metieron en la furgoneta, mientras ella no paraba de gritar y de patalear como una loca.

Cuando todos estuvieron dentro, la furgoneta se marchó de la calle, dejándose las gomas en el asfalto.

Una hora después, la Juani y la Sam estaban en el apartamento de la supuesta secuestrada, hartándose de helado de dulce de leche y mirando los vídeos que la gente había colgado en el Facebook.

—Esto está *mu* bien, pero el vídeo del primo del Cortés ha *quedao* mejor. ¡Una maravilla del séptimo arte! —dijo la Juani—. Esto se lo enseñas a tu papi y te pone vigilancia las 24 horas y hasta le obliga a dormir en tu cama por si las moscas.

—Ojalá —rogó Sam, metiéndose una cucharada en la boca.

—Ya te digo. ¡Mira, mira, mira! —dijo, señalando el vídeo del secuestro— Aquí, el otro primo del Cortés te levanta y casi se te ve *tó* el pitorro. ¡Asssh! ¡Qué guapa quedas en la tele, jodía!

—Pero tú tampoco has estado nada mal. ¡Parecías sacada de un cómic de esos que e pirran tanto a Bel!

—¿A que sí, *miarma*?

—Sí, parece todo muy real.

—¡Mira, mira, mira, lo bien que gritas en plan novia de King Kong! Pero aquí *ta salio* un gallo. Y ala, ya estás en la *fragoneta* —Sam se descojonaba de la risa con la Juani recordando la escena— Y ahora intenta arrancar y sales corriendo con tus estileto *plateaos*.

—Son una monada. ¿Verdad?

—Estás *mu fisna*. Ahí corres, y al otro primo le metes una patada en la entrepierna y sigues corriendo. ¡Oy, oy, oy, *mu bien*! Por cierto que el primo dice que no vuelve a hacer de actor *pa* nosotras, que le duelen los cataplínes de incrustarle la puntera en el escroto.

—Es que me metí mucho en el papel.

La Juani asintió.

—Pero al menos ya sabemos que nunca nadie tendrá oportunidad de secuestrarte sin perder las cojoneras.

—Por cierto —dijo Sam, con sonrisa malévolá —, me pregunto qué cara pondrá Patrick cuando entre en el Facebook y vea las imágenes de mi secuestro.

Las dos amigas se doblaron de la risa al pensar en eso.

21

El día esperado, el evento en el que presentarían el libro de Taylor, “Mi sexy cowboy” había llegado al fin.

Las oficinas de SexyOrgasmic estaban relucientes, no únicamente de limpias, sino que, literalmente “brillaban”. Y es que las ideas de la Juani, parecían de bombero, pero al final acababan siendo de lo más útil y original del mundo.

—Cuando nos contaste aquel rollo chungo sobre la pintura de carretera, en ningún momento llegué a pensar que se podría hacer algo tan chulo con eso —le dijo Bel a la Juani —¡Ha quedado impresionante!

—*Miarma*, que la artista eres tú, mira que *tó* guapo y brillante lo has *dejao*.

—Sí, pero la idea fue tuya. Eres toda una inspiración, Juani —le dijo Bel, abrazando a la bella gitana—, no sé qué sería de las chicas brilli-brilli sin ti. Eres el alma de todas nosotras.

—¡Ay, *miarma*, ven pacá— La Juani cogió a Bel y le dio dos sonoros besos, uno en cada mejilla—. Tú si que eres un bombón!

Y es que tal y como decía Bel, quien se había encargado de la decoración, las oficinas de Sexy Orgasmic lucían espectaculares.

Era una artista y había mezclado la pintura de carretera con pintura de pared, como si fuese un cuadro. Los lugares donde había pintura reflectante, brillaban por sí solos. Y todo, absolutamente todo a su alrededor, mobiliario, lámparas, alfombras, espejos, todo era de temática erótica, incluso los tentempiés.

En ese momento apareció Duncan, con su seriedad habitual. Pero de pronto sonrió, e iluminó a todos, especialmente a “todas” las allí presentes. Cogió a Bel por la cintura y miró a la Juani.

—Mi Elisabeth tiene un talento excepcional —valoró. Y miró a Bel—. Enhorabuena, cariño.

Bel miró a su prometido, arrugó la nariz y, acto seguido, se colgó de su cuello con los brazos y le besó.

En ese momento apareció Samantha.

Estaba guapísima con un traje de lentejuelas doradas y zapatos a juego.

—Ay, *mírala* a la paya, que parece una burbujita de champán.

Sam corrió hacia la Juani. Justo detrás de ella, estaba su guarda espaldas, el señor Patrick McGregor, quién se quedó a una distancia prudencial, cuando las dos amigas se reunieron.

—Al final lo has conseguido, ¿eh, *miarma*? —dijo Juani, con sonrisa pícaro —, me pregunto qué cara puso cuando vio *tó* el teatro.

Samantha se acercó a Juani, y le dijo algo al oído.

—Me llamó inmediatamente para preguntarme si estaba bien.

—Que encanto de payo.

—Bueno, en realidad no le pude coger el teléfono enseguida, tuve que esperar varias horas con el teléfono apagado, para hacerlo más creíble, claro...

—Ya, eso fue idea del primo. Hiciste bien, porque *sinos* habría *cantao* por *soleares*.

—...Así que cuando finalmente se lo cogí... —Samantha se giró, y le echó un vistazo a Patrick, que la miraba en aquellos momentos con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados— ... se puso a gritar como una bestia, diciendo que, cuando cogiese al autor del secuestro, lo iba a destripar...

—Normal... debía *destar mu preocupao*. Pobre Patricio... Pero no te preocupes, rubia, que nunca sabrá *na* de *na*. El primo del Cortés es como un súper héroe gitano, el *Batman* del arrabal. El súper gitano. Ya ha borrado *toas* las huellas, incluso ha *mandao* quemar la *fragoneta* del primo segundo, que por algo lo llaman el Montoya, que siempre hace lo que le sale de la polla.

—¿Cómo, me acabas de revelar el apellido del gitano hacker, del primo del Cortés?

La Juani abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca. Cuando estuvo respuesta, miró hacia todos lados, para asegurarse de que nadie la estaba espiando.

—Si no olvidas lo que *tacabo* de contar, tendré que llevarte a un *exocistas pa* que te haga una regresión y *te se* borre la memoria. Pero, vayamos a lo importante: ¿Qué pasó después con el Patricio?

—*Pos...* —dijo Sam, intentando imitar cutremente el acento de la Juani—. Que vino *pa* la casa y...

—Follasteis como conejos, no me cuentes *ná*, que estoy de sequía. ¡Ui, mira, *miarma*, que ya llega la Taylor, con *tó* su glamur. ¡Ole, ole y ole!

—¡Olé! —añadió, Samantha.

En ese momento Taylor, subió los escalones de la tarima, dónde haría su pequeño discurso. El público, un nutrido grupo de chicas, y también algún que otro chico, fans de las novelas de SexyOrgasmic, empezaron a aplaudir, emocionados.

A primera línea se encontraba Marcus, que miraba orgulloso a su prometida. No muy lejos de él, Bel y Duncan iban cogidos de la mano y compartían miradas de complicidad.

Samantha se mordió el labio y miró de reojo a Patrick, quién continuó con gesto imperturbable. Desde luego que ese hombre llevaba en las venas la disciplina policial...

Pero Sam se sintió sola, porque le habría encantado que Patrick estuviese junto a ella como su pareja, cogiéndola de la mano, mirándola con los mismos ojos con que Duncan y Marcus miraban a sus parejas, y no a tres metros de distancia, con un traje negro, un pinganillo en la oreja, haciendo de guarda espaldas, por muy sexy que eso pudiera ser.

—Queridas amigas —empezó a decir, Taylor, mientras el público aplaudía—. Y amigos, por supuesto —añadió, mirando con complicidad a los chicos fans, que de pronto se pusieron a aplaudirla y a vitorearla como locos. Edwin, que también estaba allí con un traje, como no, de color fucsia, gritó:

—¡Guapaaaaaa! ¡Sexyyyy!

Taylor lucía una sonrisa de oreja a oreja, estaba súper feliz.

—En primer lugar, quiero daros las gracias a todos, por venir, y especialmente por leer mis libros.

—¡Porque son una pasadaaaaaa! —gritó una chica, que no paraba de dar saltos, emocionada.

—Gracias otra vez —dijo, Taylor—. Es que sin vosotras, y sin vosotros, nada de todo esto habría sido posible. Sois vosotras quienes colocáis mis novelas en el número uno de los más vendidos, y quienes, con vuestros comentarios, me animan a seguir escribiendo.

—¡Eres la mejooooorrrr!

—Pero también quiero agradecerle a Bel Roig, el magnífico trabajo que ha hecho con la portada de mi nuevo libro, que se publicará en breve, y se titulará: *Un sexy cowboy*. Por favor,

Bel, haz los honores.

Mientras Bel subía al escenario, presentaba la portada de la novela de Taylor, y el público emitía un sonoro: “Ohhh” Patrick se acercó a Sam.

—Vaya, no tenía ni idea de que tu socia fuese una súper ventas.

Samantha entrecerró los ojos.

—Pues si hubieses investigado un poco, te habrías dado cuenta de que en ningún momento cometí nada ilegal, y que todo el capital de SexyOrgasmic está justificado.

—No es tan simple, Samantha...

Samantha miró a Patrick, con el ceño fruncido.

—Sí, ya... Por eso me trataste como a una delincuente.

—Si me he de pasar la vida pidiendo perdón por eso, lo haré.

Sam lo miró por encima del hombro, y alzó la ceja izquierda, en plan Scarlett O’Hara.

—Psé...—respondió, y regresó la vista a Taylor.

Pero él la cogió por el hombro y la obligó a darse la vuelta.

—Hace dos noches, cuando te secuestraron... yo... Incluso lo retransmitieron en directo, en Instagram...

Samantha alzó esta vez la ceja derecha.

—Me gustaría escuchar el discurso de mi socia y amiga —dijo, intentando contener la risa, al recordar a la Juani descolgándose del helicóptero, en plan Misión Imposible.

—Por supuesto —dijo, Patrick, dando un paso atrás, como buen guarda espaldas que era.

Samantha, sintiéndose un poco culpable por la dureza de sus palabras, le guiñó un ojo y añadió:

—Nos vemos después, cuando todo esto acabe ¿en mi despacho?

Patrick no pudo evitar sonreír como un lobo.

—Por supuesto.

—Y ahora —dijo, Taylor—, tengo algo muy importante que anunciar.

Todos miraron a la autora del momento, expectantes.

Y la sorpresa fue mayúscula cuando a la tarima subió...

¡La Juani!

—Ella es... Juani Cort...

La glamurosa gitana, subió las escaleras de la tarima, con unos taconazos rojos que llevaban un florón en la punta. Llevaba un vestido impresionante, rojo, como no, todo lleno de brilli-brilli, de corte sirena hasta debajo de las rodillas, con desordenados volantes que se movían graciosamente a cada paso que daba. Llevaba los hombros desnudos y un collar de perlas negras, enormes, colgando del cuello. Y por supuesto, un florón en el moño.

—La Juani, a secas, *miarma* —dijo, cogiendo el micro, y mirando a todos y a cada uno de los asistentes, con una cara de felicidad que *pa qué*—. *Ai dont espic mucho inglis pitinglis*, así que La Taylor, *translitchin, transluchin ¿transformers...?*

—Translate, Juani —añadió Taylor, a punto de morir de risa.

—Perfect, *miarma*, perfect. Tu *transluchin*, que yo *parloteing*, que *pa* eso estoy aquí —La Juani hizo un gracioso movimiento con el culo, taconeó varias veces, y luego empezó a darle golpes al micro, momento durante el cual, los asistentes se taparon las orejas, pues se escuchó un horrible y molesto *piiiiiiiiiiiiiiiii*.

—Ay, mare mía, que casi me quedo sin tímpanos... *Transluchin*, Taylor, diles que casi me *quedao* sorda. Bueno, no, que *tontá*, es *irrelevantes*.

Samantha intervino, porque la Juani ya se estaba saliendo del guion.

—¡Juaaani, Juaaani, Juaaani, Juaaani, Juaaani!

Y a todo esto, todos empezaron a vitorearla. La Juani no podía estar más feliz que una perdiz.

—Bueno —empezó a decir de nuevo, mientras Taylor iba traduciendo al inglés—. La verdá es que, conste, primeramente, que no he querido, palabrica del niño Jesús, que mi intención no ha sido, por nada der mundo, arresbatarles el protagonismo a la Taylor, que ha escrito un NOVELÓN, así en mayúsculas. Ese pedazo de maromo de Cowboy, está pa mojar pan y rebañar el plato. Pero como es tan buena niña, ma dao la oportunidad de anunciar que yo, La Juani, ahora escribo fino — La Juani miró a Taylor—. *Transformer, plis. Ma dao* por escribir, en fino.. Con el *seudosnimus* de Jane Brill.

Tras la traducción de Taylor, los allí presentes irrumpieron en vítores. Samantha y Bel, la miraron sorprendidas. Conocían a Jane Brill, bueno, conocían su novela, Lobo Blanco, una preciosa novela histórica que meses atrás había auto-publicado en Amazon, y que había recibido muy buenas críticas.

—¡Viva Jane Brill! —gritó, Sam.

—¡Bravo! —gritaron todos los fans.

—Jane, de Juani, y Brill, de brilli-brilli —aclaró, orgullosa, La Juani. Y ahora, sin más dilación, os enviaré al chat de la página de la editorial, el enlace de mi novela, *pa* que la podáis leer y disfrutar. Porque tiene una trama... ¡que *pa qué!*

El enlace llegó a los móviles de los asistentes, quienes se la descargaron sin más dilación: https://www.amazon.es/dp/B08BG7CNJW/ref=dp-kindle-redirect?_encoding=UTF8&btkr=1

—Y ahora sí, *sus* de *miarmas*, con la buena de Taylor Salas. ¡A disfrutar de la fiesta!

Cuando la Juani bajó del escenario, una horda de fans, que ya se habían comparado el libro, la rodearon para pedirle el autógrafo.

Samantha, feliz, se acercó a Taylor, que en aquellos momentos estaba con Marcus, su prometido, y con Bel y Duncan.

—¡Qué *callao* se lo tenía, la *tiparraca!* —dijo, en español.

Taylor sonrió, orgullosa.

—Yo ya lo sabía —dijo, contenta.

—Mira que me gustó el libro —dijo, Bel—, pero no puedo decir que me sorprenda, porque La Juani si algo tiene, es que es imprevisible.

—Sí, así es —dijo, Edwin, que se acababa de unir al grupo de las brillis, con un cóctel, como no, fucsia en las manos.

La fiesta posterior transcurrió como estaba previsto: Las paredes de la oficina brillaban con glamour, los camareros, vestidos de cowboys sexys, repartían tentempiés de mini *cachopós* que al comerlos expulsaban el queso a toda velocidad, y de postre, flanes y gelatinas con formas sexys. Y el cóctel que más éxito tuvo, y que La Juani había creado y patentado, RABO DE MULATO, hizo las delicias de los asistentes y provocó que más de uno se bebiese el agua de los jarrones.

Samantha, en un momento dado, le dedicó una mirada a su guardaespaldas. Éste, la siguió hasta un despacho aislado de todo el barullo.

Ella lo esperó, sentada con las piernas cruzadas, en un precioso *chester* de terciopelo de color rosa. En la mano sostenía un Martini.

Patrick se quedó mudo al verla, e inmediatamente después, se le puso la polla más dura que una piedra.

Samantha, al ver la tienda de campaña que se acababa de formar en el pantalón de su guardaespaldas, sonrió, coqueta. Luego, cogió el mando del aire acondicionado, y bajó la temperatura unos tres grados.

—¿Sabes? —empezó a decir, abanicándose con la mano—. Desde que has entrado, ha subido la temperatura.

—No deberíamos follar ahora, estoy trabajando.

—Yo pago, así que cumplirás mis normas —dijo, ella, poniéndose en pie, y acercándose a él, meneando las caderas de forma sexy.

Patrick pensó que iba a estallarle la tela del pantalón, de un momento a otro. No le parecía correcto follar estando de servicio, pero a decir verdad, no es que no se hubiese saltado esa norma, una y otra vez.

Ella se acercó a él, lentamente, y sin apartar la mirada de la suya.

Dios, él estaba increíblemente sexy, con ese traje negro, camisa blanca y corbata ajustada al cuello.

—Oh... esa corbata... me molesta —dijo, mientras, con suavidad, iba deshaciendo el nudo.

Patrick tragó saliva, cuando ella tiró su corbata al suelo, y empezó a desabrocharle los botones de la camisa, uno a uno. Notaba los dedos de Samantha, acariciándole la piel del pecho. Cuando acabó con el último botón, lo miró con picardía, al tiempo que rozaba con los dedos la hebilla del cinturón. Pero no llegó a desabrochárselo, porque subió las manos hasta sus hombros, y, muy despacio, le quitó la chaqueta, y luego la camisa.

Él alzó las manos para tocarla, pero ella se lo impidió.

—Oh, no, no... No, mi highlander, ahora la que manda soy yo —dijo, acercando los labios a su boca, pero sin llegar a besarle.

—Vas a matarme, Sam... ¿Lo sabes?

—Lo sé. Voy a matarte, pero de placer... Hmmm —gimió ella, justo antes de posar los labios en el robusto cuello de Patrick.

Le lamió el cuello, luego le llegó el turno el lóbulo de su oreja, mientras, esta vez sí, empezaba a desabrocharle la hebilla del pantalón.

Patrick gruñó, y acercó las caderas a las de ella, buscando su contacto. Sam, esta vez llegó hasta la boca del highlander y le lamió los labios. Luego, sonrió, pícara.

Empezó a besarle el hombro, mientras con los dedos, Sam le pellizcaba los pezones. Patrick respiraba con rapidez, su pecho subía y bajaba, y se empezaba a perlar de sudor, mientras sentía los labios de Samantha, y su lengua, exploraban su piel. Bajó por el pecho, llegó a las abdominales, y cuando finalmente, y ya arrodillada, llegó al pantalón, alzó la vista y lo miró, de forma erótica.

—Voy a comerte —dijo, bajándole los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos, descubriendo su enorme y dura polla—. Entero.

Y eso hizo.

Cogió el enorme y duro miembro de Patrick, y se lo introdujo en la boca.

—Ahh... dios... —gimió, él, mientras Samantha chupaba, succionaba, y lamía el glande.

—¿Te gusta? —preguntó, ella, agarrándolo por los testículos.

Él la agarró por la melena, y la guio de nuevo hacia su miembro erecto.

—Oh, sí... nena... Sí...

Mientras Sam se introducía la polla de Patrick en la boca, no apartaba la vista de él. Su expresión de éxtasis era tan sexy, que por poco tuvo un orgasmo.

—Dios, para...

Ella no obedeció del todo, pero se sacó la polla de la boca y lamió el glande varias veces. Luego, con el dedo índice, capturó una gota de semen y se introdujo el dedo en la boca, y lo saboreó.

—Hmmm —gimió, mirando a Patrick con una expresión tan erótica, que por poco le provocó un potente orgasmo.

Eso fue más de lo que Patrick pudo soportar.

—Ponte en pie —ordenó.

Ella obedeció.

Él la cogió por la cintura, la atrajo contra sí, y la besó con exacerbada pasión. Luego, con los labios a un centímetro de los de Sam, le dijo:

—Ahora tú me obedecerás a mi, muñeca...

Samantha gimió, en el momento en que él la obligó a darse la vuelta.

Sin mayores preámbulos, él la empujó contra la pared, le levantó la falda del vestido, le bajó las bragas y las medias, y la empaló con fuerza.

—Ah... —gritó, Sam, apoyando las palmas de las manos contra la pared.

Él le rodeaba la cintura con el brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha, se abría paso con los dedos por su hinchada vulva.

El placer que estaba experimentando Sam, mientras la enorme y ancha polla de Patrick la invadía y sus expertos dedos le pellizcaban el hinchado clítoris, jamás lo había vivido antes.

—Oh, dios mío —gritó ella, cuando él intensificó el bombeo—. ¡Más rápido! Oh, sí... Ahhhh

Samantha pegó más las palmas de las manos contra la pared, y alzó más el trasero, también separó más las piernas, de esa forma, los dedos de Patrick tuvieron más espacio para regalarle lo que fue el mejor orgasmo de su vida.

—¡Aaahhhhhh! Patrick... Ahhh...

Un orgasmo que duró casi treinta segundos, pues Patrick no le dio tregua, porque justo cuando se estaba corriendo, empezó a penetrarla muy despacio, provocándole espasmos, rozándola en sitios donde antes ni tan siquiera sabía que existían. Y al mismo tiempo, le pellizcaba el clítoris, y trazaba círculos, con tortuosa suavidad.

Cuando él notó que Samantha ya no podía correrse más, que las paredes de su vagina no podían estar más tensas, salió de su interior y la cogió en brazos.

—Oh, Patrick... No te detengas ahora... —gemía Samantha, mientras él la llevaba en volandas y la colocaba sobre el enorme escritorio del despacho.

—Aún no he terminado contigo, diablesa...

Y fue cierto. La colocó sobre el escritorio, la abrió de piernas, y le introdujo el dedo índice, lentamente.

Luego, se acercó a su sexo, y empezó a lamerla.

Samantha lo agarró del pelo y tiró de él.

—Ahhh, dios... ¡Patrick, voy a correrme otra vez! Ahhh

Patrick capturó con los labios el hinchado clítoris de Samantha, y empezó a realizar pequeñas succiones, al tiempo que con los dedos entraba y salía de su interior.

Pronto llegó el orgasmo, lo notó en los labios, y en su vagina, que de pronto empezó a convulsionar y a humedecerse más, y más...

Entonces, los labios de Patrick abandonaron el clítoris de Sam, y volvió a empalarla.

Le dio una estocada tras otra, con fuerza. Ella no paraba de gemir a cada golpe de cadera de

Patrick, hasta que pudo ver en sus ojos azules, el brillo del éxtasis.

Patrick gritó, en el momento en que el chorro de semen inundó el interior de Sam.

Las miradas de ambos siguieron unidas, así como los sexos, minutos después de haber alcanzado el nirvana.

Él comprendió, en aquel corto espacio de tiempo, lo mucho que la necesitaba.

Abrió la boca para decírselo, necesitaba, más que nunca, hacerle entender que, durante las horas en las que había estado secuestrada, por poco se muere.

Pero fue incapaz de decir nada.

Patrick estaba exhausto.

Bucear entre las piernas de Samantha, sentir su calidez, oírla gritar mientras le proporcionaba placer, era lo mejor que había experimentado jamás.

Pero después de esas maratones de sexo, necesitaba bebidas energéticas. O tal vez estaba buscando una excusa, porque no se atrevía aún a expresar sus sentimientos...

Se vistió a toda prisa, mientras Samantha, espectacular, lo miraba con su minivestido dorado, que no dejaba lugar a la imaginación.

—Si me sigues mirando así, me voy a pensar lo de subirme de nuevo los pantalones.

Ella rio, coqueta.

—Esa es la idea —dijo, mientras se ponía los tacones.

—Saldré primero—, le dijo él, arreglándose la americana.

Joder, qué sexy era ese hombre... Daba igual si iba con uniforme, o con traje de guarda espaldas...

—Por supuesto —gimió, al pensar en lo guay que sería arrancarle de nuevo el traje con los dientes.

Samantha aún no entendía como había conseguido tener tanta suerte, tenía a su poli cada noche en su cama, y la vida era maravillosa.

Cuando se puso en pie y se miró al espejo que colgaba en una pared del despacho, escuchó las vibraciones de un móvil que no era el suyo.

Siguió el sonido y encontró, junto al *chester* de terciopelo rosa, el móvil de Patrick, tirado en el suelo.

La pantalla iluminada no daba lugar a equívocos: en ella se leía claramente el nombre de Meg.

—La tetona —murmuró, Samantha.

Miró de nuevo el móvil y sopesó qué hacer.

¿Por qué le escribía esa tiparraca a las dos de la mañana? Quizás, cuando trabajaban juntos había motivo, pero habían despedido a Patrick, precisamente por su relación con ella. Así, que eso no podía ser.

Apretó los labios... ¿y si miraba que decía el mensaje?

Claro que tendría contraseña pero... miró el patrón a contraluz y la superficie del móvil se lo mostró claramente, una L. Samantha entrecerró los ojos. Una L era una contraseña de mierda para un poli, ni siquiera necesitaba el gitano hacker para desbloquearlo.

Pensativa, dudando qué hacer, empezó a ponerse nerviosa.

¿Lo leía? ¿o salía tras Patrick, para devolvérselo?

Pero... ¿y sí ahí estaba la prueba de que la pelirroja tetuda iba tras su hombre? Debería ponerle los puntos sobre las *ies* a la tiparraca tetona. Y a él también.

—Bien... —se excusó—. Solo una miradita.

Desbloqueó el patrón, recorriendo con el dedo índice la superficie brillante del móvil.

Éste brilló y apareció en la pantalla de inicio un mensaje de WhatsApp.

Un audio, nada menos.

—Como sea algo sexual le corto las pelotas y a ella las greñas —gruñó.

Vacilando, aunque solo un instante, Samantha apretó el botón.

Patrick, ven a comisaría cagando leches. Ya no hace falta que sigas investigando a Samantha, tengo a William Wells otra vez detenido, y al parecer esta vez sí es algo gordo. La redada de esta noche en los contenedores ha desmantelado un alijo de droga para distribuirse en toda Gran Bretaña. Haz el favor de venir, el jefe pregunta por ti.

¡No tardes!

De toda aquella información, a Samantha le paró el corazón saber que William estaba detenido, pero lo que se lo rompió en pedazos fueron las palabras “Ya no hace falta que sigas investigando a Samantha”.

Investigando a Samantha...

Aquello quería decir que él... que él...

La puerta se abrió de repente, sin que nadie llamara. Era Patrick, que al tiempo que entraba de nuevo en el despacho, se registraba los bolsillos.

—¿Has visto mi mov...?

No pudo acabar la frase.

Samantha tenía su móvil en la mano, con la pantalla aún encendida. Sin duda había pasado algo. Se lo decía su rostro, que estaba empapado en lágrimas.

—Tienes un mensaje de tu amiga la poli.

Patrick pareció vacilar mientras se acercaba lentamente. Samantha se levantó del sofá y apretó la pantalla para que se reprodujera el audio.

Cuando lo hubo escuchado, los dos se quedaron inmóviles.

—Samantha...

Ella lo miró a los ojos, y con una dura mirada lo hizo callar. Tenía los párpados enrojecidos a causa del llanto, pero no quería llorar más. Porque estaba furiosa. Estaba furiosa y lo único que quería en ese momento era lanzarle el móvil a la cabeza.

Pero tomó aire, y se mantuvo en calma.

Una calma que a Patrick lo asustó más que si le hubiese hecho estallar los tímpanos a gritos.

—Me estabas investigando desde el principio, y no es una pregunta —dijo ella, mientras otra lágrima se deslizaba por su mejilla.

Podría ser que por llorar ante él pareciera una estúpida, pero no podía evitarlo. Porque el hombre del que estaba locamente enamorada la había traicionado de la manera más vil y despreciable.

—No es lo que piensas, Sam... Yo...

—¿No? —lo interrumpió— ¿No estás conmigo para sacarme información y echar un polvo?

—¡Claro que no! —se quejó él.

Patrick desvió la vista hacia el móvil y se lo quitó de las manos.

—Ahora no puedo hablar pero...

Sam rio, pero sin ganas y con lágrimas en los ojos.

—¡Claro! Necesitas tiempo para encontrar una excusa y que esta idiota te vuelva a creer, ¿verdad?

Patrick podía ver en los ojos de Sam, el dolor de la traición. Se sentía como una mierda, pero no mintió cuando dijo lo siguiente:

—Eso no es cierto.

—¿No? Dime que te echaron del trabajo por querer estar conmigo. Dime que no me estabas espiando para poder encontrar algún asunto turbio de William... que por cierto, ¡Os equivocáis con él! William puede que tenga las habilidades sociales de un mono, pero es un hombre íntegro. ¡Jamás se metería en asuntos turbios!

Él la miró, reflejando que no compartía su opinión. Al menos, la última afirmación.

—Me tengo que ir —le dijo, acercándose a ella. Pero Sam retrocedió un paso— Por favor...

—No —dijo ella, acompañando sus palabras con una negación con la cabeza—. Si te marchas por esa puerta no volverás a verme.

—No puedo quedarme —dijo él, dolido.

—Tu jefe te espera para que le informes de lo que has averiguado sobre mí, ¿crees que estoy compinchada con William? Quizás debería acompañarte a comisaría.

—No —dijo, tajante— Puede que estuviera atento a cualquier cosa que pudieras decir sobre William o sus negocios, pero no creo, y jamás he creído que estés involucrada.

—Vaya... eso me consuela —bufó, Samantha.

—Sammy...—Patrick se mesó los cabellos—. Sé que no tienes nada que ver con esto, y no me acuerdo contigo porque te esté investigando.

La mirada de Sam le dejó claro que no le creía.

—¿No?

—No.

—¿Entonces por qué?

—¡Porque te quiero!

Los dos se quedaron en silencio y los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

Patrick al fin lo había soltado. Llevaba meses dándole vueltas a eso, y semanas durante las cuales su corazón se lo había confirmado.

Pero lo había dicho en el peor momento.

Ella no lo creería.

—¿Sabes? —dijo ella, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas— llevo tiempo queriendo escuchar eso, pero ahora... todo me suena a mentira.

Patrick sintió una punzada de dolor y estuvo a punto de llevarse la mano al pecho, para calmarse, pero no lo hizo. Se había quedado de repente sin fuerzas.

¡Maldita sea! La quería, eso no era mentira, y necesitaba decírselo, demostrárselo, pero no en aquel momento. No, cuando toda la operación estaba a punto de resolverse.

—Tengo que irme —dijo, al fin.

Ella asintió y retrocedió un par de pasos.

—No quiero volver a verte.

—Samantha...

—Lárgate a cazar criminales —le dijo, dolida—, pero que sepas, que os equivocáis con William, igual que te equivocaste conmigo.

Patrick quería decirle que lo sentía. De nuevo, quiso confesar que la quería, que no la había

amado todo este tiempo porque pudiera sacar provecho de su relación, sino por todo lo que ella era, una buena chica, divertida, amable... alocada...

—Tengo que irme —fue lo único que escapó de sus labios. Todos sus sentimientos, quedaron atrapados en su pecho.

Ella se volvió para mirar a una de las paredes y así no ver como la figura masculina se marchaba de su despacho.

Cuando escuchó la puerta cerrarse, se derrumbó en el sofá y lloró como jamás lo había hecho.

Minutos después, ya un poco calmada, rebuscó en su diminuto bolso dorado y encontró el teléfono para llamar a la única amiga que podía ayudarle a superar todo aquello.

—¡Juani! —sollozó, Sam.

—¿Que pasa, *mi arma*? —respondió la gitana, preocupada.

—Un corazón roto...

Esta vez Meg no mandó a Hobbs a buscar al multimillonario William Wells. Lo hizo ella misma. Y con el único motivo de sentir una inmensa satisfacción de volverlo a tener entre rejas.

Abrió la puerta de las celdas y en la misma que había estado la vez anterior, Meg lo encontró estirado sobre el banco de metal.

Aquella noche, la primera celda estaba más concurrida que la otra vez. A parte de un carterista de poca monta, había dos borrachos durmiendo la mona, los cuales habían detenido por escándalo público.

A la una de la madrugada, las celdas estaban tranquilas, y Meg no pensaba alzar la voz para decirle a William Wells que lo trasladaba a una habitación más cómoda para el interrogatorio.

—Buenas noches, señor Wells.

Contra todo pronostico, William no se levantó del banco. Estaba recostado contra el frío metal, con un pie en el suelo y con otro descansando sobre la superficie, con la pierna flexionada. Meg puso ver su sonrisa lobuna, ya que tenía el brazo echado sobre sus ojos, pero dejaba abierta su nariz recta y esa boca... tragó saliva y carraspeó. No podía estar pensando en lo que le haría esa boca... o mejor dicho, en lo que ella le gustaría que le hiciera.

—Señor Wells —repitió—. Sé que me escucha.

—Por supuesto, es difícil no oírla —de pronto, se quitó el brazo de los ojos y la miró, sin perder la sonrisa— y mucho menos no percatarse de su presencia.

Meg llevaba unos vaqueros con botines de cuero, una camisa blanca bajo su americana y el informe del caso entre las manos, pero sí, ese hombre la miró como si estuviera completamente desnuda y eso no lo pudo pasar por alto.

—Vengo a trasladarle a la sala de interrogatorios.

Él se levantó con movimientos lentos y al parecer estudiados. Se acercó a las rejas y dejó descansar sus antebrazos sobre el barroto horizontal.

Meg pudo ver que se había quitado la americana de su caro traje azul, además de la corbata. Y se había arremangado la camisa. Estaba deslumbrante. Sexy... Los ojos de ella se centraron en el trozo de piel bronceada que dejaba ver la camisa desabrochada en el cuello.

—Agente Campbell... —arrastró las palabras y le sonrió como si él conociera todos sus secretos.

—Bien —vaciló ella—. Sabe mi nombre.

—La he investigado un poco —dijo, sin perder el buen humor—. No es la única que puede hacerlo, ¿sabe?

Ella puso la espalda recta y lo miró directamente a esos profundos ojos, que por alguna razón que no entendía, le hacían temblar las piernas.

—Si es tan amable, le pondré las esposas para su traslado.

Él ensanchó la sonrisa.

—No será necesario, porque no habrá interrogatorio —eso la desconcertó—, pero puedo fingir que no sé lo que va a pasar en un minuto, y dejarme esposar por usted. Solo Dios sabe por qué me muero de ganas de que lo haga.

¿Se le estaba insinuando?

Meg estaba con la boca abierta y joder... estaba muy cachonda.

Por algún motivo, William Wells había dejado su mal humor de la vez anterior a un lado, y le estaba hablando como alguien que sabe que todo está a su favor.

Meg carraspeó, mientras sacaba las esposas.

William le acercó las muñecas, pero antes de ponérselas, debía abrir la celda.

Sacó las llaves lentamente y cuando la puso en la cerradura, él se apartó lentamente para que ella pudiera hacer su trabajo. La miró de arriba a bajo y su miembro se tensó al centrarse en su estrecha cintura, sus pechos voluminosos y sobre todo en ese pelo rojo que reconocería en cualquier parte.

Cuando Meg abrió la celda y dio un paso hacia él, un ruido la distrajo.

La puerta del final del pasillo se había abierto. Entraron el superintendente con un hombre trajeado, que ella reconoció como el abogado de Wells.

—Gracias por abrir la celda, señorita —dijo el abogado—, eso nos ahorrará tiempo para sacar a mi cliente.

Meg parpadeó.

—¿Cómo?

Miró a su jefe, pero este traía tan mala cara que prefirió no dirigirse a él mientras no le hablara. Después se centró en la cara de William, que le sonrió satisfecho.

—Ha sido un auténtico placer pasar un rato con usted, agente Campbell... —luego se inclinó un poco hacia ella, sin que sus pies se movieran del suelo—, dejemos lo de las esposas para otro día.

Ella parpadeó al percatarse del tono sensual de su voz.

—Es usted... es...

—¿Un hombre libre? —dijo él, riendo—. Sí lo soy.

—¿Pero, como es posible?

El superintendente la miró.

—Tenemos al verdadero culpable de todo. Charles.

Ella miró al jefe con los ojos muy abiertos.

—¿Nuestro informante?

William pasó al lado de Meg.

—Deberían escogerlos mejor—aconsejó—. Y un buen policía sabría qué pruebas son auténticas y cuales son falsas.

El abogado no dijo nada mientras los acompañaban a la salida.

—Pero... —Meg iba a la zaga de todos ellos, queriendo una explicación de su superior.

No podía creer que ese magnate prepotente saliera libre, así sin más.

—¿Entonces, Charles nos engañó?

—Solo estaba dándonos pistas falsas para cargarle el muerto a Wells, el verdadero criminal es él. Y me temo que por ese motivo Duncan McDowell lo despidió, aunque no puedo estar seguro de nada.

Una vez fuera de los calabozos, William se puso la chaqueta y se anudó la corbata.

Estaba impecable, como sí ahí no hubiese pasado nada.

—Agente Campbell, siempre es un placer —dicho esto, se volvió al superintendente y le ofreció la mano, que su superior aceptó—. Sé que solo hacían su trabajo. Me alegro de que todo haya sido aclarado.

—No me lo puedo creer —dijo Meg.

¿Iba a irse así, sin más?

De repente, unos gritos los alertaron. Charles estaba siendo escoltado por dos agentes, que no estaban siendo demasiado cariñosos con él.

Ofrecía resistencia mientras vociferaba como un cerdo a punto de llevar al matadero.

—¡Soy inocente! ¡No ha sido culpa mía...!

Cuando Charles se dio cuenta de que William estaba allí, dejó de gritar. Se miraron y la sonrisa ya había desaparecido de la boca de William.

—No fui yo... —gritaba—. Fue ella. ¡Ella me obligó!

Meg vio como William apretaba los labios y lo miraba con odio.

—Alexia...

¿Quien demonios era esa que Charles mencionaba?

—No, has sido tú, por idiota —dijo William que empezó a avanzar hacia la salida.

Meg se quedó observando la escena por unos minutos. William se había ido con su abogado, Charles seguía lloriqueando cuando lo metieron en los calabozos y el superintendente parecía tranquilo.

—Lo único que sé es que los superiores están contentos —le dijo a Meg—. Así que... buen trabajo, agente Campbell.

Ella balbuceó algo, incapaz de tener claro qué diablos acababa de pasar.

—Meg —la voz de Patrick captó su atención. Llegaba corriendo con el mejor traje que tenía y la corbata en la mano— ¿Qué me he perdido?

—En realidad... Todo el espectáculo.

Tres noches después...

Patrick daba vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de pegar ojo.

No podía olvidar los ojos de Samantha, llenos de lágrimas, y su mirada de rabia y dolor, al sentirse traicionada.

Patrick siempre lo había sabido en su interior. Ella no era culpable. No podía serlo, no estaba en su naturaleza.

¿Y todo para qué?

Para nada.

¿Y por qué?

Por la sucia mentira del ex socio de la familia McDowell, un tal Charles, que ayudado e instigado por la ex de William Wells, había orquestado todo simplemente por venganza.

¡Todo había sido una farsa!

Y él, había sido un completo imbécil, debería de haber hecho caso a su intuición, y a su corazón... Debería de haber confiado más en Sam. En sus ojos verdes, de mirada limpia y sincera...

Sí, Samantha tenía todo el derecho a estar enfadada. Porque él se había comportado como un completo imbécil.

—¡Joder! —gritó, en el momento en que alargaba el brazo hacia la mesita de noche, y pulsaba de un manotazo el interruptor de la lamparilla.

Pero no acertó a encenderla y con el gesto se le cayó el móvil al suelo. Bufó y con los ojos cerrados, se dio la vuelta y palpó el suelo con la mano hasta que encontró el móvil.

Lo cogió y lo encendió.

Volvió a escuchar el audio de Meg. En la mente, se le quedó grabada esta frase:

Ya no hace falta que sigas investigando a Samantha...

—¡Mierda! —gritó, dejando el móvil a un lado, y llevándose las manos a la cara.

Estuvo masajeándose las sienes unos minutos, hasta que volvió a coger el móvil.

Eran las cinco de la mañana...

—No —se dijo—. Esto no puede quedar así...

Se incorporó. Suspiró, se llevó las manos a la cabeza. Luego bajó de la cama y, descalzo, caminó hasta el armario, se puso una camisa y unos vaqueros, y minutos después ya estaba saliendo por la puerta de su apartamento.

Llegó a casa de Samantha unos 30 minutos después, pues a aquellas horas a penas había tráfico. Antes de tocar el interfono, suspiró. Pensativo, se sacó el móvil del bolsillo. ¿Debía avisarla? Lo volvió a esconder y, cuando estaba a punto de pulsar el botón, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Maldición! —dijo, apartándose el pelo de la cara.

Finalmente, pulsó el botón.

Contuvo la respiración unos segundos, hasta que una voz femenina respondió.

—¿Quién diablos toca el timbre a estas horas?

Era la voz de Samantha. Y sí, estaba enfadada...

Patrick cerró los ojos, suspiró, y al fin respondió.

—Soy yo, Patrick.

Samantha colgó el telefonillo. Y eso le destrozó el corazón a Patrick.

Pero no iba a darse por vencido.

Volvió a pulsar el botón.

Y esperó.

Pasados cuarenta segundos, porque los contó, y sí, fueron exactamente cuarenta segundos, se dio por vencido y empezó a bajar las escaleras.

—¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!

El timbre que indicaba que la puerta estaba abierta momentáneamente, sonó cuando él ya bajaba el tercer escalón. Como un loco se dio la vuelta y casi se cae de bruces al tropezarse con el último escalón.

Gracias a Dios, llegó a tiempo de abrir la puerta.

Tras bajarse del ascensor, vio que la puerta del apartamento de Samantha estaba abierta.

También vio la puerta del apartamento de enfrente, y allí creyó ver a una mujer morena y despeinada asomando la nariz, y unos ojos diabólicos, negros y profundos, que parecían estar echándole una maldición.

Meneó la cabeza, y caminó hacia el apartamento de Samantha.

Pero se detuvo en la puerta.

—Samantha... —dijo—. ¿Puedo entrar?

Silencio.

Poco después, desde la puerta de detrás, donde la mujer aún asomaba la nariz y seguía mirándolo con ojos diabólicos, se escucharon unas palabras en español:

—Pos claro que *pués* entrar, que *pa* eso la Sam ha *dejao* la puerta abierta, petardo. ¡Pero si por mi fuere, te iba yo a meter un pepinillo rosa del contenedor ese, por donde la luz no ha *entrao* jamás! ¡Mentiroso!

Acto seguido, cerró de un portazo.

Patrick no necesito traductor para comprender lo que esa mujer acababa de decir.

Entró en el apartamento de Samantha.

Todo estaba revuelto. Había botes de helado vacíos por todas partes.

Y en sentada en el sofá, que estaba cubierto de ropa desordenada, una caja de pizza con un trozo mordido en su interior, y palomitas de maíz, estaba ella.

Lo miró con los ojos vidriosos. Al parecer, aquella noche había salido de juerga, porque aún llevaba puesto el vestido y las medias. Estaba despeinada, y rodeando los párpados y las ojeras, dos manchurrónes negros que la hacían parecer un mapache.

Se le rompió el corazón al darse cuenta de que el sufrimiento de Samantha lo había causado únicamente él.

—Sammy...

Ella apretó los labios. Y los puños.

Y aquella noche, Samantha no mantuvo la compostura, como sucedió el día en que descubrió el pastel. No. Aquella noche, Samantha iba a plantarle cara.

—¡Sammy, tus cojones! —exclamó, poniéndose en pie, de súbito —Y no, por si te estás haciendo la pregunta de si voy pedo, a menos que el helado emborrache, ¡No estoy borracha! —lo señaló con el dedo—. Estoy así porque tú... ¡TÚ!

—Sam, por fav...

—¡Cállate! —gritó, saltando del sofá al suelo, como una gata rabiosa. Solo le faltaba bufar — Porque ahora voy a hablar yo.

Patrick tragó saliva.

Pero la dejó hablar.

Ella tenía que expulsar la rabia que llevaba reteniendo los últimos días. Y a él, no le quedaba más remedio que capear el temporal de la mejor forma posible. Porque se lo merecía.

—¡Eres un sinvergüenza! —gritó, Sam—. ¡Me mentiste y me usaste como un trapo!

—No, eso no.

—¡Silencio!

Samantha empezó a caminar hacia él, tambaleante. Quedó a unos treinta centímetros de distancia, y él pudo comprobar que no iba ebria, pero sí que estaba agotada, seguramente de bailar toda la noche, no dormir y luego llorar. Porque había llorado. Y volvía a llorar.

—¿Cómo pudiste? ¡Cómo! —lo señaló—. Yo... no, no lo entiendo. No entiendo como has podido ser tan cínico. ¡No lo logro comprender!

—Muy sencillo —dijo él, acercándose a ella, y cogiéndola por los hombros—. No lo comprendes por el sencillo motivo de que no eres así. No ves la maldad, porque eres buena, y no distingues la traición, porque eres honesta.

Los labios de Samantha empezaron a temblar. Luego hizo un puchero, alzó la cabeza hacia atrás, y se puso a llorar como una niña pequeña.

Patrick la abrazó.

—Lo siento, Sam... No llores... Lo siento...

—¡Yo no me merecía estoooooo!

Las lágrimas resbalaban por el rostro de Sam, dejando surcos de color negro en sus mejillas.

—No, no te lo merecías. Soy un idiota. Pero por favor, deja de llorar, que me rompes el corazón...

—Te aguantas. Tú me lo rompiste primero.

Al cabo de un rato, ella se calmó. Seguían abrazados, pero ella mantenía los brazos en los costados, mientras él la rodeaba con los suyos.

—Samantha... No tengo excusa, lo sé —empezó a decir él, separándose un poco para mirarla a los ojos—. Sé que no me creerás, pero siempre supe que tú...

Él no pudo acabar la frase, porque ella se puso de puntillas y lo besó.

Patrick recibió los labios de Samantha con sorpresa. Se quedó parado unos instantes, con los ojos abiertos. Luego, los cerró, le acarició el rostro con los pulgares, y le devolvió el beso.

Ella temblaba.

La cogió en brazos, y caminó hasta el dormitorio. Abrió la puerta de una patada, y la depositó en la cama.

—Samantha, quiero hacerte el amor... Yo...

Yo te amo.

Ella no le dejó acabar la frase. Le puso el dedo índice sobre los labios, y se acomodó sobre el mullido edredón.

Patrick la cubrió cuan grande era, se colocó encima, y empezó a desvestirla, poco a poco. Le

bajó la cremallera al vestido de fiesta, lentamente, por fortuna estaba a uno de los lados y no detrás. Luego se lo sacó por la cabeza.

Y allí estaba ella, con un precioso conjunto de ropa interior, blanco y con un precioso encaje de color pastel.

—Eres preciosa...

Con el dedo índice le acarició el pecho, siguiendo la tela del sujetador, y se lo desabrochó por delante.

Samantha gimió al notar libres los pechos. Él, sin mas dilación, se introdujo el pezón izquierdo en la boca.

Samantha arqueó la espalda, al notar los labios de Patrick sobre su piel.

Mientras él regresaba a su boca, ella empezó a quitarle el jersey, y luego se deshizo de la camiseta interior.

—Quiero hacerlo ... —jadeó ella, mientras le desabrochaba el cinturón. Cuando el miembro de Patrick fue liberado, ella lo miró a los ojos— ¡Ahora!

Patrick no se opuso. Le bajó las bragas, y la penetró. Pero esta vez lo hizo despacio, quería disfrutarla, sentirla por completo.

—Ahhhh... —jadeó, ella, los segundos durante los cuales él se metía en su interior, para después protestar cuando él se retiraba.

—Sam... Samantha...

Él aumentó el ritmo y ella lo guio con las caderas, al tiempo que mantenía las manos sobre las nalgas de él. En un momento dado, lo arañó y él sintió un intenso placer.

—Oh, Sam... Me vuelves loco...

—Sigue, Patrick... Oh, sí... ¡Más fuerte!

Él obedeció. Aumentó el ritmo. Los cuerpos de ambos estaban cubiertos de sudor, y los gemidos acompañaban sus movimientos.

—Samantha... yo...

—Ahh... Me voy a correr...

Patrick la besó con pasión, en el instante en que una intensa oleada de placer los recorría a ambos.

Cuando todo acabó, él se apartó y, sin dejar de mirarla, le acarició la mejilla.

—Samatha... Me gustaría decirte que te...

Te amo.

—Vete —lo interrumpió ella, dándole la espalda.

—Pero... Lo que acaba de pasar... ha sido...

—He dicho que te vayas —dijo, acurrucándose contra la almohada—. Lo que haya podido pasar entre nosotros, ya se ha terminado.

Patrick se incorporó, incrédulo.

—Pero, Sammy...

—Por favor, vete. No quiero verte nunca más.

Patrick, sentado en el borde de la cama, se apartó el pelo de la cara. Suspiró hondamente.

Luego, sin mediar palabra, empezó a vestirse y se marchó.

Cuando se escuchó la puerta del apartamento, cerrándose, Samantha volvió a romper en llanto.

24

El jet privado de la Juani había aterrizado en el aeropuerto de Edimburgo. De eso hacía una hora, y en aquellos momentos se encontraban de vuelta a casa, en una despampanante limusina que la Juani había alquilado.

¡Pop!

Descorchó una botella de champan con mucho arte.

—Toma, *mi arma* —rellenó una copa para Sam, y se la ofreció.

—Gracias, mi gitani.

Las dos brindaron en silencio, ambas con una falsa sonrisa dibujada en sus caras.

Samantha tomó un sorbo, y miró, distraída, por la ventanilla. Las vacaciones en la casa de su hermano Marcus, en Miami, habían durado un mes, y habían sido un tanto irregulares a nivel emocional. Las dos primeras semanas, Samantha se las pasó llorando a moco tendido, y las dos últimas, engordando por culpa del topicazo ese de comer helado y ver pelis chorras, que la Juani había seleccionado especialmente para sus noches de chicas.

Claro estaba que no todo había sido helado y mocos. También habían salido de juerga hasta el amanecer, y una vez casi acabaron en comisaría. No habría sido la primera vez que las hubiesen detenido, pero el poli americano se apiadó de ellas cuando Samantha empezó a llorar, diciéndole lo guapo que estaba con su uniforme, y cuanto le recordaba a su novio poli, que también le quedaba de muerte.

—No te pondrás muy depre cuando te deje en casa, ¿verdad? —preguntó la Juani, interrumpiendo los pensamientos de Sam, tras apurar la copa de champán y rellenársela otra vez.

La gitana estaba realmente preocupada.

—No —Sam negó con la cabeza—. Creo que este mes me ha servido para ver que puedo sobrevivir a mi vida sin el poli buenorro.

—¡Claro que sí, *payica* mía! —sonrió, la Juani—. ¡Esa es la actitud! ¡*Hislander tim forever an ever!*

Pero de repente, su amiga se puso seria. La abrazó, derramando algo de champán, y la consoló como pudo. Pensó que, si ese poli gilipollas no se arrastraba para pedir perdón y besar los pies de su amiga, ya se encargaría ella de que no tuviera dientes, ni boca, para besar nada más.

La limusina se detuvo frente al edificio, donde se encontraba el apartamento de Samantha, y las dos amigas salieron, montadas en sus *estileto* y con unos vestidos aptos para la pasarela de Milán.

Cuando se quitaron las gafas de sol, se quedaron boquiabiertas al encontrarse a una mujer con una pancarta enorme, acampada frente a la puerta.

—¿Quién es esa paya tan chungu? —preguntó, la Juani, recolocándose el florón del moño.

—Creo que es la ex mujer de Patrick.

Al ver a Samantha, la mujer chungu empezó a correr hacia ella con la pancarta de dos metros sujeta sobre la cabeza.

Ésta rezaba:

¡DEVUELVEME A MI HOMBRE!

—¡Jesús, María y José! —exclamó la Juani, al tiempo que se interponía entre la loca y su

amiga.

—¡Túuuuuu! —decía, la loca— ¡Todo es culpa tuyaaaa! ¡Ahora Patrick no quiere volver al barrio con su madre ni conmigooooo!

Las dos amigas se miraron, patidifusas, y después clavaron los ojos en la mujer.

—¿Eres la ex mujer de Patrick? —preguntó, Sam— ¿Rebeca?

—¡No! —gritó, como poseída— ¡Soy su mujer! ¡SU-MU-JER!

Y le enseñó el anillo de brillantes.

La Juani hizo una mueca.

—Tu poli es un poco *agarraillo* —le dijo a Sam, por encima del hombro.

—Juani, no es el momento.

—Pobre *locanguis*... ¡Está fatal! —. La Juani se acercó a la mujer con pancarta, y miró las letras escritas en un rojo intenso, de un tono sangre. Lo cierto era que hubiese sido muy macabro si no le hubiera puesto purpurina por los lados, menos mal. La gitana la miró, condescendiente— Verás, *mi arma*. Tu EX marido...—La Juani se giró a Samanta y le dijo—. Tú *transluching*, que le voy a remarcar lo de EX.

Sam asintió, aunque pensó que eso no cambiaría nada. Patrick la había traicionado. Y le importaba un pepino que su ex loca quisiese volver con él. Bueno, eso no era cierto, pero lo pensó de todas formas.

Sin embargo, se puso a traducir todo lo que La Juani decía.

—Verás, EX mujer del poli buenorro. Aquí mi amiga —la señaló con un saleroso movimiento de cabeza—, no está ya con ese sinvergüenza mentiroso y ruin, que la utilizó para su investigación de madero, así que ya puedes ponerte tranquila. ¿Sabes qué, *miarma*? Yo que tú me iría hacia su casa y me encadenaría a un árbol hasta que él decidiera volver contigo. Igual hasta te funciona y tó...

—¡Juani, no pienso traducir eso!

—¡*Transluchin*, Sam, *transformer*, me cago en la leche! —ordenó la Juani, muy seria— ¿No ves que la *payica* necesita un baño de realidad?

Sam tradujo a regañadientes, pero la mujer pareció vacilar.

—¿De verdad? —preguntó.

—¿Que si no están juntos, o lo del árbol?

—Que si no están juntos.

La Juani asintió.

—Mi amiga y yo venimos de pasar un mes en Hawai, y te puedo asegurar que no nos lo llevamos en una maleta. —Ante la mirada reprobatoria de Sam, la Juani bufó—. Y bueno, aunque eso no fuese cierto, he leído libros, incluso he escrito uno en plan *fisno*, que te puedes comprar en Amazon, por *ciertos*. Pero bueno, lo que quiero decir es que también he visto *pinículas*... Y series. Series de polis y *trilers* psicológicos de esos chungos. Y según la doctora Foster, terapeuta galardonada, cuando nos obsesionamos (a parte de un buen lingotazo de ginebra con *litium*) igual tenemos que trabajar un poco más en nuestra autoestima. ¿No te parece, *miarma*?

Rebeca parpadeó. Parecía confusa. ¿Acaso no conocía la serie de la Doctora Foster?

—Eres guapa, aunque podrías arreglarte los pelos, que pareces un fantasma japonés, y parece que, a parte de tu obsesión por el poli buenorro que ya no es de Sam, podrías vivir como una persona normal. *Asín* que, ¿no te parece a ti, que ha llegado el momento de buscar ayuda profesional?

Rebeca pareció vacilar.

—No sé, quizás...

—A ver, cuéntaselo a la Juani: ¿Por qué estás tan *enamorado* del poli mentiroso?

—No sé, no recibí mucho cariño en la infancia.

—*Pobrecica* mía, ven *pacá, miarma*, ven *pacá* que yo te daré cariño un rato —la Juani la abrazó y ella dejó la pancarta en el suelo—. Vamos a buscarte ayuda y nos olvidemos las tres del poli buenorro ¿a qué sí, *payicas* mías?

Pero cuando la Juani se giró para que Sam le diera la razón, ella no la escuchaba. Estaba parada en medio de la acera, mirando hacia el otro lado de la calle.

Donde se encontraba Patrick.

—Esto... ¡mierda! —gritó Juani— ¡Oye tú! —señaló a Patrick con dedo acusador—. No te acerques a mi amiga, ni a tu EX mujer. ¡Estoy intentando crear un club de fans anti-tú!

Patrick tomó aire, lentamente.

Llevaba un mes entero yendo al barrio de Sam cuando salía de trabajar. Se había convertido en rutina.

Pero ella había desaparecido. Y al parecer, no deseaba ser encontrada. Y al fin, tras un mes de espera, ella había regresado.

Cuando la había visto salir de la limusina, el corazón le había saltado en el pecho.

La había echado tantísimo de menos...

Se armó de valor, infló los pulmones, y empezó a caminar hacia ella.

Sam vio a su hombre cruzar la calle. Los ojos azules de Patrick estaban clavados en los suyos, y la miraban con un brillo de súplica difícil de soportar.

Sí, Sam aún lo amaba. No había podido olvidarlo, y dudaba de si algún día sería capaz de hacerlo.

Pero no podía olvidar la traición... No podía...

De repente, se escuchó un ruido ensordecedor.

Una furgoneta negra, como la del Equipo A, pero más moderna y tuneada, llegó a toda velocidad y frenó en seco haciendo un trompo, justo en mitad de la calle, justo entre Patrick y Samantha.

Samantha y la Juani se llevaron las manos a la cara y se taparon la boca, cuando de la furgoneta vieron salir a siete hombres vestidos de negro, que se abalanzaron sobre Patrick.

—Ay, mi *má*... —logró decir, Juani —¡Si son los gitanos del Cortés!

—¿Qué sucede, Juani? —preguntó, Sam —¿Por qué están aquí?

—¡Uuuuuuuu! —exclamó, Rebeca, con sonrisa de loca.

Los tipos eran altísimos, musculosos, vestían de negro y llevaban un pasamontañas en la cara.

Excepto el más musculoso y alto de todos, que llevaba un antifaz, dejando ver su preciosa cara de la nariz para abajo. Y por lo poco que podía verse, labios, mandíbula y mentón, el tipo estaba *pa* mojar el plato y rebañar el pan, como solía decir la Juani.

Patrick se revolvió, cuando tres de los hombres de negro lo inmovilizaron.

—¿Qué demonios...? ¡Soltadme!

—¡Sam, vamos! ¡Le van a dar una paliza si no lo impedimos! —gritó la Juani, cuando intentaban meter a Patrick dentro de la furgoneta.

—Una paliza, una paliza... Muahahaha —reía y saltaba, la loca de Rebeca, con los ojos inyectados en sangre —¡Me gusta ste club de fans anti Patrick! ¡Me gusta, me gusta!

Por fortuna, el poli buenorro era muy fuerte, y no llegaron a reducirlo. También porque La Juani le dedicó una significativa mirada al enmascarado sexy, quién detuvo el secuestro.

Sam también llegó a tiempo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirando a los tipos de negro, uno a uno, que ya habían soltado a Patrick, quién se alisaba la chaqueta y los miraba con ojos asesinos.

Sabía muy bien quiénes eran, aunque llevasen cubierto el rostro, pero el madero de Patrick no podía averiguarlo, porque eran los Gitanos del Cortés. Y el más guapo de todos, de todas, todas, era, ni más ni menos, que El Primo del Cortés, el Gitano Hacker. Cuya identidad era un secreto para el resto del mundo.

—El payo —empezó a decir el primo del Cortés, señalando a Patrick con el dedo y mirando a Sam—, lleva un mes esperando aquí, en la puerta de tu casa. Lo hemos estado vigilando todo el tiempo, porque nos pareció muy sospechoso.

Sam miró al gitano Hacker de arriba abajo, colocándose las gafas de sol sobre el puente de la nariz. Era realmente impresionante, y parecía un súper héroe. Ella se lo había imaginado con pinta de frikie, con gafas de culo de vaso, comiendo panchitos delante del ordenador y tecleando con los dedos sucios.

Pues nada de eso. El tipo no se parecía en nada al informático gordo de Parque Jurásico, más bien era como Batman, pero en gitano y sin capa.

Luego, Sam miró a Patrick, y su corazón empezó a latir a mil por hora.

—¿De verdad? —gimió, mordiéndose el labio inferior—. ¿De verdad has estado esperándome aquí fuera, todo este tiempo?

—Samantha, no te imaginas lo preocupado que he estado... ¡No aparecías! ¡Pensé que podría haberte sucedido algo!

—¡Si queréis vivir, callarse! —ordenó, el primo del Cortés, mirando a Patrick, con ojos asesinos.

—¡Paliza, paliza, paliza! Darle una paliza, paliza, paliza... —murmuraba, la loca de Rebeca, acurrucada tras la Juani, quién dio un paso al frente, como buena matriarca del clan Cortés que era.

—Primo, *ná* de *to* eso... Dejarlos que hablen. No es que me *haiga* gracia, pero...

El primo del Cortés, miró a Sam.

—¿Este no es el madero traidor que te utilizó para su investigación? —le preguntó.

Sam achicó los ojos.

—El mismo.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos con él? Podemos meterlo en la *fragoneta* y tirarlo al mar del puerto y aquí no ha *pasao ná*, que el océano hace agujero y tapa.

—¡Yo tengo una idea, yo tengo una idea! —gritó la loca, alzando el brazo, como si estuviese en el colegio—. Podríamos ponerle una bola de hierro atada a los pies, así bajará al fondo del mar y no subirá más... No subirá, no subirá... —repetía, la loca de Rebeca.

—Oh, no, nada de todo eso —dijo Sam, horrorizada.

La Juani se vio obligada a intervenir.

—No *sus paséis*, mis gitanos, que el madero *sa portao* un poco malamente con mi *quirufa*, pero no tanto como *pa* merecer la *muertes*...

—¡Muerte, muerte, muerte! —decía, Rebeca.

Juani ya perdió la paciencia con la loca.

—A quién tenéis que llevaros, pero *pal* manicomio, es a la loca esta, que por lo visto no *tié* arreglo —La Juani la miró, pero Rebeca puso cara de cachorrillo indefenso—. *Ay, pobrecica*, de momento, la dejáis con su madre, que le haga una tila, o le de un wiski, o lo que sea *pa* que se

calme. Pero lleváosla de aquí ya, *pa* que estos dos hablen de una vez.

—¡A sus órdenes, matriarca! —gritaron los gitanos musculosos y enmascarados, al unísono. Menos el gitano hacker, que aunque era del clan Cortés, no rendía pleitesía a nadie. Era un lobo solitario.

—De matriarca *ná* de *ná*. La Juani, a secas. Y ahora, si me queréis... ¡Irse!

—¡A sus órdenes, señora Juani!

Los gitanos se marcharon con la loca de Rebeca, que no opuso ninguna resistencia, al contrario, parecía feliz de irse en una furgoneta tuneada con un montón de tíos enormes y buenorros.

Entonces, Patrick, Samantha, y la Juani, se quedaron allí, en mitad de la calle.

—Con vuestro permiso —dijo Juani—, me voy a ver si encuentro lentejas pal puchero de mañana.

Sam sonrió con timidez cuando Juani se marchó. Luego clavó la vista en el suelo y empezó a enroscarse el asa del bolsito de lentejuelas en el dedo índice.

Patrick cubrió la distancia que los separaba con tres grandes zancadas.

—Sam...

Ella lo miró, pero no dijo nada. Plegó los labios en el interior de la boca y miró por unos instantes hacia otro lado.

Patrick alzó la mano derecha y, con suavidad, casi con una caricia, le volteó el rostro a fin de que ella lo mirase.

—Sammy... —dijo, con voz ronca—. Te he echado muchísimo de menos... Casi me muero de ansiedad por no saber dónde estabas, o si te había sucedido algo.

Sam tomó aire, y suspiró.

—Pues ya ves que estoy divinamente—. No quería decirlo, no debía decirlo, pero si algo no era Samantha, era una mentirosa. Siempre verbalizaba sus sentimientos, era como un libro abierto, y no pensaba dejar de serlo sólo porque otra persona sí la hubiese engañado—. Yo también te he echado mucho de menos.

Patrick se acercó un poco más a ella. La agarró por la cintura y la atrajo contra sí. Con la otra mano le apartó un rizo rebelde del flequillo. Fue acariciándole la línea de la mandíbula, hasta que llegó a los labios.

—Desde el primer día en que te vi, ya no pude olvidarte, Sam. Eres una mujer fantástica. Eres dulce, y divertida... y yo... —Los ojos de Patrick suplicaban su perdón y parecía sincero— ... Yo sé que me equivoqué al no ser del todo sincero contigo, pero nunca dudé de ti. Jamás. Créeme, al menos en eso, te lo ruego.

Samantha tomó aire. Abrió la boca para responder, pero él la interrumpió.

—Te amo, Samantha McDowell —y su mirada y el tono de su voz eran sinceros—. Eres la mujer de mi vida, estoy completamente seguro de ello. Y créeme también que lo que más deseo es envejecer a tu lado.

Una lágrima rodó por la mejilla de Samantha. Y luego otra. Y otra.

Pero se las apartó de la cara con un manotazo.

Lo miró a los ojos, y cuando Patrick iba a hablar de nuevo, fue Samantha quién esta vez, lo interrumpió.

—Yo también te amo, Patrick McGregor —sollozó—. Y lo que más deseo también, es envejecer a tu lado.

Patrick soltó con un sonoro suspiro todo el aire que había estado conteniendo. Luego, la vio sonreír y también sonrió.

—Y por cierto— dijo ella, saltando sobre él, colgándose de sus hombros y abrazándolo en la cintura con las piernas—. Yo también te amo, mi poli buenorro.

Lo que empezó con un bonito y romántico beso de reconciliación... Acabó en una maratón de sexo de una semana.

Y al fin, Samantha McDowell, supo dónde estaba su Highlander y jamás lo dejó escapar.

FIN

ÍNDICE

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)

[📖](#) Si pulsas en el siguiente enlace, podrás comprar la nueva novela de La Juani, que escribe bajo el pseudónimo de Jane Brill. Kate Bristol.